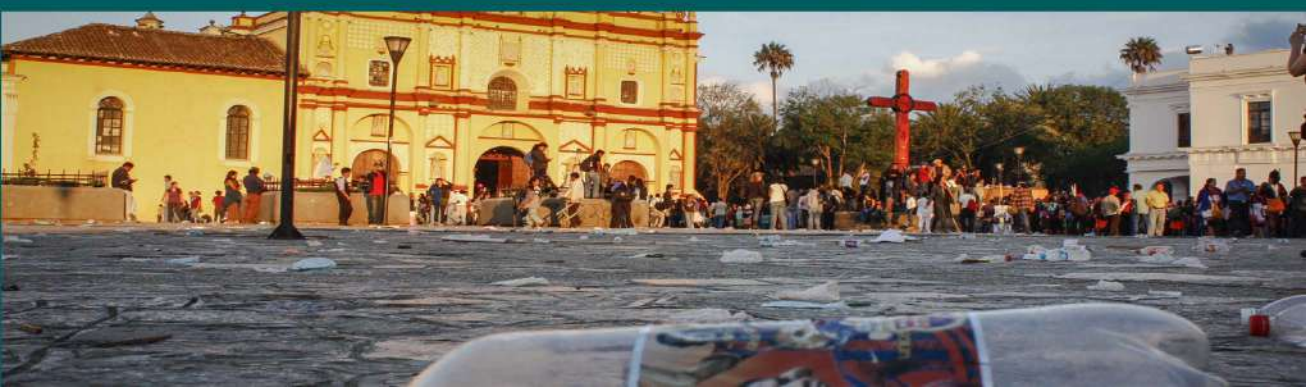
COLECCIÓN thesis

Montserrat Balcorta Sobrino

Sobrevivir en violencia

Mujeres pepenadoras y el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas



Sobrevivir en violencia

Mujeres pepenadoras y el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Sobrevivir en violencia

Mujeres pepenadoras y el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Montserrat Balcorta Sobrino

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

628.442
B35

Balcorta Sobrino, Montserrat

Sobrevivir en violencia. Mujeres pepenadoras y el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas / Montserrat Balcorta Sobrino. -- 1a. Ed.-- Tuxtla Gutiérrez, Chiapas : UNICACH, 2018 .
255 páginas : 17 x 21 centímetros (Colección Thesis; 9).
ISBN: 978-607-543-053-9
1. Recolección de basura – Mujeres – San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. 2. Basura y desperdicios – Aprovechamiento.

Colección Thesis, número 9
Primera edición: 2018
ISBN 978-607-543-053-9
D.R. © UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
1a Av. Sur Poniente 1460
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, C.P. 29000
www.unicach.mx

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA
Calle Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, C.P. 29243
Tel. y Fax: 01 (967) 678 69 21
www.cesmeca.mx
Impreso en México

A Carmen y Mariano, las estrellas de mi corazón.
A Carmelita, mi consuelo y confidente.
A Tonatiuh, mi compañero en este viaje llamado vida.

Agradecimientos

Este libro es una aproximación a los sentires de las mujeres que sobreviven como pepenadoras de basura en el contexto urbano de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. A cada una de ellas, mi profundo respeto y agradecimiento por compartirme sus saberes, alegrías y dolores.

A esa gran comunidad integrada por el personal académico y administrativo del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) por la beca otorgada que me permitió la realización de este trabajo y concluir mis estudios de doctorado en Ciencias Sociales y Humanísticas, con línea de investigación en Cultura, Identidad y Género.

A Inés Castro Apreza, María Teresa Ramos Maza y Mónica Aguilar Mendizábal; desde los inicios de mi estancia en Chiapas recibí su acompañamiento sororal, práctica constante que las caracteriza como investigadoras, docentes y amigas feministas.

A María Mercedes Olivera Bustamante, entrañable profesora, querida acompañante y guía. Gracias por el aporte de sus conocimientos en todo el proceso de investigación. En este libro, queda implícito el diálogo, los encuentros, el aprendizaje y el honor que tengo de conocerla.

A María Isabel Mora Ledesma y Héctor Francisco Castillo Berthier, quienes desde el año 2007 me han acompañado en mi inquietud por abordar y reflexionar sobre la problemática que enfrenta este grupo social de recolección informal. Gracias por compartirme sus experiencias, conocimientos y sugerencias para mejorar este trabajo.

Gracias a la compañía, apoyo incondicional y amistad de Isela Guadalupe González Marín, Rosa Liberta Xiap Riscajché, Efraín Ascencio Cedillo, Patricia Ballinas Salazar, Marité Hernández Correa, Margarita de Jesús Gutiérrez Narváez, Laura Rojas del Toro, Viridiana Cano, Alba López y Sandra Cañas.

Gracias por el soporte, apoyo y amistad de mi profesora Martha Elena Almendárez Hernández, especialista en estadística y colaboradora directa en la realización del método cuantitativo usado en esta investigación.

Gracias especiales por el acompañamiento de mis profesores José Enrique González Ruiz, Javier Maisterrena Zubirán y David Madrigal González y Jorge Ramón González Ponciano.

Mi profundo agradecimiento a Tonatiuh Hernández Correa, por ser el soporte principal en la elaboración del presente trabajo y en mi vida. Gracias por tu infinita paciencia.

Gracias a la diseñadora gráfica Carmen Balcorta Sobrino, por su orientación y apoyo en la confección de mapas, cuadros e ilustraciones. A los fotógrafos Aarón Cadena Ovalle, por el préstamo de la fotografía 1 presentada en este libro, y mi gratitud para Alejandro Mazariegos Villatoro, por la edición y diseño de las fotografías de mi autoría.

Dedico cada rincón del libro al equipo amoroso e indispensable de mi vida: a mi mamá y mi papá, Carmen y Mariano. A Tonatiuh y a la familia Hernández-Correa. A Carmelita, Marco y a mi bebé Marianito; a Luisito, Luna, Sol, Azul, Uriel, Fernando, Evo y Theo. A la memoria de mis abuelas y abuelos, de mi suegro, de mis amistades y estudiantes, que ya no están.

Finalmente, quiero externar mi gratitud a cada una de las personas que integran el Comité Editorial y que hicieron posible la publicación del libro. Gracias especiales a María Isabel Rodríguez Ramos, por su calidez, entrega y guía en todo el proceso.

Índice

Presentación. Mercedes Olivera Bustamante 15

Introducción 21

CAPÍTULO 1
Bases teóricas y diseño del análisis de la investigación 37

- La estrategia del estudio en contextos indígenas 37
- Género, patriarcado e interseccionalidad 43
- Los parámetros patriarcales del sistema capitalista como formas de violencia 55

CAPÍTULO 2
La historia de la limpieza en el valle de Jovel 75

- La ocupación territorial colonial, el impacto ambiental y los desechos 76
- La limpieza como tributo indígena 80
- Entre los ríos, el "achival" o el "tachihuil" como principales vertederos 82
- La tardía consolidación de la recolección de basura como servicio público 83

CAPÍTULO 3
La estructura y el funcionamiento actual del Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas 93

Generación, recolección y disposición de la basura 97
El sector público en el proceso de recolección 102
El sector privado y la especulación con la basura 116
El comercio y la dinámica de las intermediarias 119
El sector informal: la pepena urbana y sus características 123

CAPÍTULO 4
La violencia de la marginalidad: de campesinas a pepenadoras de basura 147

El contexto de la violencia estructural 147
La vida campesina 149
La integración a la dinámica urbana 157
Las nuevas formas de violencia en la ciudad 160
Los roles de género, la triple jornada y el cuidado 163
Violencia doméstica, familiar y de pareja 168
Entre la sobrevivencia y la subordinación 169

CAPÍTULO 5
El destino violento de la recolección 183

Relación entre el municipio y las pepenadoras 183
El servilismo de las pepenadoras a las clientas o marchantes 192
Los intermediarios 197
La violencia horizontal entre las pepenadoras 199

Reflexiones finales 207
Referencias bibliográficas 231
Anexo fotográfico 238

Presentación

Este libro de Montserrat Balcorta se enfoca en uno de los más acuciantes problemas de marginación y exclusión social sistémica que vivimos no sólo en Chiapas, sino en todo el país y todos los países del mundo, fuertemente afectados por el capitalismo global.

En este caso, la marginación y la exclusión se asocian a otro grave e histórico problema urbano, que es el de la recolección de basura, la cual también se ha convertido en una mercancía manejada empresarialmente. No obstante, la importancia del análisis que hace la autora de este apasionante problema está puesto en las recolectoras informales de basura, es decir, en las actoras más invisibilizadas, explotadas y desechables del sistema capitalista patriarcal, que participan en ese proceso en San Cristóbal de Las Casas.

El desarrollo del capitalismo con su insaciable sed de ganancias ha impuesto diferentes formas de organización y división sexual del trabajo, paralelamente a las diferentes formas visibles y ocultas que han utilizado los dueños del capital para apropiarse del valor del trabajo y de la extracción de las riquezas. Dentro de la llamada acumulación originaria, además del extractivismo y buena parte del neoextractivismo de los recursos naturales de los países pobres, ubicamos el trabajo doméstico y de cuidado invertido por las mujeres para la producción de mano obra, que es elemento fundamental en el proceso capitalista, pero que no le cuesta nada al capital.

Somos y hemos sido las mujeres, históricamente hablando, quienes producimos, cuidamos y mantenemos la fuerza de los trabajadores que explota el capital sin que nuestro trabajo sea reconocido, e incluso sin que se considere trabajo; se vive como una de las funciones que, impuestas social y culturalmente por el sistema capitalista patriarcal con la ayuda de la Iglesia, han formado parte del imaginario social durante mucho tiempo.

La maternidad es asumida por las mujeres con mucho amor y naturalizada como destino, pero es parte de la división sexual del trabajo que se fue estableciendo desde el siglo XVI y definió que las mujeres fuésemos responsables de la reproducción social y les resolviéramos a los hombres todas sus necesidades cotidianas, tanto materiales como afectivas, para que pudieran estar suficientemente capacitados, con el tiempo necesario y en el lugar en donde los requiere el capital. Esta desigualdad que oculta, por decirlo así, una forma indirecta de explotación de las mujeres, es patriarcal, como muchas otras formas de la violencia sistémica en las que el poder capitalista, construido sobre parámetros masculinos, se expresa en la forma vertical y autoritaria de las relaciones sociales, así como en la jerarquización y exclusión de las mujeres, los pobres y los indígenas, como lo demuestra Montserrat Balcorta en la investigación que ahora publica el CESMECA-UNICACH.

Además de esa explotación que podemos llamar invisible o encubierta de nuestro trabajo doméstico, hemos tenido que asumir cada vez más "las funciones productoras de hombres", porque el salario pagado a los trabajadores se ha reducido en la práctica y resulta insuficiente para mantener a la familia. Esta otra violencia sistémica nos ha obligado a las mujeres a "ayudar" a sostener a la familia, y con mucha frecuencia a que solas tengamos que asumir esa responsabilidad, además de seguir realizando nuestras responsabilidades hogareñas.

En las áreas rurales, la misma dinámica neoliberal del capital, con sus crisis y sed de ganancias, ha desestructurado violentamente la economía campesina creando la necesidad de que los hombres y las/los jóvenes migren a los centros del capital para trabajar.

En México, la contrarreforma agraria de 1992 sentó las bases para la privatización de la tierra y la consecuente desaparición de la propiedad social, que se ha ido concretando con las políticas agrarias neoliberales, y que ha ido facilitando las inversiones agroindustriales y ocasionando una gran precarización laboral que se profundizó con la importación de maíz transgénico de Estados Unidos a tan bajos precios que se sobrepuso a la producción del maíz criollo, con el consecuente abandono del campo.

En Chiapas, la crisis ocasionó a partir del año 2000 una fuerte migración temporal o definitiva a las ciudades, a las zonas turísticas del Caribe y a las empresas del norte. Muchas familias quedaron sin recursos, pero sobre todo afectó a las mujeres indígenas de Los Altos, que por la migración se quedaron solas y sin recursos, con la obligación de mantener a los hijos. Para encontrar alguna forma de solventar el problema, migraron a San Cristóbal, como lo hicieron también otras muchas familias, buscando en dónde y cómo vivir.

Parte de esta población altamente precarizada y en situación muy vulnerable es la que Montserrat Balcorta encontró trabajando en y con la basura: mujeres, hombres y niños dedicados a recoger basura informalmente, es decir, con sus propios recursos y fuera de la estructura municipal dedicada a resolver el problema institucionalmente. Conocer a esas mujeres y a sus hijos, dar cuenta de los esfuerzos que realizan para sobrevivir en una ciudad marginal (polarizada por las empresas turísticas) tradicionalmente racista, discriminatoria y cruel, comunicarnos sus esperanzas y dolores, pero también sus sueños, constituye el meollo de su investigación.

La marginalidad de la marginalidad que nos da a conocer la autora en este libro es más que indignante. Las mujeres y sus hijos recogen la basura de comercios y casas de San Cristóbal, y de ese modo reciben algunos centavos; otros pesos los obtienen de seleccionar entre los desperdicios pedazos de cartón, metal o plástico para venderlos a las empresas recicladoras; pero también escogen entre los desechos algunos alimentos para su consumo o materiales para reforzar sus viviendas.

¿Por qué aceptan, aceptamos, vivir en un sistema donde hay mucha gente que no tiene nada que comer, mientras hay ricos que sólo piensan en tener más y más?

Las mujeres de este libro, a pesar de su pobreza o, mejor dicho, con su pobreza, aportan al capital trabajo de cuidado, fuerza de trabajo y ganancias, cumpliendo dobles y triples jornadas, recibiendo muy poco dinero y aguantando hostigamiento sexual, discriminaciones, racismo y malos tratos de la población y de las instituciones.

Muchas veces me comentó Montserrat su intención de trabajar con ellas para que pudieran organizarse, tomar conciencia y desnaturalizar la tremenda situación en que viven. Pero los problemas que encontró fueron complicados y difíciles de solucionar.

La dispersión de sus viviendas, el tiempo que dedican al trabajo, el esfuerzo que empeñan en el cuidado, el individualismo, la inseguridad y la competencia permanente en su trabajo, el cansancio que las agobia, el desinterés de reflexionar sobre un futuro incierto cuando se vive en el límite de la sobrevivencia, etc., hicieron que a pesar de la buena relación que logró establecer la investigadora con ellas, no pudieran reunirse y menos sentarse juntas a analizar sus problemas de competencia por los clientes, inseguridad por los horarios de recoger la basura, las dificultades de acarrearla y seleccionarla. "Faltó tiempo", dice Montserrat Balcorta, pero yo creo que falta más que eso. Hay que cambiar las condiciones en que viven y trabajan para que puedan ocuparse de promover los cambios necesarios, es un complicado círculo vicioso.

Si bien Montserrat Balcorta, que es especialista en el análisis de los problemas de la recolección de basura, no logró la incidencia que buscaba para impulsar el ánimo de las mujeres recolectoras de basura hacia la reflexión y el cambio, el trabajo que nos entrega ahora es una motivación y una provocación al mismo tiempo para que reflexionemos profundamente en el carácter sistémico y violento de la exclusión, la discriminación y la creciente pobreza material en que vive la mayor parte de la población de Chiapas, del país y del mundo.

No son válidas las ayudas ni el asistencialismo ante la dimensión de los problemas que nos describe. Como ella misma lo plantea, el cambio tiene que ser profundo e integral, sistémico. La situación nos atañe a todos y a todas.

Gracias, Montse, por la oportunidad que nos das de reflexionar contigo leyendo las páginas de este libro.

Mercedes Olivera Bustamante
San Cristóbal de Las Casas, mayo de 2018

Introducción

Este libro es una reflexión sobre los diferentes procesos, formas y expresiones de la violencia patriarcal y sus efectos en la vida social, familiar y laboral de las mujeres que sobreviven como pepenadoras de basura en el contexto urbano de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

El estudio se inscribe entre los primeros trabajos que abordan la temática de la basura desde la perspectiva de género y trata de incorporar la dimensión macro-micro social en el proceso de desarrollo que vive la ciudad, para conocer las condiciones de exclusión histórica, la marginación, las violencias y las distintas opresiones interseccionadas que experimentan las mujeres indígenas pepenadoras en los distintos espacios donde desarrollan su vida.

Desde mi visión feminista me ha preocupado la violencia que viven las mujeres que trabajan en y de la basura. Mi inquietud no se limita al tema de la violencia de género, sino que intento aproximarme a las violencias interseccionadas con los elementos de clase, etnia y edad. Es por ello que mi interés se enfoca en los elementos que deben cambiarse de raíz y no se limita a formular propuestas urgentes de ayuda. Implica un proceso largo de trabajo y un posicionamiento político y reflexivo con esas mujeres, para que tomen conciencia sobre su situación y posición, que las aliente a desarrollar su propia agencia liberadora.

Esto se vuelve más complejo en la medida en que se trata de mujeres indígenas, las más excluidas y marginales, que viven un proceso de inserción en el sistema del mercado y porque están inmersas en el individualismo

y en la supervivencia cotidiana. Es necesario conocer, a través del trabajo con ellas, los elementos que están impidiendo la toma de conciencia así como su organización y sus reivindicaciones, que podrían plantearse frente a los distintos sectores que integran el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas. Es necesario visibilizar y analizar su presencia como víctimas últimas del sistema de libre mercado.

Considero, de entrada, que la condición desventajosa de estas mujeres se profundiza con la crisis estructural actual y el aumento generalizado de la pobreza y la violencia.

Se reconoce la urgencia de desarrollar un trabajo de varios años que implique reconsiderar un método participativo, el cual quedó pendiente en el proceso de la investigación.

Género, patriarcado e interseccionalidad

En este estudio me adentré en la problemática a partir de tres categorías de análisis que han aportado los estudios feministas y son el género, el patriarcado y la interseccionalidad.

Me baso en la categoría de género para analizar los rasgos patriarcales del sistema capitalista como formas de violencia. El análisis de género es crítico del orden patriarcal, y contiene de manera explícita un rechazo a los aspectos nocivos, destructivos, opresivos y enajenantes que se producen por una organización social caracterizada por la desigualdad, la injusticia y la jerarquización política basada en el género de las personas (Lagarde, 1996). La categoría de género[1] ofrece elementos para un análisis sistémico, procesual e histórico de la estructuración de las jerarquías sociales en sus dimensiones sociocultural, normativa e institucional.

[1] Otros aportes indican que se emplea el género como categoría de cambio y su objetivo no es sólo conocer la realidad sino transformarla a nivel sistema. Esto nos lleva a un compromiso en el cambio que se llama feminismo.

El género ayuda a la comprensión de las opresiones y las desigualdades de género como producto del sistema patriarcal, constituido como un sistema histórico y de poder, que se caracteriza por su estructura jerárquica, vertical y excluyente de los más marginados y pobres.

Como dicen Facio y Fries (1999), la categoría de género[2] y el concepto de patriarcado se enriquecen dinámicamente, en el marco del desarrollo de opciones políticas de transformación de las relaciones sociales que plantean los diversos feminismos. Así, el interés por la problemática de género es más que académico. Involucra un deseo de cambio y la emergencia de un orden social y cultural en el cual se mantenga abierto el desarrollo de las potencialidades humanas, tanto para las mujeres como para los hombres.

El patriarcado como estructura de dominación y subordinación sigue siendo un sistema poderoso y duradero de desigualdad. Olivera (2012) lo define como "el sistema histórico cultural, estructurado y estructurante de la sociedad, que funciona bajo parámetros masculinos en el que participan tanto hombres y mujeres" (Olivera, s/f, en Cameras, 2013). Este sistema se ubica en las estructuras de todas las instituciones de la sociedad y se articula para reforzar un orden social, cultural y político.

El sistema patriarcal se renueva con el capitalismo neoliberal, modelo económico y social que hace de la acumulación[3] progresiva del capital su

---

[2] El concepto de género tampoco se refiere a un "sector" o "grupo vulnerable" de la sociedad. Como dice Facio (1999), las mujeres no somos un grupo o minoría social porque conformamos la mitad de la humanidad. Tampoco constituimos un grupo vulnerable. A lo sumo, las mujeres somos un grupo vulnerabilizado por el patriarcado y las estructuras de género. El género no puede ser utilizado para referirse a un grupo de personas porque hace alusión a la construcción social de lo femenino y lo masculino de manera dicotómica y jerarquizada (Facio, 1999: 20).

[3] Federici (2010) explica que la acumulación originaria es un fenómeno permanente y que en cada fase del capitalismo se renueva la necesidad de separar a la gente de sus medios de subsistencia para producir nueva fuerza de trabajo, y tanto en su forma histórica como en la actual tiene consecuencias especiales para las mujeres. Los efectos de este tipo de proceso histórico tienden a ser visibles y trágicos. La relación entre la acumulación originaria y la violencia conforman un nuevo modelo de acumulación capitalista que utiliza enormes cantidades de trabajo no pagado. Éste debería suponer una ruptura, de una

elemento vertebral, pero para poner en práctica sus mecanismos de acumulación es necesario sacrificar dignidades humanas.

Las personas son vistas como piezas para mantener esas acumulaciones de capital en una minoría, es decir, a nadie le importan en el modelo económico, sobre todo las que se ubican en la parte baja de la estructura social. En esta parte, el sistema capitalista busca espacios en donde explotar a las personas al más bajo precio, para mantener la producción de la manera más barata.

El capitalismo ha perfeccionado la opresión del patriarcado y cobra un sentido diferente en función de los grupos excluidos, que son los pobres, especialmente las mujeres.

Otro elemento teórico del feminismo que se retoma para este trabajo es la interseccionalidad. En términos de Hernández (2006) se refiere a la relación de las múltiples dimensiones de las diferencias establecidas y las formas de opresión y violencias interseccionadas sobre la identidad de las mujeres, poniendo de relieve las limitaciones de género como la única categoría que define la desigualdad manifiesta en la sociedad.

Los formas de violencia patriarcal en el capitalismo neoliberal

En esta investigación definimos los parámetros del patriarcado como elementos de género, porque históricamente las mujeres no hemos participado en la construcción del funcionamiento público. Por lo tanto, las mujeres están excluidas de todo este sistema y esa circunstancia le da al capitalismo un carácter patriarcal, cuya dinámica es dominada por los elementos masculinos.

Los parámetros patriarcales del capitalismo se manifiestan mediante un modelo jerárquico y vertical. Esto quiere decir que la estructura social

vez por todas, con la idea de que el capitalismo es una forma de progreso. El capitalismo promueve la vida humana nuevamente para ser explotada y, como consecuencia, hoy por hoy existen millones de personas que no disponen de los medios básicos que garanticen la subsistencia, y entre éstas se cuentan las pepenadoras y los pepenadores de basura.

histórica, basada en las relaciones sociales, organizaciones e instituciones, opera como pilar en la transmisión de la desigualdad (Facio, 2000: 24). Su esencia radica en el ejercicio del poder y la opresión de los más fuertes sobre los más pobres, y se acompaña por una ideología y sus respectivos valores y creencias. Para perdurar, este sistema de dominación construye mecanismos para reproducir esa urdimbre con la mayor cohesión social.

Según Facio, esta dinámica de dominación goza de legitimación para que algunos, en una posición hegemónica, ejerzan la opresión sobre aquellos que están subordinados.[4] Esta posición social, reservada a las mujeres, obedece a estereotipos genéricos construidos socialmente y que se justifican en lo sociocultural, político y económico, lo cual legitima su estatus de subordinación. Como ya explicó Pierre Bourdieu: "Las estructuras de dominación son el producto de un trabajo continuado –histórico, por tanto– de reproducción" (1998:50).

Los rasgos patriarcales del sistema se presentan mediante otros fenómenos dinámicos y procesales como la exclusión social. Joan Subirats (2005) explica que para abordar este fenómeno no se puede hablar en términos binarios (se está o no se está excluido), más bien se habla de un fenómeno en términos de trayectoria social y personal por la que los individuos se desplazan por el eje inclusión/exclusión, en ambos sentidos.

Según el autor, la multidimensionalidad de la exclusión social se concreta en diferentes ámbitos o esferas de la vida interconectados. La erosión del modelo patriarcal, junto a la debilidad de las políticas públicas en el contexto capitalista neoliberal, propician nuevas dinámicas de riesgo social en amplios colectivos, sobre todo en las mujeres (Subirats, 2004; Hernández Pedreño, 2008).

La exclusión de las mujeres se expresa simultáneamente por su condición de género, etnia y clase, además de que se manifiesta en el ámbito

[4] Por subordinación se entiende toda relación asimétrica y jerárquica que implique el ejercicio del dominio sobre los otros y se vincule con el proceso de transformación de las diferencias biológicas en factores de desigualdad y de discriminación social.

privado y público de su trabajo y en la cultura, y por ello es difícil atribuirla sólo a un aspecto específico.

Otro rasgo patriarcal se manifiesta en el fenómeno de la marginalidad, un proceso que, según José Nun (1986), desemboca en la desvinculación de una parte de la población respecto del sistema económico. La marginación no puede reducirse a un indicador de ingresos económicos, a la ubicación geográfica o a las peculiaridades culturales, sino que conlleva un análisis de la situación estructural de determinados grupos sociales. La marginalidad pone en evidencia la relación estructural, que es parte de la dinámica del desarrollo capitalista y una de las expresiones de la violencia. Aparece como una precondición que prolonga la situación desigual en la que están insertas las clases bajas, las minorías étnicas y los migrantes (Delfino, 2012).

Otro rasgo es la desigualdad social, que tiene raíces históricas, cada vez más complejas. Se manifiesta en condiciones, niveles y esperanzas de vida fuertemente diferenciados entre personas y grupos de población. La desigualdad explica atributos personales, relacionales y estructurales que determinan las posibilidades de las personas de capturar y retener recursos e ingresos. Luis Reygadas señala que los estudios sobre desigualdad han escogido algunas opciones para su estudio: el acceso a los recursos y las capacidades de los individuos y las relaciones que se establecen entre ellos o las estructuras sociales (en Jusidman, 2009).

Para el estudio de las distintas formas de violencia patriarcal del sistema capitalista retomé a Johan Galtung (1981). El autor explica que este análisis está orientado a conocer la complejidad de la violencia y a la existencia de conflictos entre grupos sociales caracterizados bajo su condición de género, etnia y clase, entre otros factores, en los que el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos se resuelve a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las otras debido a los mecanismos de estratificación social (Falcón, s/f).

El triángulo de la violencia de Galtung se compone de tres tipos de fenómenos. En primer lugar, la violencia directa, la que es manifiesta, en su aspecto más evidente. Su expresión puede ser física, verbal y psicológica. En segundo lugar, la violencia estructural, aquella que se asocia de forma intrínseca con los problemas sociales, políticos y económicos que

gobiernan las sociedades, los Estados y el mundo. Y por último, la violencia cultural, caracterizada por aspectos de la cultura, en el ámbito simbólico de nuestra experiencia (materializado en las creencias, en la ideología), que pueden utilizarse para justificar o legitimar la violencia directa o estructural (Galtung, 1998).

El carácter relacional del triángulo de la violencia no puede separarse de su contexto tiempo-espacio. El contexto en el espacio es la formación del conflicto; incluye a todas las partes involucradas, de menor a mayor escala, tanto próximas como distantes, con todos los objetivos relevantes al conflicto, que son valores e intereses inherentes a la situación.

Teniendo en cuenta lo anterior, los objetivos de la investigación se basan en analizar las distintas formas de reproducción de dichos rasgos patriarcales como un proceso de violencia estructural, social y cultural en la dinámica cotidiana que enfrentan las mujeres pepenadoras. De la misma forma, estos rasgos patriarcales se identifican en la estructura y el funcionamiento del sistema histórico-social del Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Los principales interrogantes que sirvieron de base para guiar la presente investigación fueron: ¿qué relación existe entre las condiciones existenciales de las mujeres pepenadoras de basura en San Cristóbal y la violencia de la dinámica sistémica capitalista neoliberal patriarcal?, ¿qué consecuencias tienen para las mujeres que realizan esta actividad?, ¿cómo se manifiestan los rasgos patriarcales en el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas?, ¿cómo se reproduce la violencia patriarcal en el trabajo y en la familia de las mujeres pepenadoras?, ¿cuáles son las relaciones y prácticas de violencia entre ellas y los distintos sectores que participan en el Sistema?, y ¿cuáles son los efectos del patriarcado (y sus elementos) en la vida de las mujeres?

El supuesto de la investigación radica en que la tridimensionalidad de la violencia (directa, estructural y cultural) influye en particular sobre los más pobres, especialmente sobre las mujeres. Este proceso de polarización y jerarquización ocasiona desigualdades y diferencias, incluso dentro de la propia marginalidad. Las mujeres pepenadoras, en una condición vulnerable, marginal y de exclusión social, han enfrentado la violencia patriarcal

defendiéndose de la discriminación, sometiéndose y luchando por integrarse y permanecer en la sociedad, soportando la violencia directa cotidiana, trabajando para vivir e intentando legitimar su espacio en la ciudad a través de la recolección de basura.

En ese contexto, existe una doble forma de actuar por parte de las mujeres como respuesta a la violencia que enfrentan. Por un lado, las pepenadoras despliegan su agencia como estrategia para enfrentar los rasgos patriarcales estructurales que afectan su vida cotidiana laboral y, por otro lado, desarrollan una gran sensibilidad para comprender a su familia y a sus hijos. Hay una lucha constante entre resistencia, sobrevivencia y subordinación.

Para las mujeres pepenadoras de basura es difícil salir de esa posición de exclusión. Requieren ejercitarse en un tipo de trabajo político que las capacite para romper sus propias subordinaciones profundas y restablecer la esperanza de vivir su situación de otra manera. El efecto del poder vertical es la subordinación extrema en la dinámica patriarcal, y en el plano horizontal se despliegan el individualismo y la competencia. Las causas micro-macro estructurales de la violencia, como expresa Olivera (2008), son el resultado de las dominaciones y opresiones que han padecido las mujeres.

El contexto social de las mujeres pepenadoras de San Cristóbal de Las Casas

En lo que concierne a la dimensión temporal, la investigación abarca desde 2010 hasta 2014. El punto de partida es el análisis de la crisis que ha desestructurado la economía campesina, a partir de la cual cientos de hombres y mujeres indígenas de la región Altos de Chiapas engrosan permanentemente las filas de población inmigrante y desplazada hacia San Cristóbal. La mayoría ha creado estrategias para sobrevivir en la ciudad, entre las que resalta su participación en la recolección de basura informal como pepenadores y pepenadoras.

Este grupo social ha padecido la exclusión sistémica de sus lugares de origen y su integración al contexto urbano la viven desde la marginalidad. En su situación actual confluye la discriminación patriarcal histórica hacia los grupos étnicos indígenas. Viven su adaptación a la ciudad como un proceso de inclusión hostil racista y de manipulación indiscriminada (Olivera, 2004).

La ciudad de San Cristóbal actualmente no brinda una oferta de vida para las personas migrantes y desplazadas, y una gran parte de la población indígena ha creado muy distintas formas de pertenencia para integrarse a la dinámica social urbana. Existe una parte que no ha podido obtener lo básico para reproducirse, y en este grupo ubicamos a quienes sobreviven de la pepena urbana.

El problema de la recolección de basura administrada por los ayuntamientos ha sido históricamente deficiente e insuficiente en San Cristóbal, porque el municipio no cuenta con recursos económicos para cubrir todas las necesidades y para implantar un servicio de recolección distinto al tradicional. Los procesos actuales de crecimiento urbano, la expansión demográfica, la reconfiguración de la ciudad como *pueblo mágico* con "vocación" turística,[5] la conversión de los servicios públicos, la presencia de tiendas de autoservicio, departamentales y trasnacionales y la gran cantidad de basura que se tira son algunas de las causas que han agudizado el problema.

La recolección de basura tampoco cumple con la normativa vigente en cuanto al tratamiento de los desechos peligrosos y tóxicos; se mezclan en forma indiscriminada los residuos y eso a su vez genera un problema medioambiental fuerte. Estas condiciones permiten la existencia del sector informal de recolección de basura, integrado por mujeres y hombres que no son parte de la estructura oficial.

[5] El turismo, la expansión urbana que utiliza el capitalismo como recurso de absorción de excedentes, desborda y pone en crisis toda prestación de servicios públicos, ya que impacta de manera muy particular en la producción de basura o de residuos sólidos que producen las poblaciones.

En la actualidad no existe un registro de las personas que sobreviven de la basura. En el desarrollo de nuestro trabajo de campo contamos un poco más de 500 individuos, entre hombres y mujeres, pepenando en las calles, en su mayoría mujeres acompañadas por sus hijos, cifra que va en aumento.[6]

Quienes recogen la basura por cuenta propia son mujeres y varones tsotsiles y tseltales, bilingües y monolingües, de edades muy variadas (entre cinco y setenta años). Todos ellos son provenientes de Tenejapa, San Juan Chamula, San Juan Cancuc, Zinacantán, Huixtán, Mitontic y Oxchuc, pertenecientes a la región Altos de Chiapas,[7] que migraron a la ciudad de San Cristóbal por conflictos de diversa índole.

La mayoría vive en zonas periféricas de San Cristóbal como en las colonias La Garita, San José, Ojo de Agua, Emiliano Zapata, Maravilla, La Hormiga, Esperanza, 24 de Mayo, Paraje Pozuelo, Posada Santo Domingo, Erasto Urbina, La Isla, 21 de Marzo y 1 de Mayo; o en los barrios de Santa Cruz, Guadalupe, Tlaxcala, El Cerrillo, Mexicanos y San Diego.[8] Como dice Jan Rus (2012), algunas de estas colonias se conformaron a partir de grandes oleadas de migración indígena masiva; aun dentro de estos espacios, la población indígena que se dedica a la recolección informal ocupa una posición marginal.

Este sector en general no tiene derechos laborales ni seguridad social, y a medida que avanza el desarrollo capitalista van empeorando sus condiciones de vida, especialmente para las mujeres indígenas y sus hijos, que son objeto de discriminación por sus características de género, etnia y clase.

La crisis interna actual en el Sistema de Recolección de Basura en la ciudad (modelo de estructura jerárquica, vertical y flexible y con un

---

6 Hay un porcentaje mínimo de mujeres sancristobalenses pobres, en su mayoría adultas mayores y viudas.

7 Esta información se obtuvo de la aplicación de 50 encuestas a mujeres y varones indígenas bilingües que trabajan en la pepena de basura.

8 Localicé un caso de un oriundo de Zinacantán, que diariamente viaja a San Cristóbal para trabajar en la pepena urbana.

presupuesto insuficiente) aumenta las necesidades de las pepenadoras y lo que invierten en su labor, la cual no se remunera en proporción al trabajo desempeñado.

Podemos decir que en este sector de recolección informal, las mujeres indígenas son las que más padecen la violencia (directa, estructural y cultural) y las condiciones de subordinación y explotación en la estructura social, y es por ello que las situamos como las principales protagonistas de este estudio.

Las pepenadoras indígenas son madres que viven con sus parejas en unión libre; otras son madres solteras. La mayoría de ellas no cuentan con ninguna escolaridad y tampoco saben leer ni escribir. Muy pocas tuvieron la posibilidad de cursar entre el primero y el cuarto grado de primaria en sus respectivas comunidades; las demás truncaron sus estudios por razones como la enfermedad de algún familiar, la falta de recursos económicos para solventar gastos de la escuela o la violencia ejercida hacia ellas en sus comunidades. Son bilingües, hablan español y su lengua materna, el tsotsil y el tseltal; muy pocas son monolingües, especialmente las adultas. Casi todas profesan la religión protestante y un mínimo la católica.

En una encuesta aleatoria que aplicamos a trabajadores informales de este sector encontramos que los varones tienen más antigüedad en la recolección de basura que las mujeres (más de una década). Las mujeres se habían integrado en fechas más recientes (de uno a cinco años[9]). Sin embargo, su participación es mucho más activa y visible que la de los varones, lo cual es un síntoma de la dinámica actual de la ciudad que está incidiendo en las familias indígenas. Ya no se nutren únicamente con el trabajo de los varones, sino que las mujeres se han visto obligadas a realizar múltiples jornadas dentro y fuera del hogar para satisfacer sus necesidades más elementales, como la alimentación y la manutención de sus hijos.

Todas, sin excepción, cumplen con innumerables quehaceres en sus ámbitos domésticos, además del trabajo de la pepena que realizan en los espacios públicos. Llevan a cabo la recolección en casas habitación,

9 En el desarrollo de esta investigación participaron un poco más de diez mujeres jóvenes.

comercios, esquinas y avenidas principales. Desarrollan su estrategia en condiciones precarias y no tienen un ingreso fijo por recoger y tirar la basura. Algunas de ellas recuperan objetos reciclables para la venta y comestibles para el autoconsumo.

Puede afirmarse que este sector en general es víctima de una violencia vertical dentro del sistema social, específicamente dentro del sistema de limpieza del que están excluidos; asimismo, a medida que el turismo avanza aumenta la competencia entre quienes realizan la pepena.

Una de las características de la precariedad y del individualismo competitivo que viven es que no existe una organización en las que las pepenadoras puedan adscribirse, ni han surgido acaparadores o líderes en este sector, es por ello que están sometidas a una dinámica de violencia horizontal en la que incluso la competencia, la jerarquización y la confrontación permanente por los recursos, espacios y clientes surgen al mismo nivel entre ellas. Por ello, analizo esta forma y dirección de la violencia y su significado en la vida de las mujeres.

Las mujeres pepenadoras ganan muy poco y lo que obtienen lo usan para cubrir necesidades inmediatas, especialmente la alimentación de sus familias. Se someten a múltiples formas de violencia; viven continuamente endeudadas. Arriesgan su condición vital porque están en una situación extrema de violencia y se les niega lo mínimo para vivir dignamente. En general, las pepenadoras de basura son parte de la periferia marginal y les cuesta mucho trabajo tener las condiciones para acceder a un mínimo de posibilidades para reproducirse. La violencia estructural las limita para acceder a una vida justa, planteamiento que figura en todas las constituciones y los pactos sociales como un derecho fundamental; se reproduce así la dinámica violenta y es muy difícil que salgan de ella por sus características marginales.

Resumen de capitulados

En la primera parte de este libro se trata el proceso de construcción-aproximación teórica de las categorías de género, patriarcado e

interseccionalidad, para analizar las características patriarcales del sistema capitalista neoliberal, lo que nos acerca a las diferentes formas de violencia y sus efectos en la vida de las mujeres indígenas cuya supervivencia depende de la basura en San Cristóbal de Las Casas.

En el segundo capítulo hago un recuento del contexto histórico-social del Sistema de Recolección de Basura de San Cristóbal de Las Casas y describo su morfología, estructura y funcionamiento en las distintas etapas de su desarrollo.

En el tercero explico la estructura y el funcionamiento del sistema y de los sectores que lo componen a partir de un mapeo de actores. Hago una descripción del trabajo informal de la basura y de las condiciones laborales de violencia hacia las mujeres pepenadoras, sus ingresos, rutas y cómo lo viven.

En el cuarto capítulo expongo cómo las mujeres han enfrentado la violencia estructural, directa y cultural. Incluyo historias de las mujeres y sus trayectorias de violencia, además de algunos testimonios sobre las causas de su desplazamiento y migración a San Cristóbal de Las Casas, su inserción en la dinámica de la ciudad y cómo se refleja su proceso de identidad indígena urbana y marginal.

En el quinto capítulo describo y analizo las formas de violencia entre los actores que participan en el Sistema de Recolección de Basura en la ciudad. Cabe mencionar la presencia de prácticas violentas, discursos serviles y clientelares y relaciones de subordinación en distintos niveles y posiciones en las que se colocan las mujeres pepenadoras.

A modo de reflexiones finales analizo la reproducción de los rasgos patriarcales en el Sistema de Recolección de la Basura en San Cristóbal y sus efectos en las mujeres pepenadoras. Como último punto de este apartado planteo una propuesta general de gestión de residuos sólidos municipales para la ciudad.

CAPÍTULO I

Bases teóricas y diseño del análisis de la investigación

La estrategia del estudio en contextos indígenas

Entre los años 2010 y 2014 proyecté un primer análisis sobre la construcción de la identidad entre las mujeres pepenadoras indígenas de basura en la región Altos de Chiapas. La pregunta central que guió esta propuesta fue: ¿qué es ser mujer entre las pepenadoras de Chiapas? Este estudio pretendía ser la continuidad de otro trabajo antropológico de mi autoría denominado "Pepenando la identidad: el ser mujer entre las pepenadoras de la comunidad de Milpillas, del municipio de San Luis Potosí, SLP", en la región centro-norte de la República mexicana.

En esa coyuntura se planteó un estudio etnográfico comparativo desde la antropología social que tenía por objetivo identificar las diferencias y similitudes en la construcción de la identidad entre mujeres de distintas características y regiones que realizan la pepena urbana.

En una segunda etapa de la investigación quedó fuera el aspecto de la identidad. Retomé el problema estructural de la basura debido al proceso de privatización que se intentó dar en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas a este sector. Al empezar a convertirse la basura en mercancía, el estudio adquirió un sentido diferente. Me colocaba en el proceso del desarrollo capitalista, en una situación marginal del estado de Chiapas y sobremarginal con respecto a la región Altos. En este punto, ubiqué el análisis

Foto 1. Mujer adulta en el tiradero de Milpillas, localidad de la capital de San Luis Potosí

Fuente: Fotografía de Aarón Cadena Ovalle.

en todas las deficiencias del desarrollo capitalista y de su diversidad, en función de las centralidades subdesarrolladas.

Con este nuevo brío asumí una metodología participativa enfocada al sector de recolección informal, que sin centrarse en la descripción ni en el análisis, priorizaba la generación de transformaciones en la vida de las mujeres indígenas. Sin embargo, este enfoque metodológico participativo no se logró debido a la situación de marginalidad y por las características étnicas de colonialidad de dichas mujeres. El método de acción participativa

quedó fuera porque implicaría un trabajo de mayor tiempo; sin embargo, podría ser retomado en futuras investigaciones sobre el tema.

Uno de los errores en la aplicación de la metodología fue ignorar mi posición como mestiza del centro norte del país en el ámbito urbano sancristobalense y en contextos indígenas. En palabras de Aída Hernández (2000), "la brecha cultural" se pierde de vista en la realización de dichos planteamientos metodológicos participativos. Según la autora, nos falta una gran sensibilidad cultural frente a los problemas específicos y concepciones del mundo de las mujeres en estas regiones (Hernández, 2000).

> La tentación de asumir que nos une a ellas una experiencia común frente al patriarcado ha estado siempre presente. En parte esta falta de reconocimiento a las diferencias culturales ha dificultado la construcción de una metodología participativa que incluya a indígenas y mestizas (Hernández, 2000: 20).

A las dificultades mencionadas se sumó mi nulo conocimiento sobre las lenguas maternas de la región. No conocí a profundidad los contenidos y contextos culturales, las cosmogonías mayas y la dinámica político-social.

Para abreviar el proceso de integración a una región de características específicas utilicé el método etnográfico, por el que logré acercarme a las mujeres indígenas pepenadoras y a sus hijos. Fue difícil desarrollarlo, porque además de que ellas están insertas en una dinámica capitalista de individualismo y competencia laboral que las mantiene fraccionadas y divididas, lejos de sus experiencias vividas y de sus formas tradicionales de organización colectiva, tienen una gran desconfianza en la gente.

Retomé la categoría de análisis de género para revisar el papel de los parámetros del patriarcado en el contexto del capitalismo neoliberal (Olivera, 2008; Federici, 2010), con el fin de ubicar a las mujeres indígenas que no han participado en la construcción del funcionamiento público; esto le da un carácter patriarcal, en el que los elementos masculinos están dominando como dinámica. Ello ofrece explicaciones nuevas con respecto a la exclusión de los indígenas en general en este aspecto.

El trabajo de campo se realizó en diferentes espacios de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, así como en localidades del municipio y en la capital del estado de Chiapas.

Realicé una revisión de las fuentes primarias en los archivos diocesano y municipal, además de búsqueda bibliográfica de la localidad para conocer sobre el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas y quiénes han participado en él a lo largo de la historia, además de consultas en la hemeroteca de la ciudad y en fototecas para identificar imágenes relacionadas con la temática de los deshechos.

Como ya se mencionó, me apoyé en el método etnográfico. En palabras de Jesús Galindo, "[…] es la descripción, para la comprensión de la vida social" (1999:187). Utilicé este método para conocer y describir cómo opera el sistema de recolección de la basura en San Cristóbal mediante los sectores que lo componen. Elaboré un mapa de actores que me permitió ver la estructura jerárquica, las relaciones y la interrelación que mantienen los sectores, además de la posición de los hombres y las mujeres indígenas del sector informal de la basura.

Hice recorridos de campo para conocer cómo opera el sector público de recolección de basura e identificar personas, directivos y lugares que lo integran. También asistí a la comunidad Predio Santiago que funcionó durante décadas como tiradero municipal, y a cinco celdas de transferencia ubicadas en los mercados de distintos puntos de la ciudad.

Me acerqué a los trabajadores de limpia, es decir, a los peones barrenderos, macheteros y choferes para conocer y describir su labor en el barrido manual y en la recolección de basura desde el sector público.

Visité tres centros de acopio para conocer su funcionamiento y operación, y también hice recorridos de campo en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez para conocer de cerca la operación del sector privado de recolección de la basura.

Realicé un recorrido por el municipio de Acala, Chiapas, donde durante algún tiempo se tiraron los desechos de San Cristóbal, y visité localidades como El Aguaje y Corralito Dos Pazotal, donde se construyeron celdas de transferencia que no prosperaron.

Hice recorridos con los compradores para conocer sus rutas, su funcionamiento y su relación con los pepenadores urbanos, recurriendo a la observación participante, que es una de las técnicas de mayor utilidad para esta investigación. Restrepo explica que

> La observación participante suele suponer el residir por periodos significativos de tiempo con las personas o en los lugares con las cuales se adelanta la investigación. De unos pocos meses a varios años, esta residencia permanente hace que el investigador adquiera un conocimiento detallado de la vida de estas personas y lugares. Estar compartiendo la cotidianidad de estas personas y viviendo en estos lugares, permite que el etnógrafo se convierta en alguien conocido que puede atestiguar situaciones que otros extraños difícilmente tienen la oportunidad de hacerlo. Además, la familiaridad adquirida le permite al investigador comprender más adecuadamente eso que sucede, y que para alguien totalmente extraño sería difícil si no imposible de descifrar (Restrepo, s/f: 15).

Esta técnica del método cualitativo me permitió conocer la experiencia de la cotidianidad laboral de las pepenadoras en ruta. Viví en carne propia el trabajo pesado, las condiciones laborales precarias y las relaciones de competencia que mantienen. Observé de cerca los tratos que sostienen con sus clientes, con la población en general, con los trabajadores y directivos del Sistema de Recolección de Basura.

Las pepenadoras me sugirieron comer muy bien antes de salir a trabajar, vestir con sudadera de manga larga, pantalón, tenis o zapato cómodo y gorro (para el sol) y llevar en una bolsa algún alimento (galletas, refrescos). Otros requerimientos que me solicitaron fue llevar tijeras, bolsas de plástico grandes y lazos.

En el transcurso de un mes fui ayudante de algunas de ellas. Mi presencia levantó sospechas porque las personas me preguntaban ¿y tú quién eres?, ¿por qué recoges basura?, ¿eres funcionaria del ayuntamiento?, ¿de dónde vienes? Tú no eres de aquí, ¿por qué las vienes siguiendo?

Luego utilicé la técnica de la encuesta. Según Galindo (1999), dicha técnica cuantitativa ha demostrado ser útil en una gran variedad de campos y aplicaciones; permite contrastar y comparar resultados de manera directa y objetiva y determinar su nivel de precisión y, por tanto, el riesgo implícito en las decisiones que se tomarán con base en estos resultados (Galindo, 1999:34). En el transcurso apliqué cincuenta encuestas para conocer principalmente el número de personas que integran el sector informal de la basura, así como sus datos generales, personales y laborales. Registré información como sus edades, nivel de escolaridad, estado de vida, condiciones y relaciones laborales, entre otros. Considero que esta técnica, aunque es cuantitativa, no sólo fue de gran utilidad para recabar información general y vincularla, sino que fue una vía para acercarme a más personas que no conocía.

Esta técnica fue la más difícil de aplicar porque la realicé personalmente en la jornada de trabajo de las personas encuestadas, pero además, me llevó mucho tiempo, puesto que no todos quisieron responderme (y porque algunos no hablan español). Mi constancia y permanencia en las instalaciones del Centro de Transferencia El Tívoli fueron de gran ayuda para ganar confianza con los trabajadores del ayuntamiento, algunos de los cuales se ofrecieron voluntariamente como intérpretes.

Para tener un esquema de la estructura y el funcionamiento del Sistema de Recolección de Basura a través del Área de Aseo y Limpia Municipal (ahora Imagen Urbana) y otras informaciones complementarias se realizaron entrevistas informales a funcionarios en turno en la Presidencia Municipal de San Cristóbal de Las Casas, así como a analistas políticos locales, al cronista de la ciudad y a individuos de la población sancristobalense. Se aplicaron además diez entrevistas a profundidad a mujeres de distintas edades. Esta técnica cualitativa se aplicó en partes, durante las jornadas de trabajo en el ámbito público, en las rutas y en lugares tranquilos, como parques o en esquinas, en espacios y tiempos de descanso, en la calle.[10]

[10] El registro de los datos se realizó en un diario de campo, fotografías y audio grabaciones, con consentimiento de los informantes.

Género, patriarcado e interseccionalidad

En este trabajo se retoman tres categorías de análisis que epistemológicamente están construidas desde el feminismo: el género, el patriarcado y la interseccionalidad, asumidos como elementos complementarios. La visión de género ofrece una idea del proceso histórico de la construcción de las desigualdades y discriminaciones, además de posibilitar una reflexión profunda de las formas y contradicciones que se dan en las relaciones de género y sus efectos.

El patriarcado, como un sistema, aparece ligado al proceso económico-político y no llega a la subjetividad; el género se ve enlazado en el nivel privado y en el público; estos dos elementos, entonces, se complementan. La interseccionalidad está incluida en estas dos interacciones y va integrada al proceso, no solamente en los planos económico y político, sino en todos sus espacios y dimensiones de subordinación. Estas tres categorías se conjugan y las retomo para analizar no sólo la profundidad de las relaciones y la complejidad de la violencia en el proceso de recolección de basura, sino la forma violenta que toman en el sistema capitalista.

De la categoría de género

Como mencionó Lagarde (1996), el análisis del género[11] se inscribe en el paradigma teórico histórico-crítico y en el paradigma cultural del feminismo, que conduce a una filosofía poshumanista por su crítica al sistema androcéntrico y patriarcal.

[11] Como expresa Facio (2000), mujer y género no son sinónimos, y el género no se refiere únicamente a la relación hombre y mujer. El género tiene una serie de vertientes como categoría de análisis. La autora explica que existe una confusión que nace del hecho de que fuimos las mujeres las que utilizamos el término para referirnos a la situación de discriminación y subordinación que experimentábamos: "en efecto, históricamente son los grupos oprimidos quienes identifican las estructuras que los oprimen y es lógico entonces que el término haya sido desarrollado por las feministas para explicar y definir las estructuras que subordinan y oprimen a las mujeres de todas las clases, etnias, edades" (Facio, s/f: 19).

El género se define como una categoría sociocultural configurada sobre la base de la sexualidad, que es el referente de la organización genérica y constituye el punto de partida de los caminos trazados con antelación para la construcción de senderos de vida, cuyo carácter tan definido provoca que sean atribuidos a un supuesto destino o a la naturaleza (Lagarde, 1996, en Fernández, 2013).

Para Facio (2000), la categoría de género permite visibilizar la realidad que viven tanto hombres como mujeres, además de mostrar los procesos históricos y culturales de socialización que se internalizan. Identifica los mecanismos de subordinación que se presentan con mayor agudeza en las mujeres, en sus relaciones y en la funcionalidad de sus prácticas con el sistema patriarcal (Facio, 2000: 10).

Las propuestas teóricas del feminismo, a lo largo de la historia, han heredado un sinfín de vertientes desde el análisis del género.[12] Algunas definiciones se centran en las diferencias del sistema sexo-género, es decir, se analiza el género como sentido relacional hombre/mujer, mujer/mujer, hombre/hombre. Otros aportes indican que se emplea el género como categoría de cambio y su objetivo no es sólo conocer la realidad, sino transformarla a nivel sistema. Esto lleva a un compromiso en el cambio, y se llama feminismo (Facio, 2000).[13]

Otros aportes se centran en el análisis de las opresiones, las diferencias y las desigualdades de género. La opresión como producto del sistema patriarcal, que es constituido como un sistema histórico y de poder, se caracteriza por su estructura jerárquica y excluyente de los más marginados

[12] El concepto de *género* tampoco se refiere a un "sector" o "grupo vulnerable" de la sociedad. Como dice Facio (2000), las mujeres no somos un grupo o minoría social porque conformamos la mitad de la humanidad. Tampoco constituimos un grupo vulnerable. A lo sumo, las mujeres, como se explicó antes, somos un grupo vulnerabilizado por el patriarcado y las estructuras de género. El género no puede utilizarse para referirse a un grupo de personas porque hace alusión a la construcción social de lo femenino y lo masculino de manera dicotómica y jerarquizada (Facio, 2000: 20).

[13] El feminismo es el conjunto de movimientos integrado por grupos sociales que, desde distintas corrientes, luchan por igualdad, equidad y, en general, por el respeto a los derechos humanos, con justicia y dignidad.

y pobres. Desde esta perspectiva nos ubicamos para analizar el carácter estructural del género a partir de sus características patriarcales.

Como explican Bonnan y Guzmán (s/f), esto equivale a decir que el género no es sólo una categoría, al contrario:

> En su desarrollo actual este cuerpo teórico [género] permite ir más allá del análisis empírico y descriptivo de estas relaciones. Ofrece elementos para una comprensión sistémica, procesual e histórica de la estructuración de las diferenciaciones y de las jerarquías sociales, en sus dimensiones simbólicas y culturales, normativas e institucionales (Bonnan y Guzmán, s/f: 1-2).

Apuntes sobre el patriarcado

Fernández (2013) hizo un recorrido histórico sobre el concepto *patriarcado* y sostiene que se ha producido una amplia discusión teórica acerca de su significado, que ha llevado a algunas feministas a plantearse su inutilidad o la pertinencia de su uso. Dice el autor que en diversos estudios se critica su inoperancia teórica por la cantidad de situaciones diversas a las que se refiere y su escasa concreción, lo que dificulta la comprensión del proceso histórico entendido como "un proceso de producción que da demasiada importancia a la dimensión sexual de la subordinación de las mujeres" (Fernández, 2013: 7).

El término se ha venido utilizando con una fuerte intención política en los últimos cuarenta años. Pese a los argumentos en contra de su uso, entre los que se encuentra el de su carácter demasiado generalizador y encubridor de fenómenos diversos, coincido con Fernández en el sentido de que ese mismo carácter totalizador es lo que hace que merezca la pena seguir utilizándolo.[14] Como dice Olivera (2004), nuestro accionar feminista

[14] "Tampoco debe retroceder ante acusaciones de totalitarismo cultural. Las situaciones de opresión y violencia en la vida de las mujeres no pueden ser consideradas como textos que admitan varias significaciones" (Molina, 1991, en Fernández, 2013: 64).

ha de estar atravesado por un análisis crítico profundo sobre los elementos estructurales del sistema patriarcal hegemónico, así como por estrategias tendientes a erradicar socialmente este elemento estructural.

Existen distintas definiciones de *patriarcado*. En su acepción universal y etimológica, proviene de la palabra 'patriarca', del griego *patriárchees*: de "patria", "descendencia", "familia"; y *archoo*: "mandar".

> Desde el XIII [como] referencia a su territorio y a su gobierno; en el XVII se usa con el significado de dignidad de patriarca, aunque como sistema social ha quedado plasmado en nuestra lengua como la organización social primitiva en que la autoridad se ejerce por un varón jefe de la familia, extendiéndose este poder a los parientes aún lejanos de un mismo linaje (Alonso, 1982: 3177, en Lagarde, 2006: 87).

El patriarcado fue la primera estructura de dominación y subordinación de la historia y aún sigue siendo un sistema vigente, poderoso y duradero de desigualdad (Cagigaz, 2000). La caracterización del patriarcado, dice Lagarde (2006), sucedió como parte de la creación de las utopías (socialistas y feministas), así como de las preocupaciones teóricas evolucionistas del siglo XIX.

Facio (2000) comenta que el análisis del patriarcado no necesariamente es un aporte de las teorías feministas.[15] Es un sistema que no surgió de manera espontánea, sino que durante miles de años atrás tuvo un proceso de formación en el que las sociedades vivieron otros contextos y otros tipos de relaciones sociales (Gerner, 1986).

Lerner (1986) y Fernández (2013) sostienen que con la transición de una sociedad cazadora-recolectora a una sociedad agrícola y la creación de

[15] De hecho, el concepto *patriarcado* en la investigación social feminista se sitúa en 1970, cuando Kate Millet publicó su libro titulado *Política sexual*. Desde entonces el concepto ha sido considerado una herramienta muy útil para ubicarse y trasformar la situación de las mujeres en todas las esferas de su vida (Fernández, 2013).

excedentes, la posibilidad de incrementar la producción utilizando mano de obra adicional incrementó la presión sobre el control de la sexualidad femenina como productora de fuerza de trabajo.

Fernández (2013) agrega que el uso del arado dio ventaja a los hombres en la división social del trabajo, mientras que la necesidad de organizar las obras públicas empujó a organizar una economía cada vez más basada en los excedentes, que permitió la formación de una élite en un proceso que reforzó la formación de estructuras militares en lucha por el control de la tierra. La posición de las mujeres quedó seriamente debilitada; la transición de las sociedades basadas en el parentesco a las modernas sociedades de clase significó una catástrofe para las mujeres (Lerner, 1986; Fernández, 2013).

> En algún momento durante la revolución agrícola unas sociedades relativamente igualitarias, con una división sexual del trabajo basadas en las necesidades biológicas, dieron paso a unas sociedades muchísimo más estructuradas en las que tanto la propiedad privada como el intercambio de mujeres basados en el tabú del incesto y la exogamia eran comunes (Lerner, 1986: 89).

Fernández (2013) sigue diciendo que el control de la fuerza de reproducción de las mujeres sirvió de modelo para el desarrollo de las relaciones jurídicas de propiedad. De igual forma, la domesticación de las mujeres constituyó un nuevo método de esclavitud; antes de utilizar esclavos, las mujeres fueron forzadas para el servicio sexual y el trabajo sobrexplotado.

El mismo autor señala que el primer desarrollo de las clases sociales reforzó la subordinación de las mujeres, y en esa vía fueron perdiendo su condición de seres humanos. Desde esa perspectiva, la sociedad de esclavos, hombres desprovistos de derechos y usados como propiedad, requirió la creación de una ideología para justificar su posición inhumana dentro de la comunidad. Y como consecuencia paralela, las mujeres, que hasta entonces habían conservado una posición de igualdad imperfecta en su entorno, comenzaron a dejar de ser consideradas como miembros del grupo.

> En paralelo a este proceso de cosificación de seres humanos, se crearon instituciones paraestatales de control de la población y de formación de élites intelectuales, encargadas de crear las herramientas ideológicas que justificaran la exclusión de las mujeres y los esclavos y que reelaboraran las viejas mitologías, eliminando o alterando los símbolos de poder femenino en los panteones. El derrocamiento de las viejas diosas madres que se convierten en simples consortes de los dioses principales ejemplifica este proceso (Fernández, 2013: 22).

Del resultado de este proceso histórico de cosificación surgieron los primeros Estados modernos, en los cuales los varones dominantes habían reforzado su posición en una doble vía: como propietarios de tierras y esclavos y como señores de las mujeres puestas bajo su protección, en lo que constituye la fundación de la moderna familia patriarcal (Fernández, 20013). Para Lerda Gerner, el patriarcado es: "La manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los y las niñas de familia; se extiende a la sociedad en general a través de valores e ideologías" (Lerner, 1990: 340-341).

Por el contrario, como dijo Calvo (2013), el patriarcado también se hace presente desde la filosofía occidental; y la violencia de género se ha consolidado desde la ciencia de Platón y Aristóteles, pues se hace una comparación de los sexos en la que los hombres tienen un plus (un más) y las mujeres un menos. La mujer es vista como un ser inferior, y esa imagen se fue perpetuando hasta naturalizarse; es decir, como algo propio de la naturaleza.

El término, en su origen, se refería a un tipo de organización social en la que el varón controlaba el poder de un linaje o grupo extenso de parentesco, que fue permeando en las ideologías, los mitos y las corrientes filosóficas. Según Fernández, los autores Johann Jakob Bachofen y Lewis Morgan introdujeron en el siglo XIX un correlato del término patriarcado-matriarcado e impulsaron un cambio en su significado que influyó de forma evidente en la obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* de Friedrich Engels, publicada en 1884 (Fernández, 2013). Del punto anterior, Lagarde afirma que el patriarcado se desarrolla en el origen de la

opresión de las mujeres con el surgimiento de la propiedad privada, de la tierra y del ganado (Lagarde, 2006: 88).

Kate Millet, en su obra máxima *Política sexual,* creó una teoría de las relaciones sociales, que para ella son sinónimo de patriarcado. Millet considera el poder patriarcal como una institución en virtud de la cual una mitad de la población, las mujeres, se encuentra bajo el control de la otra mitad, los hombres (Millet, 1969, en Lagarde, 2006: 88-90). Como dice Fernández (2013), las relaciones sociales no se reducen a la cuestión económica, pero tampoco a los aspectos culturales o simbólicos. Para Kate Millet, el patriarcado se ubica en la asignación social de un origen natural, a la discriminación que hace invisible su existencia.

La interseccionalidad

La tercera categoría de análisis que se retoma en este trabajo es la interseccionalidad, término acuñado por los movimientos feministas afroestadounidenses a mediados de los años noventa. Kimberlé Williams Crenshaw, pionera en el uso del término, explica que la interseccionalidad es "la expresión de un sistema complejo de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas" (Kimberlé, 1995, en Muñoz, 2011).

El concepto, además de para otras causas, sirvió para analizar y explicar cómo las mujeres afrodescendientes e inmigrantes en Estados Unidos percibían el racismo, la discriminación de género y los prejuicios de orden religioso como formas de opresión estructurales y simultáneas; como una acumulación de opresiones o la construcción de una subordinación interseccional.

Muñoz (2011) explica que la discusión en esos años se centró en establecer una distinción entre interseccionalidad estructural e interseccionalidad política. La primera supone la convergencia de sistemas de discriminación (racial, de género y clase, entre otros) que producen formas específicas de subordinación. La segunda se refiere a los puntos de intersección de los múltiples tipos de opresión que desempoderan a las mujeres.

La interseccionalidad trazó un modelo en el que se identificó la suma de todas las opresiones, es decir, la pobreza más la discriminación de

género, la pobreza más la discriminación étnica y la pobreza más la violencia sexual.

Otras académicas como Spelman y Hill (1988/2006, en Muñoz, 2011) reconocen la importancia de la discriminación de clase y el racismo en las teorías del patriarcado, de la discriminación sexual y del género. En estudios más recientes, Valerie Purdie-Vaughns y Richard P. Eibach (2008) retoman el concepto de interseccionalidad haciendo referencia a un modelo interactivo que presupone identidades múltiples subordinadas, es decir, que las personas con identidades sociales construidas como inferiores por sistemas de poder hegemónico experimentan estas múltiples identidades como un todo.

Las personas con identidades subordinadas en múltiples niveles se enfrentan a mayores cuotas de prejuicios, formas de discriminación y violencias que aquellas que tienen una sola. A lo anterior se le denomina la tesis de doble opresión, la cual muestra diversos indicadores sociales y económicos que ubican a las mujeres en los peldaños más bajos de la sociedad (Muñoz, 2011).

> Se afirma que mediante un proceso de auto-definición percibido como una *interacción sinérgica*, los sujetos que poseen identidades subordinadas perciben sus identidades sociales como múltiples e inseparables entre sí. Esta estrategia de auto-reconfiguración les permite empoderarse para luchar contra estructuras de discriminación como sujetos marginados de manera múltiple y simultánea (Purdie-Vaughns *et al.*, 2009: 391, en Muñoz, 2011: 10).

Por otro lado, la interseccionalidad distingue cuatro sistemas básicos que reproducen y profundizan la desigualdad, y son los elementos de clase, etnia, residencia urbana/rural y desplazamiento (Ertürk, 2005, en Muñoz, 2011). Estos sistemas atraviesan jerarquías de género.

> Esta interseccionalidad no sólo intensifica la subordinación estructural de las mujeres en la sociedad […]; subraya, además, el carácter diferenciado de esta subordinación. Otros factores que intervienen

> en la violación de los derechos humanos de las mujeres […] son "discapacidad y orientación sexual" […] las estructuras y mecanismos interseccionales de discriminación exacerban la vulnerabilidad de las mujeres, exponiéndolas aún más al riesgo de la violencia (Ertürk, 2005: 8, en Muñoz, 2011: 9).

En la revisión bibliográfica de Muñoz se colige que la interseccionalidad examina la condición de grupos más excluidos de mujeres, tales como las indígenas y afrodescendientes; se enfatiza el racismo, la humillación y la condición de despojo que ha marcado sus vidas.

> Estas mujeres se han visto forzadas a redefinir su sentido de subjetividad y de agencia social a partir de situaciones de vulnerabilidad estructural. En este orden de ideas, sorprende que trabajos teóricos de feministas no-indígenas o no-afrodescendientes rara vez profundicen en formas de violencia sistémica en contra de mujeres originarias y afrodescendientes (y de sus pueblos) generadas desde la Conquista (Muñoz, 2011).

Otro punto de análisis de la interseccionalidad se refiere a las instituciones como responsables en la persistencia de estructuras interseccionales de opresión. Muñoz sostiene que los estudios sobre la pobreza, por ejemplo, siguen la tendencia del modelo aditivo, sin tomar debida cuenta del valor analítico de sus puntos de intersección, en conjunto con los sistemas de poder, las ideologías, los mitos culturales y los agentes hegemónicos que las sustentan. Asimismo, se resalta la importancia de las relaciones desiguales de poder para comprender las causas estructurales de la pobreza y el empobrecimiento de las mujeres (Arriagada, 2006, en Muñoz, 2011).

Otro debate sobre la interseccionalidad es su relación con la violencia. Según Muñoz (2011) este punto de intersección resulta focal y más si se retoma la violencia estructural como legado de la colonialidad del poder. El rol que ha jugado el entramado de violencia patriarcal/racista/de género y sexista es un elemento clave en la reflexión contemporánea.

Entonces, la interseccionalidad es el resultado de complejos entramados de poder, patrones culturales, decisiones políticas y conductas de agentes hegemónicos. Esta importante matriz de poder debería ser tomada en cuenta en el análisis del nexo de pobreza en las mujeres.

Otra definición, retomada de Hernández (2006), asume la interseccionalidad como la relación entre las múltiples dimensiones de las diferencias establecidas y las formas de opresión sobre la identidad social de la persona, poniendo de relieve las limitaciones de género como la única categoría que define la desigualdad manifiesta en la sociedad. Los primeros análisis consideran los efectos de la clase y la etnia en conexión con el género. Admitido el hecho de que no se puede reunir a todas las mujeres en un sólo grupo homogéneo debido a las diferencias de raza, clase, etnicidad, identidad sexual y experiencia individual, fue necesario entonces buscar en las teorías feministas.

El problema fundamental de la interseccionalidad es que no se puede aislar y abolir la segregación entre los ejes establecidos por las diferencias y, como consecuencia, éstas no se añaden, sino que se multiplican (Ludvig 2006: 247, en Hernández, 2006).

Para este trabajo se retoma la interseccionalidad para evidenciar la precaria situación económica, política, social y cultural que derivade las crisis producidas por el capitalismo neoliberal patriarcal y que excluye y subordina a las mujeres; en el caso que nos ocupa, a las pepenadoras de basura.

Son varias las razones por las cuales las mujeres, y especialmente las mujeres indígenas pepenadoras de basura, permanecen en posiciones subordinadas. Ellas enfrentan altos costos sociales, comunitarios, familiares y económicos derivados de la interseccionalidad de diversas formas de violencia y discriminación basadas en su género, clase y etnia; la discriminación con base en la salud o la edad y otras formas que en la intersección crean efectos negativos en términos de acceso a una vida justa para ellas.

El patriarcado en el capitalismo neoliberal y los nuevos modelos de acumulación

Entre los años ochenta y noventa del siglo XX, el concepto de patriarcado se abordó teóricamente por su relación con otros procesos estructurales.

Fernández (2013) explica que en esta etapa en los estudios de género se analizaron los roles y posiciones de las mujeres dentro de la división sexual del trabajo, donde se someten a nuevas dinámicas como realizadoras de los empleos sin salario, peor pagados y más informales, exponiéndose al endurecimiento de otro tipo de condiciones laborales.

Explica el autor que el patriarcado se reforzó e innovó con el capitalismo. En la interrelación de este dúo, las personas son piezas claves para seguir manteniendo la acumulación del capital en una minoría. El patriarcado en el capitalismo se situó en espacios de explotación de las personas al más bajo precio, para seguir produciendo lo mismo de la manera más barata. Este proceso, aunque no era nuevo, Marx (1867/2002) lo denominó la *acumulación originaria del capital,* que se refiere al proceso histórico que dio nacimiento a las precondiciones del modo de acumulación capitalista, pero se sigue reproduciendo en contextos actuales neoliberales.

En la acumulación capitalista se conforman las representaciones y estructuras de poder (sustentadas en la violencia, la depredación y el saqueo). La acumulación es una condición de la dinámica de reproducción del capitalismo en la periferia del sistema-mundo. Esta ideología fundamental se ubica en una desigualdad profunda y abismal, porque implica la expulsión y marginación de la sociedad civil; es violencia que se representa en un sistema económico basado en la especulación del dinero. El patriarcado adquiere nuevas formas dentro del proceso de acumulación en el contexto del neoliberalismo[16] que se sustentan en los cambios tecnológicos, la expansión del

[16] El neoliberalismo, como corriente ideológica del capitalismo, ofrece una serie de estrategias para fortalecer al sistema y favorecer su posicionamiento en los mercados internacionales, minimizando y debilitando al Estado, principal actor de las condiciones de desarrollo, obligándolo a asumir el nuevo método internacional, que consiste en una alianza entre el Estado y el capital, para dar un nuevo giro a las decisiones políticas, económicas, sociales y culturales. Esta corriente política, adoptada por organismos internacionales y multilaterales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, en vez de revertir las desigualdades sociales las profundiza, provocando la exclusión social y el resquebrajamiento de la autonomía de los Estados nacionales, entre otros efectos, para desarrollar el bienestar económico de unos cuantos.

mercado y las privatizaciones, además de que se dirige al modo de producción del dominio sociocultural, lo cual expresa su esencia.

Uno de los grandes autores que reflexionan sobre la acumulación es David Harvey (2005), quien la renombra "acumulación por desposesión", como un proceso que se sustenta en el desarrollo de la violencia por vía del saqueo de quienes son todavía despojados de los bienes, saberes y otras condiciones que dependen de su vida productiva, social y espiritual. Para el autor, la acumulación por desposesión es la explotación actual de los trabajadores, asalariados o no, que por diferentes vías son desposeídos de una parte del valor creado con su esfuerzo.

La teórica feminista Silvia Federici[17] explica que la acumulación capitalista es originaria, histórica y permanente, y que en cada fase renueva la necesidad de separar a la gente de sus medios de subsistencia para producir nueva fuerza de trabajo. Tanto en su forma histórica como en la actual, el patriarcado se nutre de estos procesos y tiene consecuencias especiales para las mujeres. Sus efectos tienden a ser visibles y trágicos.

Los parámetros patriarcales, en estos nuevos procesos de acumulación capitalista, utilizan enormes cantidades de trabajo no pagado y promueven la vida humana nuevamente para ser explotada. Como consecuencia, hoy por hoy existen millones de personas que no disponen de los medios básicos que garanticen la subsistencia:

> En el corazón del capitalismo no sólo encontramos una relación simbiótica entre el trabajo asalariado/contractual y la esclavitud sino también, y en relación a ella, podemos detectar la dialéctica que existe entre acumulación y destrucción de la fuerza de trabajo, tensión por la que las mujeres han pagado el precio más alto, con sus cuerpos, su trabajo, sus vidas (Federici, 2010: s/n).

[17] Extracto de entrevista a Silvia Federici en *Herramienta*. Revista de debate y crítica marxista, Buenos Aires, disponible en <http://ssl.herramienta.com.ar/articulo.php?id=1797>.

Como afirma Domingues (2009), el capitalismo en el contexto neoliberal, con sus formas de desarrollo desigual y combinado,[18] han perfeccionado la opresión del patriarcado. El nuevo panorama social ayuda a conocer y analizar cómo se han complejizado y profundizado las problemáticas históricas y las realidades sociales actuales de las personas más excluidas, especialmente de las más pobres del sistema.

Con base en lo anterior, en este trabajo definimos patriarcado no como un sistema paralelo al capitalismo, sino como un carácter del capitalismo. El carácter patriarcal del capitalismo se expresa en todas las formas culturales en el proceso del capital como la exclusión, la jerarquización y la marginalidad, es decir, son la parte cultural del proceso económico, que se vive en la práctica misma y que muchas veces es intangible; el patriarcado ha subsumido todas las formas, las ha integrado a la dinámica, y es precisamente la interseccionalidad la que ayuda a ver todos los procesos como un sistema. Estos procesos afectan a hombres y a mujeres, pero como están construidos sobre parámetros masculinos, afectan más profundamente a las mujeres.

Se considera que el capitalismo tiene rasgos patriarcales muy definidos, que se incluyen como formas específicas de violencia en el proceso de acumulación originaria permanente.

Los parámetros patriarcales del sistema capitalista como formas de violencia

Un parámetro patriarcal del sistema capitalista es la jerarquía que, como su nombre lo dice, indica un orden vertical. Según Jáuregui (2006); es la subordinación a un principio: el mantenimiento de las diferencias y de la distinción.

[18] Federici explica que un elemento fundamental en el desarrollo capitalista es, siempre y al mismo tiempo, un proceso de subdesarrollo. En este proceso de desarrollo desigual y combinado, acuñado por León Trotsky, que se entrelaza con grandes expropiaciones, –apropiaciones de riquezas para el capital–, el grado de acierto del proletariado en la lucha de clases, la productividad aumentada por el desarrollo de las fuerzas en determinadas esferas de la producción y el estado del ciclo industrial global forman un resultado no mecánicamente simétrico en la distribución mundial del grado de desarrollo y subdesarrollo.

Facio (2000) afirma que el carácter jerárquico y vertical del sistema se refiere a la estructura social histórica basada en las relaciones sociales, organizaciones e instituciones que operan como pilares en la transmisión de la desigualdad. Su esencia es el ejercicio del poder y la opresión de los más fuertes sobre los más pobres y está acompañada por una ideología, valores y creencias que legitiman y mantienen esta situación jerárquica como forma de violencia.

Las relaciones de dominación/subordinación son rasgos patriarcales del capitalismo que permanecen en todo el entramado de las estructuras sociales; construyen mecanismos para reproducir, con la mayor cohesión social, esa urdimbre patriarcal y de ese modo permanecer. Esta dinámica de dominación legitima que algunos, en una posición hegemónica, ejerciten la opresión sobre aquellos que están subordinados.

Según Hernández (2014) la subordinación, posición social reservada a las mujeres, "obedece a estereotipos genéricos construidos socialmente y que se justifican en el nivel ideológico de las desigualdades, discriminaciones y exclusiones en lo sociocultural, económico y político, lo cual legitima su estatus de subordinación-dominación" (Hernández, 2014).

La dominación para Bourdieu (Sandoval, 2002) se basa en la naturalización entre los sexos de acuerdo con la visión patriarcal. Bourdieu pone al descubierto los mecanismos de dominación al introducir el método relacional, que expone el sistema de oposiciones simbólicas entre lo femenino y lo masculino. Este sistema de oposiciones simbólicas que identifica como una *paradoja de la doxa*, lo define como los supuestos que constituyen el sentido común, pero también como dominación naturalizada que se hace *habitus.*[19]

[19] El *habitus* es un sistema de disposiciones duraderas, eficaces en cuanto esquema de clasificación, que orientan la percepción y las prácticas más allá de la conciencia y el discurso, y funcionan por transferencia en los diferentes campos de la práctica. Estructuras estructuradas se refiere a cuanto proceso mediante el cual lo social se interioriza en los individuos, y logra que las estructuras objetivas concuerden con las subjetivas. Se trata de estructuras predispuestas a funcionar como estructurantes, es decir, como principio de generación y de estructuración de prácticas y representaciones (García Canclini, 1982; Sandoval, 2002).

La realidad del orden del mundo con sus prohibiciones, sentidos y sanciones oculta relaciones de dominación que al naturalizarse hacen aparecer como aceptables las condiciones de existencia más intolerables. La dominación masculina es ejercida a partir de la violencia simbólica, que es insensible e invisible para los dominados, ejercida por el dominador a través del conocimiento, del reconocimiento y del sentimiento, pero además es admitida tanto por el dominador como por el dominado.

Semejante a Marx, para quien la dominación de la mujer en la comunidad doméstica es el principio de toda dominación, para Bourdieu es así, pero llevado a todas las instancias de lo cultural-simbólico y del mundo en general. Es decir, este principio se aplica a todas las formas de dominación entre los seres humanos y en todos los campos constitutivos de la lucha social (Sandoval, 2002).

La dominación simbólica es inmensamente más fuerte que la planteada por Marx, puesto que ya no basta con destruir las estructuras objetivas de dominación pensada como exclusión. Para Bourdieu, "la dominación masculina es imbatible, pues se ha biologizado en los cuerpos y en las mentes" (Sandoval, 2002: 67-68). La dominación permite ver, de manera práctica, las relaciones de sobrexplotación tanto en mujeres como en hombres. También se caracteriza por una ausencia total o parcial de derechos, y se acompaña siempre de múltiples violencias.

Las relaciones de dominación/subordinación incluyen con frecuencia un discurso interesado en hacer pasar las desigualdades como factores naturales, que se asuman como destino inevitable, porque la naturaleza los otorga. Por otro lado, afirma Quiñones (2006), la subordinación no es un proceso voluntario o individual, sino un producto histórico del funcionamiento estructural de cada sociedad. Las sociedades crean mecanismos y formas de consenso que permiten a las personas asumir y aceptar como válidos los contenidos de ser mujer y de ser hombre, creando las formas de coacción social, las instituciones y los mecanismos para vigilar el cumplimiento de los mandatos.

> Toda esta construcción de órdenes genéricos, necesitan reproducirse constantemente y para ello se apoyan en variados mecanismos

> de control al servicio de una ideología que responde a estos intereses donde la mujer es subvalorada y relegada (Quiñones, 2006: s/n).

Exclusión social

Cuando hablamos de exclusión social hacemos referencia a un tipo de violencia sistémica oculta, indirecta e institucional. Estos términos podrían ser utilizados en la mayoría de los casos como sinónimos, aunque cada uno añade connotaciones y énfasis en elementos diferenciados (Parra y Tortosa, 2003); el término es útil para enmarcar el análisis de los efectos de la privación de las necesidades humanas dentro de las explicaciones sobre injusticia social, desigualdad, inequidad, pobreza y marginalidad. Para este trabajo nos centramos en la exclusión como un rasgo patriarcal en el sistema capitalista.

Sobol (2005) explica que la exclusión social es un fenómeno complejo –que designa un rasgo estructural de la sociedad– cuya profundidad y extensión permite pensar en las múltiples formas que puede asumir, por lo que es objeto no sólo de estudio, sino también de políticas públicas.

José Nun (1969) apunta que el término exclusión social se usó desde la década de los setenta del siglo XX para categorizar la crisis por falta de seguridad social. La exclusión es un proceso resultante de la polarización social, que ha ocasionado las diferentes formas de extracción del valor en el sistema capitalista, concentrando el capital y el poder en un sector pequeño opuesto a las masas cada vez más grandes de desposeídos.

Después de la agudización de la pobreza que alcanzara a algunos sectores de la sociedad en la década de los noventa del siglo XX, la exclusión como práctica repuntó a partir del modelo económico neoliberal, que marcó en forma significativa aspectos recesivos y procesos de precarización laboral y altas tasas de desocupación y subocupación; todo ello trajo como consecuencia otra lectura con base en dicha condición de extrema pobreza.

El concepto de exclusión se incorporó en el lenguaje cotidiano para referirse a la situación de los países periféricos y subdesarrollados, caracterizados como el centro de la pobreza y la desocupación.

Encontramos aportes que se concentran principalmente en los estudios socioeconómicos, es decir, en la cuantificación y medición de la exclusión social, a través de la construcción de variables e indicadores sociales, laborales, económicos, entre otros, que estiman su magnitud ya sea a través de las ciencias sociales desde su análisis metodológico cuantitativo, o bien por medio de programas especializados para su medición[20] (Sobol, 2005).

Una perspectiva similar se halla en estudios que describen modelos de medición de la exclusión social, en los cuales se puede apreciar una utilización de tipo operativo que alude a procesos múltiples definidos como factores considerados "riesgos sociales", y pueden ser, por ejemplo, la dificultad de acceso a un trabajo, al crédito, a los servicios sociales o a la instrucción; el analfabetismo, la pobreza, el aislamiento territorial, el riesgo epidemiológico y la discriminación por género, entre otros (Sobol, 2005).

José Nun se refería a la creciente población en estado de pobreza como consecuencia de los procesos de migración del campo a la ciudad con el término de *masa marginal*:

> Llamaré "masa marginal" a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto –lo mismo que el de ejército industrial de reserva– se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la población sobrante y el sector productivo hegemónico. La categoría implica así una doble referencia, al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando (Nun, 1969).

Desde otra mirada, Robert Castel (en Sobol, 2005) renombra el término de exclusión como la "nueva cuestión social" y hace referencia a la desestabilización de los estables, a la instalación de la precariedad y a la

[20] Índice de Exclusión Social (IES), elaborado con base en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) –indicador creado en el marco del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)–. La realización del IES obedeció a la intención de captar, a través de la incorporación de más variables al IDH, las formas y dimensiones en que la exclusión social se manifiesta en diferentes países.

manifestación de un déficit de lugares en la estructura social. Esto produce un movimiento inverso al conquistado por la sociedad salarial: la estabilidad laboral que generaba equilibrio en buena parte de la población se está desmoronando a pasos agigantados (Agulló, 2000, en Sobol, 2005).

Saúl Karsz (2004) realizó una deconstrucción del término y reconoce que el fenómeno de la exclusión aparece pretendidamente como algo nuevo, a partir de que en la actualidad se le adiciona la palabra social. Este autor define la exclusión como una construcción propia de esta etapa del desarrollo capitalista, y enfatiza su carácter polisémico (extremadamente ambiguo e indefinido); además, de que el término es paradójico y contradictorio, lo que deviene de considerar excluidas a personas que en verdad forman parte de la sociedad; además, el término exclusión supone que ésta no puede ser pensada sin la inclusión, por lo tanto, es un concepto dialéctico (inclusión/exclusión) en el que subyace la idea de normalidad / anormalidad, por lo que el autor prefiere pensar este par dialéctico en términos de clases sociales.

Para profundizar en la complejidad de este concepto cabría añadir que para ser excluido hace falta ser más y menos que asalariado sin empleo, más y menos que niño abusado, más y menos que desempleado. Se llama excluidos a los humanamente impedidos de participar en la humana condición (Boutle, 1995, en Sobol, 2005: 3).

Desde otra óptica, la propuesta de Joan Subirats (2005) alude a que la exclusión social es un fenómeno estructural, relacional, dinámico, multifactorial, multidimensional y politizable. El autor dice que la exclusión puede inscribirse en la trayectoria histórica de las desigualdades sociales.

Subirats (2005) agrega que la exclusión social expresa la nueva configuración de las desigualdades en el contexto actual de transición hacia la sociedad del conocimiento y que es abordada como un fenómeno relativo e inscrito en actos y decisiones de agentes. La define entonces desde distintos ámbitos; uno de ellos es la dimensión estructural, que debe articularse con su naturaleza relativa y está enmarcada en una red de agentes que adoptan decisiones de las que pueden derivar procesos de exclusión. Dicho de otra forma, la exclusión social es vista como estructura y agencia que se combinan en lugares y tiempos concretos.

En ese tenor, se trata mucho más de un conjunto de procesos que de una situación estable. Dichos procesos presentan una geometría variable; es decir, no afectan sólo a grupos predeterminados, concretos, más bien afectan de forma cambiante a personas y colectivos a partir de las modificaciones que pueda sufrir la función de vulnerabilidad de éstos a dinámicas de marginación. La distribución de riesgos sociales (en un contexto marcado por la erosión progresiva de los anclajes de seguridad de la modernidad industrial) se vuelve mucho más compleja y generalizada; por ejemplo, influyen el riesgo de una ruptura familiar en un contexto de cambio en las relaciones de género, el riesgo de descalificación en un marco de cambio tecnológico acelerado, el riesgo de precariedad e infrasalarización en un contexto de cambio en la naturaleza del vínculo laboral, entre otros factores.

> Todo ello y otros muchos ejemplos pueden trasladar hacia zonas de vulnerabilidad, a la exclusión, a personas y colectivos variables, en momentos muy diversos de su ciclo de vida. Las fronteras de la exclusión son móviles y fluidas; los índices de riesgo presentan extensiones sociales e intensidades personales altamente cambiantes (Subirats, 2005).

La exclusión social, argumenta Subirats, se presenta como un fenómeno poliédrico, formado por la articulación de un cúmulo de circunstancias desfavorables e interrelacionadas. Su carácter es complejo, con múltiples vertientes, y difícilmente admite definiciones segmentadas. Esta visión multifactorial y multidimensional del término es mucho más compleja y fragmentada, y se encuentra caracterizada por lo menos en tres planos: la diversificación étnica derivada de emigraciones de los países empobrecidos, generadora (a falta de políticas potentes de interculturalidad) de un escenario de precarización múltiple (legal, económica, relacional y familiar) de un buen número de colectivos de inmigrantes; la alteración de la pirámide de edades, con incremento de las tasas de dependencia demográfica, a menudo ligadas a estados de dependencia física; y la pluralidad de formas de convivencia familiar con incremento de la monoparentalidad en capas populares.

La exclusión es también un fenómeno dinámico, es decir, procesal, y por ello no puede referirse en términos binarios (se está o no se está excluido), sino más bien se vincula con la trayectoria social y personal por la cual los individuos se desplazan por el eje inclusión/exclusión en ambos sentidos.

La multidimensionalidad de la exclusión social es un proceso poliédrico que se genera desde distintos parámetros y se concreta en diferentes ámbitos o esferas interconectados de la vida. Esta caracterización de la exclusión dificulta enormemente su medición, pues impide definirla a partir de indicadores estáticos y unidimensionales.

Subirats asume que la erosión del modelo patriarcal, junto a la debilidad de las políticas públicas en el contexto neoliberal, propician nuevas dinámicas de riesgo social en amplios colectivos, sobre todo entre las mujeres. La exclusión social no puede explicarse por una sola causa sino que existen múltiples factores de cuya interrelación surgen o no los procesos de exclusión social. Plantea entonces la existencia de siete dimensiones de la exclusión social: económica, laboral, formativa, socio-sanitaria, residencial, relacional y ciudadanía y participación (Subirats, 2004; Hernández Pedreño, 2008).

Armando Bartra (2014) y Olivera *et al.* (2014) subrayan que dicho fenómeno en el neoliberalismo ha desestructurado y excluido a los colectivos y a las comunidades campesinas. La crisis que ha impactado en la producción campesina ha acarreado el abandono del campo, acrecentando la migración, sobre todo masculina, a las ciudades y a los centros de producción agroindustrial del norte del país y de Estados Unidos. Las consecuencias han sido muy graves; pesan duramente sobre las mujeres campesinas marginales (Olivera *et al.* 2014), porque éstas se han tenido que hacer cargo de las parcelas con el consecuente aumento de su trabajo y añadir a su función reproductora la de abastecedoras, o bien emigrar a las ciudades e incorporarse al trabajo informal, como es el caso de las pepenadoras.

La exclusión de las mujeres se da a veces en forma simultánea en el trabajo, la clase social, la cultura, la etnia, la edad y la raza; por ello, es difícil atribuirla a un sólo aspecto. Difícilmente se puede comprender la exclusión particular de las mujeres sin antes conocer la trayectoria del género como categoría analítica y el fenómeno de la exclusión y sus formas de manifestación.

Según Oliveira (2000), el análisis de la exclusión ha servido de manera creciente para designar a los grupos sociales selectivamente desplazados, desempleados, las minorías étnicas, los jóvenes sin cabida en el mercado de trabajo, las mujeres en ocupaciones precarias y de tiempo parcial, los migrantes y los ancianos desprovistos de seguridad social que conforman el perfil de "nuevos pobres" no por sus ingresos, sino porque les son vedadas las vías habituales de incorporación al tejido social, entre ellas el acceso a un trabajo estable y regular o la residencia en un hábitat con un mínimo de condiciones de bienestar (Gaudier, 1993; Yépez del Castillo, 1994; Raczynski, 1995, en Oliveira y Marina, 2000: 13)

Entre los mecanismos de exclusión, el género presenta una posición destacada. La desigualdad de género es una condición que se manifiesta en forma reiterada al examinar los procesos de exclusión. La vinculación de la desigualdad de género con la clase o con la etnia puede dar lugar a un mosaico de situaciones con grados variables de violencia (Rodgers *et al.*, 1995, en Oliveira y Ariza, 2000: 15).

La segregación social es otro aspecto que contribuye a los procesos de exclusión relativa de las mujeres. En sí misma puede ser vista como un tipo de violencia que delimita espacios diferenciados entre grupos sociales a partir de atributos particulares. La distinción legitima esferas de autoridad y competencia y determina un acceso desigual a los recursos. Segregar es replegar a un espacio social para asegurar el mantenimiento de una distancia, para institucionalizar una diferencia que ratifica a su vez un determinado orden social (Oliveira y Ariza, 1997: 16).

Las mujeres pueden encontrarse segregadas en diversos ámbitos de interacción, que además pueden reforzarse mutuamente. La distribución jerárquica e inequitativa de tareas de producción y reproducción social entre hombres y mujeres establece uno de los principales ejes de inequidad en la mayoría, si no es que en todas las sociedades conocidas (Rubin, 1986; Lamas, 1996; De Barbieri, 1992 y 1996; Crompton y Mann, 1986, en Oliveira y Ariza, 1997: 16)

El análisis del fenómeno de la exclusión social aporta un enfoque más complejo y dinámico para abordar diferentes problemáticas y procesos sociales como la pobreza, la discriminación o la estigmatización. Sin

embargo, cualquier realidad o problemática social que afecta a las personas más pobres y marginadas es habitualmente estudiada desde un punto de vista ciego a la realidad de las mujeres. El estudio de la exclusión social desde el punto de vista de género implica reconocer la necesidad de evidenciar las realidades de las mujeres, que son las que viven situaciones de exclusión más acusadas.

La marginalidad

La marginalidad pone en evidencia la relación estructural que es parte integral de la dinámica del desarrollo capitalista y una de las expresiones de la violencia. Aparece como una precondición que prolonga la situación desigual en la que están insertas las clases bajas, las minorías étnicas y los migrantes (Delfino, 2012).

La marginalidad aparece como un fenómeno de desocupación y subocupación de grandes sectores de la población (Nun, 1969). Quijano explica que la marginalidad se caracteriza por una manera particular de participación de un "polo marginal", que se refiere a un conjunto de actividades establecidas en torno del uso de recursos residuales de producción.

Este fenómeno pone a la vista la heterogeneidad y la segmentación ampliada de la estructura ocupacional, teniendo en cuenta los efectos negativos con respecto a la construcción de identidades sociales. La estructura ocupacional es la expresión de un estado de poder en el cual se crean y manipulan las identidades sociales, generando población cautiva que termina por ser objeto de diversas formas de violencia naturalizada (Delfino, 2012). Se construye una masa marginal, que es una forma de violencia destinada a prolongar la pauperización de los sectores más pobres (Nun, 1969).

Utilizando los conceptos de exclusión social y marginalidad, analizo la situación y condición de género de las mujeres pepenadoras de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas; asimismo, enlazo los procesos específicos y locales de su subordinación estructural de género, clase y etnia con los procesos globales que han penetrado y violentado su existencia obligándolas a permanecer en el extremo más marginal de la polarización social que las excluye de la posibilidad de traspasar los límites de esa condición.

La triangulación de la violencia

El capitalismo tiene rasgos patriarcales muy bien definidos que se consideran como formas específicas de violencia dentro del orden jerárquico del sistema. Para este trabajo se analizan los diferentes tipos de violencia como los procesos de exclusión social y la marginalidad existencial, el los que se colocan las mujeres indígenas que sobreviven de y en la basura en San Cristóbal de Las Casas.

Se retoma la propuesta de Johan Galtung (1981) sobre el triángulo de la violencia, que es una categoría de análisis muy utilizada en distintas disciplinas de las ciencias sociales, específicamente en los estudios de la guerra y de construcción de la paz.

Para dicho autor, la violencia es todo sufrimiento evitable en los seres humanos y está orientada hacia las víctimas y a la existencia de conflictos entre grupos sociales caracterizados por su condición de género, etnia, clase, entre otros factores; en su caso, el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos es resuelto a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las otras debido a los mecanismos de estratificación social (Torres, s/f).

Lo importante del análisis de Galtung es la intersección de tres elementos, que son la violencia directa o personal, la violencia estructural y la violencia cultural. Este triángulo de la violencia permite contextualizar cada hecho aparentemente aislado y, para efectos de nuestro análisis, ayuda a dimensionar la violencia social con otras formas,

> Tales relaciones están inmersas en un contexto social determinado, en el que se sitúan la violencia estructural (que como su nombre indica emana de las estructuras sociales) y la violencia cultural (que deriva de múltiples prácticas comunitarias), estrechamente vinculadas entre sí (Galtung, 1981: 10).

Para Galtung (1981), la violencia estructural se analiza mediante la interacción entre la exposición y la resistencia, entre la estructura y las personas. Su carácter relacional no puede separarse del contexto tiempo-espacio. El contexto en el espacio es la formación del conflicto, que incluye

todas las partes involucradas en menor o mayor escala, tanto próximas como distantes, con todos los objetivos relevantes al conflicto, que son valores e intereses relativos a la situación.

La violencia directa o personal es la más visible y a la que la mayoría de personas se refieren. Es aquella que se ejerce cara a cara, donde se identifica a las víctimas y a los victimarios, es decir, es la actitud o el comportamiento que constituye una violación o privación al ser humano de algo que le es esencial como persona (integridad física, psíquica o moral, derechos, libertades) (Educar para la paz…, 1994).[21] Tales relaciones están inmersas en un contexto social determinado, en el que se sitúa la violencia estructural definida como aquella que no está en las personas concretas, sino en cómo se ha establecido el funcionamiento de la organización social.

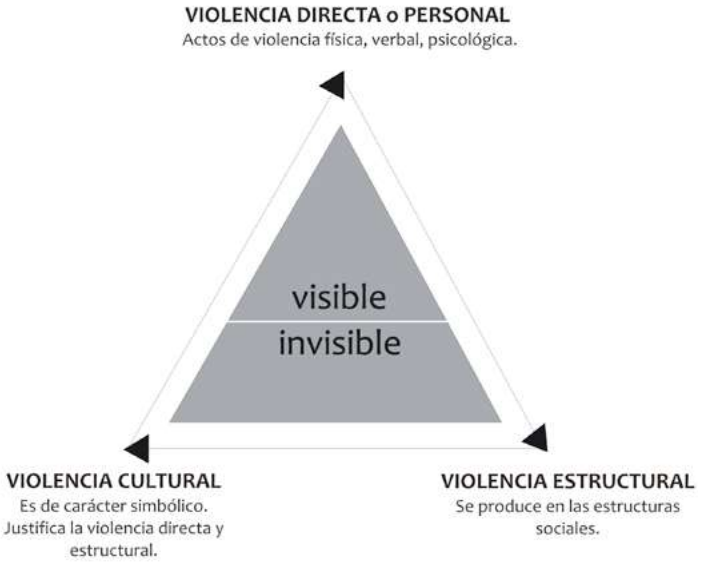
La violencia estructural tiene sus raíces en el funcionamiento del sistema social, es decir, en la forma como se distribuye el poder, como se organizan los espacios y tiempos, como se establecen normas y códigos de ese funcionamiento y como se distribuyen los recursos. Así podemos encontrar esta violencia en cualquier estructura social, desde una pequeña organización hasta un Estado (mediante políticas, leyes), o en el mundo (en función del sistema económico imperante, la distribución del poder, las relaciones institucionales).

Estas estructuras sociales se refieren al marco institucional que rige muchas áreas de la vida: legislación, ingreso, educación y salud, que se erigen, se mantienen y se transforman sobre un esquema de desigualdad; la capacidad de decidir sobre la distribución de esos recursos también está repartida de manera desigual y esa es la base de la violencia estructural.

> Esto no significa que toda institución sea violenta *per se,* sino que, en la medida en que se asienta en la desigualdad, puede ser campo fértil para condonar actos de violencia directa. Al perpetuar patrones de desigualdad de género, clase y etnia, la violencia estructural

[21] Tomado del Seminario de Educación para la Paz-APDH, *Educar para la paz. Una propuesta posible*, Madrid, La Catarata.

Cuadro 1. El triángulo de la violencia de Johan Galtung



Fuente: Elaboración propia con datos de Johan Galtung (2004).

> que ahí se gesta tiende a reproducirse a sí misma y en ese terreno de relaciones individuales y grupales aparece la tercera dimensión del modelo de Galtung: la violencia cultural (Falcón, s/f).

La violencia cultural es simbólica y se refiere a aquel conjunto de valores, ideas y convicciones que se utilizan para justificar o legitimar la violencia estructural o directa; aquellas argumentaciones que hacen percibir como "normales" o "naturales" las situaciones de violencia. Estos discursos justifican el aprendizaje de habilidades para ejercer la violencia en contra de las personas o del desarrollo de las potencialidades pacíficas y perpetúan las otras violencias.

Para explicar la tridimensionalidad de la violencia de Galtung mediante el método etnográfico retomamos algunos elementos de la violencia cotidiana que viven las mujeres indígenas recolectoras, tanto en sus espacios públicos como privados (doméstico y laboral), además de identificar aspectos de la

violencia estructural en sus historias personales y la nula presencia de las instituciones, del Estado, para mejorar las condiciones materiales de existencia de dichas mujeres. La violencia estructural que viven reproduce la violencia directa y cultural, que impide el desarrollo de su agencia más allá de los límites de sobrevivencia, lo cual a su vez muestra con toda crudeza la injusticia social encerrada en el proceso de polarización capitalista.

La violencia horizontal y vertical

Además de analizar la tridimensionalidad de la violencia en niveles macro/micro estructurales, Rita Segato (Gómez, 2008) explica que dentro de dichas estructuras elementales de violencia se ubica un modelo a microescala, de corte relacional y horizontal, formado por relaciones de alianza y competencia. Otro modelo es el vertical, que se caracteriza, según la autora, por vínculos de entrega y expropiación. En el eje vertical de la violencia se establece la relación de dominadores y dominados y en su eje horizontal se ubican los iguales, los aliados y los competidores. Es decir, la hipótesis de la autora establece una interconexión de dichos ejes horizontales y verticales, asimétricos y simétricos. Esta interdependencia de la violencia horizontal y vertical depende de la relación de subordinación, aspecto que alimenta al patriarcado (Gómez, 2008).

La forma de violencia vertical se asocia a la sujeción con las posiciones asimétricas de poder, es decir, del perpetrador de la víctima; la violencia horizontal se asocia a que el perpetrador está al mismo nivel de sus pares, en relaciones que actúan objetivando la asimetría. Estas dos formas de violencia se articulan y forman un sistema único cuyo equilibro es inestable y de consistencia deficiente. El ciclo cuya dinámica violenta se desenvuelve sobre el eje horizontal se organiza ideológicamente en torno a una concepción de contorno entre iguales.

El mantenimiento del eje horizontal, que prima por la relación simétrica entre pares, depende, para conservar su condición simétrica, de la relación vertical con la posición subordinada. Este esquema forma el diseño del patriarcado y de las estructuras de género, perfilando sus arquitecturas (Gómez, 2008).

Formas de violencia cultural: el género y la discriminación étnica, de clase y edad

La violencia cultural se puede expresar mediante la violencia de género y la discriminación étnica y de clase como características patriarcales del sistema capitalista. Para Olivera (2004) y Lagarde (2006), la violencia de género[22] se practica en dimensiones macro/micro estructurales y atraviesa todas las esferas económicas, políticas, sociales y culturales, ecológicas, jurídicas, ideológicas, morales, psicológicas, sexuales y corporales,

> Cada repetición de violencia refuerza y reproduce una cultura de asimilación y negociaciones. La violencia se aprende y se ejerce como natural, y aunque muchas veces se ejerce de forma individual, lo cierto es que la violencia que vivimos cotidianamente en la casa, en las calles, las escuelas, los centros de trabajo y las plazas públicas, es resultado de una espiral de violencia que está arraigada en la dinámica de la misma sociedad, promovida en cascada por quienes la ejercen –mejor dicho ejercemos– la opresión, la explotación, la represión o el desprecio, favoreciendo con ello a los más poderosos (Olivera, 2004: 14-15).

Las causas estructurales de la violencia, dice Olivera (2004), son el resultado del sistema histórico de dominaciones y opresiones que hemos padecido, sobre todo las mujeres; porque la violencia estructural acumulada tensiona las relaciones personales y alimenta los conflictos al interior de la familia, de la pareja y con los hijos. La violencia cultural se expresa en las relaciones personales, de ahí que al mismo tiempo tengamos que luchar contra la violencia directa y estructural.

[22] Algunos de los aportes teóricos feministas dialogan con el marxismo. Argumentan que no es en el capitalismo colonialista donde se sitúa el origen de la violencia, sino que surge desde el origen del patriarcado, porque se instauró en los sistemas de control social.

> La violencia económica, política y social profundiza las desigualdades, sin embargo todos y todas hemos ido aceptando y reproduciendo esas formas de violencia de tal manera que ya nos parecen naturales y las transmitimos de generación en generación [...] La violencia tiene carácter estructural que se convierte en el paradigma de la masculinidad (Olivera, 2004: s/p).

Olivera explica que las mujeres de todos los grupos sociales, edades, razas, preferencias sexuales, políticas y religiosas estamos en una situación de gran vulnerabilidad al exponernos a una sociedad que continua, cotidiana y naturalizadamente devalúa nuestras cualidades, nuestras prácticas y nuestros cuerpos debido a la violencia estructural de género (Olivera, 2004). Puede ser de varios tipos: verbal, psicológica y física, y tener diversas expresiones, desde las más simbólicas[23] hasta las más objetivables, que generan en las mujeres un daño emocional importante.

A nivel estructural, la violencia cultural está relacionada con ciertas políticas o proyectos socio-económicos actuales, promovidos desde las instituciones, con el fin de llevar a la práctica cierto modelo de gestión del Estado determinado por la desigualdad entre hombres y mujeres. Esta violencia genera injusticias, puesto que supone un acceso diferencial a los recursos y beneficios, una marginación en la toma de decisiones y una descobertura de las necesidades humanas, una degradación de la calidad de vida y afectiva de las mujeres (Gargallo, 2012).

Los rasgos patriarcales del sistema capitalista establecen "un orden simbólico y real de las relaciones, de las identidades, de la sexualidad, de los vínculos y las desigualdades" (Gargallo, 2012), y lo hacen básicamente a través de la socialización y de la violencia de género.

[23] Las violencias relacionadas con el género tienen múltiples expresiones que parten de lo simbólico, y son consideradas como sutiles dimensiones invisibles pero con alto poder ideologizante en la producción y reproducción de la estructura y organización tradicional, siendo las más difíciles de evidenciar dado su carácter específico en relación con quien es víctima.

La violencia de género, como tipo de violencia cultural, daña las vidas y el mundo de las mujeres, y es ejercida desde cualquier sitio y con cualquier objeto material o simbólico que pueda causar tortura, daño y sufrimiento. Las repercusiones de la violencia hacia las mujeres son variadas e incluyen desde lesiones a su integridad como personas o pérdida de libertad (de posibilidades), hasta la pérdida de la vida. Es evidente que la violencia de género cumple funciones políticas para lograr la dominación de las mujeres y debilitar su capacidad de respuesta, de defensa y de acción. Esta violencia de género es económica, jurídica, política, ideológica, moral, psicológica, sexual y corporal. Los hechos violentos contra las mujeres recorren una gama que va del grito, la mirada y el golpe, al acoso, el abandono, el olvido, la invisibilidad y la negación de los mínimos derechos (Lagarde, 2006).

Otro tipo de violencia cultural es la discriminación, que en términos de Gutiérrez (2013) consiste en la inferiorización del otro en términos de derechos o beneficios. Ésta se desarrolla de manera múltiple e intersectorial por motivos de género, etnia, edad y clase. La discriminación de género implica un trato desfavorable a las personas en función de su género y se expresa en todos los aspectos de la vida, tanto en los espacios privados como públicos y en toda relación social. El trato desigual, el abuso y la falta de oportunidades forman parte de las prácticas y los prejuicios culturales; dichas prescripciones se justifican y se regulan en los ámbitos político, social y económico. En el caso de las mujeres pepenadoras, viven distintas formas de discriminación que limitan el ejercicio de sus derechos y libertades.

La discriminación contra las mujeres se asienta en las desventajas que la sobrecarga del trabajo doméstico impone sobre el uso de su tiempo y las oportunidades que tienen para acceder a capacitación, ingresar al mercado laboral y ocupar puestos de representación pública. Además de la discriminación generalizada por condición de género, existen mujeres cuyos derechos se suelen ver más afectados, como las indígenas, migrantes, madres solteras, analfabetas y adultas mayores.

El racismo es otra forma de discriminación por condición étnica. Como explica Gutiérrez (2013), es un fenómeno social que:

> [...] se inscribe en prácticas (formas de violencia, de desprecio, de intolerancia, de humillación, de explotación), discursos y representaciones (necesidad de preservar la identidad del "yo", del "nosotros"), que se articulan en torno a estigmas de la alteridad (apellidos, color de piel, prácticas religiosas, prácticas culturales), organiza sentimientos, confiriéndoles en forma estereotipada, tanto en lo que se refiere a sus "objetos" como a sus "sujetos". Esta combinación de prácticas, de discursos y representaciones en una red de estereotipos afectivos es la que permite atestiguar la formación de una comunidad racista, y también el modo en que como espejo, los individuos y colectividades que son objeto de racismo se ven obligados a percibirse como comunidad (Gutiérrez, 2013: 297).

La discriminación por razón de edad es un concepto que nos ayuda a analizar la edad como constructo cultural. Es un proceso social de pérdida de integración en todos los ámbitos socioeconómicos, que encuentra su más clara expresión en el grupo de personas mayores. Se ha definido la vejez, la ancianidad, el envejecimiento como un periodo de pérdidas; pérdida de capacidad funcional de los sistemas fisiológicos, de las actividades psíquicas, sensoriales y motoras, de los estilos de vida mantenidos, de las relaciones sociales, de ingresos y de capacidad de consumo, de partición política, es decir, se trata de una pérdida generalizada de presencia en determinados espacios vitales para el ser humano (Anaut *et al.*, 2008).

En este apartado, de manera general, se expuso el proceso de construcción teórica de las categorías de género, patriarcado e interseccionalidad, para analizar las principales características patriarcales del sistema capitalista neoliberal, que son la exclusión social, la marginalidad y la desigualdad, en el marco del triángulo de la violencia directa, cultural y estructural, vertical y horizontal, que nos acerca a los efectos en la vida de las mujeres indígenas que sobreviven como pepenadoras en el área urbana de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas.

CAPÍTULO 2

La historia de la limpieza en el valle de Jovel

desde aquel entonces remoto, el valle tiene una milenaria experiencia de la marginación y el olvido.

ANDRÉS AUBRY, 2008

En pos de profundizar sobre esta historia, que podría considerarse en proceso de permanente construcción, en este capítulo muestro algunas de las etapas que encontré sobre el proceso histórico de la recolección de basura en San Cristóbal de Las Casas.[24]

Parto de la literatura local que describe y analiza la ocupación territorial del valle en la época colonial, la construcción y el desarrollo urbano, los conflictos medioambientales causados por las inundaciones (Fenner, 1992;[25] Viqueira, 2004; Aubry, 2008; Rus, 2012), el aumento de población

[24] La serie de etapas o cortes históricos aquí propuestos varían de acuerdo con los autores y muchas veces obedecen a escuelas, métodos o formas de ver la historia o de interpretarla. Por lo tanto, el capítulo que se presenta no agota, ni mucho menos abarca, la totalidad de las visiones o interpretaciones sobre el tema en esta localidad.

[25] La referencia principal de este capítulo es el texto de Justus Fenner (1992), *¡Aguas…! o cómo entubaron la ira de Chac*. Este relato se aproxima a un estudio histórico de impacto socioambiental, que retrata algunos sucesos climatológicos que provocaron lluvias e inundaciones y que tuvieron efectos en el proceso social y en la construcción urbano-colonial de San Cristóbal de Las Casas.

debido a las oleadas de migración masiva (Villafuerte, 2006; Gutiérrez, 2013) y la consolidación de los servicios públicos (Contreras, 2005; Cotoc, 2007).

La ocupación territorial colonial, el impacto ambiental y los desechos

La cuenca de Hueyzacatlán,[26] desde su fundación en 1528, sufrió un fuerte impacto medioambiental[27] debido a la construcción urbana colonial asentada en humedales. La ciudad se edificó sobre una microcuenca endorreica[28] ubicada en medio de los ríos Fogótico[29] y Amarillo, entre arroyos (Chamula y la Calzada, San Felipe, San Antonio y Huitepec) y manantiales, de los cuales se alimentaba el suministro de agua de la Ciudad Real (García, 2005).

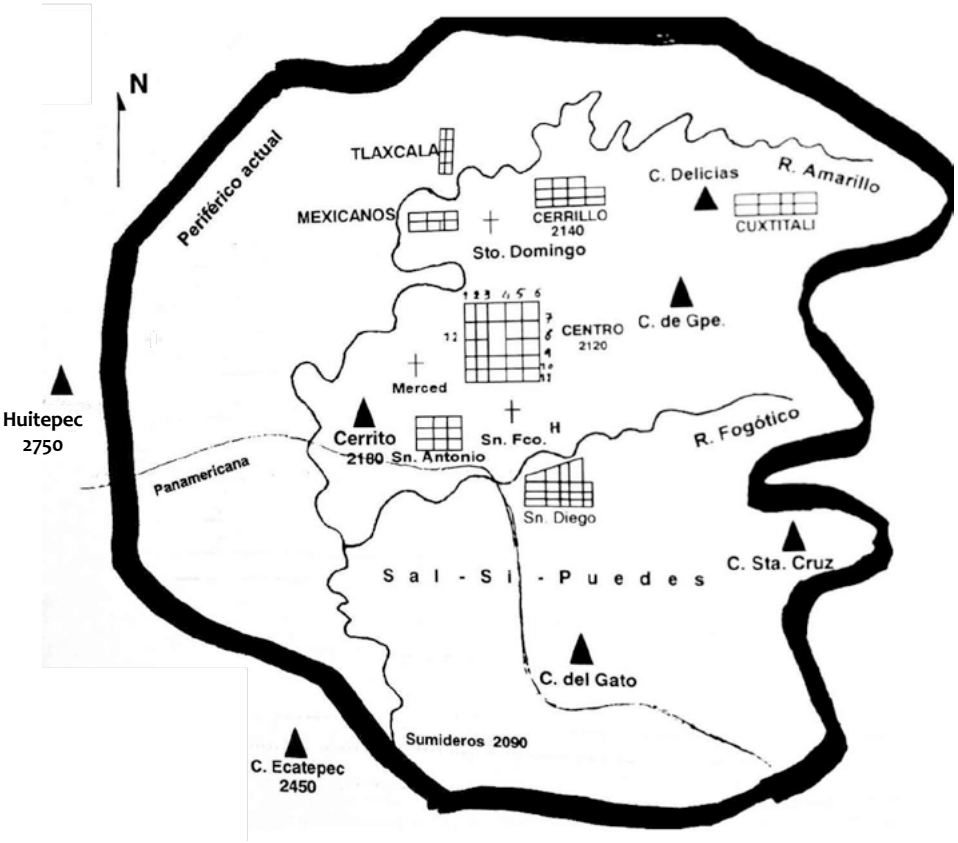
[26] Cañas (2017) hace un recuento de los nombres que ha tenido San Cristóbal de Las Casas. El primero fue Villa Real de Chiapa, en homenaje a la española Ciudad Real; la población indígena oriunda de la región la llamaba Jovel, que en idioma tsotsil significa zacate del valle. La autora explica que los mexicas que llegaron con la milicia española lo llamaron Hueyzacatlán, que en náhuatl refiere al zacate endémico (Aubry, 1991, en Cañas, 2017: 56). Luego tomó el nombre de Villa de San Cristóbal de Los Llanos, Ciudad de San Cristóbal, Ciudad Las Casas y, por último, San Cristóbal de Las Casas, en honor al fraile dominico Bartolomé de las Casas.

[27] El impacto medioambiental es el efecto provocado por la actividad humana en el medio ambiente. Aunque las construcciones de las ciudades siempre implican un daño medioambiental, podríamos decir que en este caso fue menor debido a que la ciudad se construyó de tierra arcillosa (adobe) y no de madera, como lo hacían los primeros pobladores, según Aubry (1991/2008).

[28] Una microcuenca endorreica es un área en la que el agua no tiene salida fluvial hacia el mar. Se les denomina sistemas de drenaje interno, es decir, sí evacua agua pero no en cantidades significativas por desagüe superficial, sino que se infiltra en el subsuelo y en menor medida se evapora en su superficie. Véase la cartografía de Aubry (1991/2008: 28).

[29] Según el mito, "El Fogótico" era "un alegre río" que bajaba caudaloso en tiempos de lluvia arrastrando el rojo pigmento de las lomas naranjas del oriente del Jovel, adornado por rosados salmones que saltaban persiguiendo pequeños calates verdes. Un río que sirvió de protección durante muchos años al recinto español.

Mapa 1. Ciudad Real, siglo XVI



Fuente: Elaboración de Andrés Aubry, que ilustra la ciudad dual.[30] Este mapa muestra

[30] "La ciudad dual entre dos ríos, en el corazón del valle, Ciudad Real se asienta en un centro residencial español (El Recinto), rodeado por un cinturón de barrios indígenas a respetable distancia. Entre barrios y Centro existe un área verde de varias cuadras: es campo. En la periferia inmediata al Centro se establecen tres conventos con responsabilidad indígena. Centro residencial español, barrios indígenas periféricos, conventos intermedios y áreas verdes constituyen un mismo tejido urbano. C= Cerros R= Río H= Hospital del Cubito. Los doce números del Centro son los de las calles" (Aubry, 2008: 28).

que la construcción de la ciudad se realizó en el centro de ríos, arroyos, manantiales y humedales.

Narra Aubry (2008) que, antes de la llegada de los españoles, la cuenca estuvo habitada por un grupo indígena que vivía en asentamientos de madera extraída de las serranías boscosas de la región. En el contexto de la preconquista, en 1524, tuvieron lugar enfrentamientos bélicos entre españoles y mayas tsotsiles, motivo por el cual estos últimos fueron despojados de sus viviendas en los cerros altos de la cuenca. Según Aubry, los restos de las tablas que quedaron tras la demolición de las casas fueron reutilizados por los españoles como pertrechos, además de que se acondicionó el lugar para guardar a los caballos (Aubry, 2008: 24).

Ese mismo año, el capitán Diego de Mazariegos, interesado en extender sus dominios territoriales y cautivado por la belleza de la cuenca, realizó varias expediciones durante las cuales observó algunos inconvenientes como la poca tierra fértil, la ausencia de productos agrícolas, la lejanía de las rutas de comercio, las inundaciones y la ubicación de las poblaciones indígenas,[31] a las que veía como enemigas (Viqueira, 2004). Además de dichos inconvenientes, el capitán pensó que uno de los beneficios para habitar la cuenca era el clima húmedo y frío de la región (Fenner, 1992).[32]

Por lo anterior, el capitán Mazariegos gestionó la orden para el traslado de Villa Real a este valle en Los Altos de Chiapas. Como estrategia militar, diseñaron la ciudad dentro de una circunferencia amurallada, "con el fin de ejercer control sobre las poblaciones vecinas no españolas" (Aubry, 2008: 25-26).

---

[31] Como lo refiere Gutiérrez (2014), es oportuno destacar que la milicia española estuvo compuesta por personas de diferentes nacionalidades europeas, además de que históricamente se ha registrado la presencia de esclavos negros entre sus filas. Se le sumaron grupos de personas de origen mexica, tlaxcalteca, zapoteca, mixteca y k'iche' de Guatemala (De Vos, 1986: 32, en Gutiérrez, 2013; 2014: 190; Aubry, 1991; 2008).

[32] El mismo autor explica que su clima era muy distinto al caluroso de Villa Real, el primer poblado que ocupara la colonia española en Chiapas, ubicado en el municipio de Chiapa de Corzo.

Desde un inicio, según Aubry, el diseño de la ciudad consistió en dividir las peonías para soldados y las caballerías; también se trazaron docenas de cuadras y puentes. El modelo de ciudad colonial, dice el autor, fue más bien una improvisación; no la diseñaron arquitectos ni urbanistas de la época y tampoco tuvieron recursos para invertir en fortalezas. Ante tal panorama, la población europea sobrexplotó los recursos naturales y humanos de la región para construir la ciudad y blindarla contra "sus enemigos". Así se creó la tercera ciudad del continente, entre murallas y sistemas de defensa (Aubry, 2008: 25).

La explotación y extracción de los recursos naturales para edificar la ciudad colonial podemos decir que también sirvió como un mecanismo de defensa con respecto a posibles ataques de fuerzas enemigas. Dice Aubry que el centro español "gozaba de la protección natural" al cubrirse de extensiones de zacatales, lagunas, zonas boscosas, y quedó rodeada por poblaciones bajo control de sus aliados indígenas y por congregaciones de religiosos (Aubry, 1991; 2008: 26-27).

En el transcurso de este siglo en el recinto español se fundaron barrios, un hospital, conventos, casas, fuentes y algunos puentes distribuidos en pocas calles mantenidas a distancia por cuestión de higiene (Aubry, 1998; 2008: 32). La población creció, aunque al margen de otras localidades.

Los problemas de construcción en el centro español empezaron a mostrarse en las épocas de lluvias,[33] con la aparición de graves catástrofes (Fenner, 1992). Los pobladores se enfrentaron entonces a un nuevo gran reto que consistía en reestructurar lo que había quedado destruido por las lluvias y en el manejo de los desechos que quedaron a su paso.

Se considera que en este siglo en particular, derivado de los procesos de ocupación territorial colonial en la cuenca, la explotación de los recursos naturales y su uso desmedido para fines bélicos, el aumento de población tanto española como indígena, las catástrofes relacionadas a fuertes lluvias e inundaciones, se sitúan las primeras causas de la generación de los

[33] Los católicos que habitaron el valle profesaron gran veneración a San Cristóbal, inicialmente protector de los peligros del agua y del fuego (Fenner, 1992).

desechos. El problema de la basura en la ciudad, podríamos decir, ha sido histórico, estructural y violento.

La limpieza como tributo indígena

Durante los siglos XVI y XVII, como ya se mencionó, el proceso de construcción de la ciudad permitió la severa extracción de recursos naturales y la generación exacerbada de desechos, principalmente orgánicos y de construcción.

Imaginamos la gran labor de centenares de indígenas que fueron obligados a realizar la extracción de tierra arcillosa, conocida como adobe, para la edificación, así como el desmonte de todo tipo de flora y fauna endémica. Se trasladarían cuantiosos restos de ramas y tablas de madera, hierbas y animales hacia la periferia, muy cerca de los espacios de vida de la población indígena del valle.

La construcción se centró en la apariencia de Ciudad Real, y con el propósito de mantenerla higienizada se ordenó la organización de cuadrillas para la limpieza general y para el trabajo de desazolve de arena, que se acumulaba en las bocas de los sumideros en temporada de lluvias (López, 1960: 842 y ss, en Fenner, 1992).

Quienes integraron las cuadrillas de limpieza fueron indígenas de la región y su papel consistió en sacar arena (con cajas de madera, construidas por ellos mismos que cargaban sobre sus espaldas) y recoger del agua los restos de troncos de árboles y toda clase de desechos que los ríos arrastraban, "eran bravos y expertos nadadores. Haciéndola de buzos, se prestaron a destapar los sumideros del agua negra" (Paniagua, s/f, en Fenner, 1992).

Los jefes políticos de aquella época solicitaron en varias ocasiones la presencia de cuadrillas para evitar las pestes ocasionadas por las lluvias, porque era recurrente el estancamiento de agua después de las inundaciones (Fenner, 1992). En las cuadrillas también participaron indígenas sentenciados que eran obligados a hacer trabajos de limpieza. La recolección de los desechos en San Cristóbal, desde la perspectiva colonialista, fue una labor que, por obligación o tributo, debía cumplir la población indígena.

Según Fenner, la falta de planificación urbana española provocó grandes daños y pérdidas. La representación política se vio obligada a emprender el ordenamiento urbano y se enfocó en la creación de servicios públicos: se construyeron vías de comunicación, escuelas y sanatorios para el uso y disfrute del recinto español, entre otras infraestructuras.

Las cuadrillas de limpieza funcionaron con más auge hasta finales del siglo XVIII, momento histórico en que se diversificó y aumentó la población. Según Aubry, la ciudad se insertó en una dinámica de destrucción-reconstrucción por los efectos de las lluvias, temblores y, en general, por los desastres naturales. Aumentó gravemente la crisis de salud a causa de distintos brotes de enfermedades, a la par que creció considerablemente la población debido a las olas de migración masiva.

Décadas más tarde, en el transcurso del siglo XIX, la ciudad se convirtió en una "zona damnificada" (Aubry, 1998, 2008) de constantes remodelaciones. Desaparecieron y aparecieron nuevos servicios. Temblores, enfermedades e incendios profundizaron la crisis de la ciudad. Las inundaciones derivadas de las lluvias continuaron en el transcurso de cuatro siglos. Arrasaron con barrios, casas, iglesias, ganado, vidas humanas y multitud de pertenencias.

Debido a esta crisis urbana, los vigilantes de la ciudad levantaron innumerables reportes sobre "bestias" muertas o vísceras de animales en los alrededores (podían ser animales domésticos y ganado menor) y obligaron a las cuadrillas a limpiar y trasladar dichos desechos fuera del perímetro de la ciudad.[34]

En mayo de 1853, en un mandato de Antonio López de Santa Anna, se expidió una ley (avalada y firmada por el vicario capitular de Chiapas) en la que se consideran obras públicas los caminos, puentes, canales, diques y ferrocarriles en todo el estado. En el artículo cuarto, punto uno, consta en el texto:

[34] Revisado en hojas sueltas del Archivo Histórico Municipal.

> Se considera digno de limpieza: las concesiones de talleres insalubres o peligrosos, los pantanos, reparar los caminos, canales, ferrocarriles y demás obras públicas como alinear las calles, establecer caminos y peajes para su conservación. Además de designar de precio a los objetos de primera necesidad y que tanto diques y canales estén limpios (Archivo Histórico, carpeta VIII. C 044520).

Ante la gran demanda de labores de reconstrucción se decretó, en el año 1909, la Ley de Protección de Servicio Personal, que obligó a todos los hombres de entre 16 y 60 años a cierta cantidad de días de trabajo gratuito (Fenner, 1992). Se endureció el uso de mano de obra para la limpieza en los sumideros, al mismo tiempo que la municipalidad prohibió el tránsito de indígenas en las áreas públicas céntricas.

En otra ley, la de Servicio Personal, se obligaba a "sirvientes" indígenas de hacendados a pagar su tributo con la limpieza, lo que se siguió realizando hasta 1943, como trabajo extralegal.

Mientras que la dinámica local se desarrollaba en dichos contextos, a nivel nacional se vivía una cruenta etapa de guerras civiles.

Entre los ríos, el "achival" o el "tachihuil" como principales vertederos

En el transcurso del siglo XX, la historia del agua y su tratamiento en San Cristóbal de Las Casas podría ayudar a comprender los procesos paulatinos de construcción de infraestructura para el depósito de los desechos. Un ejemplo de ello es el sistema de desagüe, que permitió el libre tránsito de agua negra, debido a que no existían espacios suficientes para orientar el caudal de las inundaciones hacia los sumideros (Fenner, 1992). Paralelamente a esta infraestructura urbana se construyeron, de manera rústica, cientos de compartimentos de madera denominados "zanjas", donde se colocaba la basura orgánica en plena calle.

Ante la acumulación de desechos domésticos y la inoperatividad de las zanjas, una parte de la población construyó por cuenta propia los "achival" o "tachihuil", que eran hoyos de tamaño medio, ubicados en los

patios traseros de los hogares y que servían para enterrar los desechos domésticos.

En una entrevista, Jorge Paniagua Herrera, excronista de la ciudad, relató que las "sirvientas de quedada", mayoritariamente indígenas, eran las responsables de acumular desechos para después tirarlos, furtivamente, en los caudales de los ríos cercanos:

> Los pequeños eran los directamente responsables con las criadas, con las sirvientas, de hacer el conjunto de papeles, de desechos orgánicos, no orgánicos, todo, prácticamente revuelto […] en un esquinero del patio trasero de las casas, allí se guardaba, se juntaba la basura, pero la basura sin hacer alguna clasificación (entrevista a Jorge Paniagua Herrera, octubre de 2013).

En la vida cotidiana se recogían los desechos y se llevaban al traspatio para después aventarlos en baldes, o se iban muchas veces a tirar furtivamente a algunos ríos, si es que quedaban cerca. Por lo general, lo que se tiraba era papel de envolver, algunos huesos y lo que se desperdiciaba de la comida (aunque eso se daba a los puercos y se escogía también para las aves de corral que tenían en el traspatio). En general, dice Paniagua, no existía todavía la noción social sobre una contaminación en esta ciudad.

La tardía consolidación de la recolección de basura como servicio público

Según Contreras (2005), durante las tres últimas décadas del siglo XIX y hasta el primer tercio del siglo XX, la ciudad de San Cristóbal de Las Casas experimentó cambios importantes en su estructura social y en su fisionomía urbana. El autor expresa que la modernización de la ciudad estaba en auge y era necesario equipararla su dinámica de la de otras ciudades. Se priorizó el diseño de banquetas, el alineamiento de calles, la construcción de edificios públicos, además de la construcción de acueductos de agua potable, y electrificación, rastro municipal, palacio de gobierno, mercados,

teatros y "desolladeros"; se requería el desarrollo en los sistemas de comunicaciones y transportes como el teléfono, el telégrafo, carreteras y caminos, entre otros.

Este nuevo proyecto de urbanización incluyó la estipulación de reglamentaciones, prohibiciones y sanciones sobre la generación de desechos. Se crearon cuerpos de vigilancia para identificar a personas que arrojasen desechos en las calles que tenían la consigna de sancionar a quienes se bañaran públicamente y limpiaran animales en los acueductos o en los ríos (Contreras, 2005).

La realización de tales obras fue posible gracias al financiamiento de algunos integrantes de la élite local y fue respaldada por la municipalidad de la época. Según Contreras, esta última pagó las obras (con dinero o tierras) y proporcionó mano de obra indígena, sin ninguna retribución por la fuerza de su trabajo.

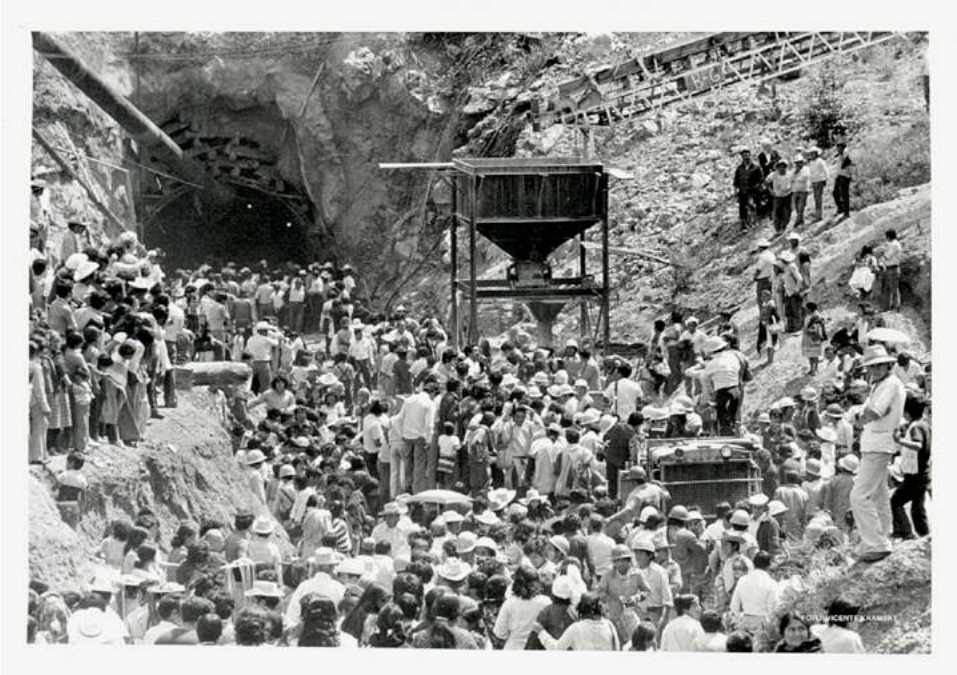
A propósito de justificar la modernización de la ciudad, se crearon leyes que legitimarían su mantenimiento, como el reglamento de Policía y Buen Gobierno Municipal.

Apenas en los años setenta del siglo XX, San Cristóbal de Las Casas enfrentó otro proceso de sobrepoblación debido a la migración masiva. Gutiérrez (2013) dice que la ciudad se convirtió en un lugar de constante tránsito de migrantes protestantes, desplazados y expulsados; campesinos sin tierra y sin trabajo, a quienes se les asignada la periferia para habitar. Los que iban llegando se instalaron en trabajos nuevos con los indígenas ya establecidos, pero nunca dejaron su indumentaria ni su lengua, "llegaron como indios" (Rus, 2012).

Algunos empezaron a trabajar como peones de carga en los mercados o en la construcción. Las mujeres también se insertaron en el proceso laboral urbano como empleadas domésticas o nanas.

En ese periodo, destacó la presencia de dos ingenieros en el ramo de obras hidráulicas para respaldar la propuesta de construcción de un túnel, que llevaría los cauces del río al otro lado de la serranía. Aunque fue un proyecto polémico, dice Fenner (1992), se consideró un punto de partida para el desarrollo urbanístico en San Cristóbal de Las Casas. Los esfuerzos del municipio por remediar la problemática del agua y modernizar la ciudad ya

no correspondieron a la dinámica de crecimiento urbano y poblacional. Al



incorporarse nuevas formas de consumo, hubo un incremento de residuos con mayor dificultad para tratarse.

Foto 2. Inauguración del túnel de desazolve en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Fuente: Acervo fotográfico de Vicente Kramsky.

Mientras se planificaron obras para aminorar la problemática del agua, crecía incontrolablemente el conflicto de los desechos. Ante la ineficiencia y el desconocimiento para el tratamiento de la basura en aquellos años, el ayuntamiento optó por poner en práctica variadas formas rústicas de recolección.

El municipio tuvo errores, pocos recursos económicos y sobrada mano de obra, por lo que se vio obligado a enterrar la basura en distintos

terrenos baldíos, que cuando se sobrepasaba su capacidad eran clausurados y se abrían otros.

De acuerdo con Gaspar Morquecho, en los años setenta del siglo XIX el ayuntamiento tiró desechos en terrenos ubicados al interior de comunidades indígenas. Tal es el caso de Chilil, un pequeño poblado perteneciente a la localidad de Los Llanos del municipio de San Cristóbal de Las Casas, lugar donde se arrojó en forma indiscriminada la basura sobre las barrancas y donde acudía una minoría de habitantes para recuperar lo que pudiera ser útil.

Paniagua agrega que el ayuntamiento usó también terrenos baldíos dentro de la ciudad. Los lugares más recurrentes fueron el barrio Cuxtitali, San Felipe Ecatepec, en la parte sur de La Albarrada y en las orillas de los ríos Fogótico y Amarillo. En el hotel Oriente (ahora hotel Ciudad Real, ubicado en el andador Guadalupano) se depositó por mucho tiempo la basura en canastos grandes y viejos. Los lugares donde se practicó la extracción de arena en la localidad también fueron usados, provisionalmente, como espacios de confinamiento.[35]

El gobierno encabezado por Jorge Paniagua Herrera, en 1980 ofreció recursos económicos o "estímulos monetarios" a representantes indígenas, para que permitiesen el entierro de la basura en sus comunidades, so pretexto de que la podrían utilizar como abono para sus cultivos (entrevista a Jorge Paniagua Herrera, octubre de 2013).

En ese año se podría decir que los funcionarios públicos encargados de la recolección rústica de los desechos iniciaron un proceso de modernización con la obtención de dos camiones compactadores, enviados por el exgobernador de Chiapas Juan Sabines Gutiérrez. Mediante este transporte se realizó la recolección dos o tres veces por semana.

[35] La ciudad y sus alrededores guarda en su subsuelo grandes cantidades de basura enterrada.

Señala Cotoc (2007) que en 1984[36] se consolidaron oficialmente los servicios públicos municipales de San Cristóbal a través del decreto 124, publicado el 23 de mayo de ese mismo año, que a la letra dice:

> Los municipios de la entidad con el curso del poder ejecutivo local, cuando así fuese [...] tendrán a su cargo los siguientes servicios públicos: agua potable y alcantarillado, alumbrado público, limpia, mercados, centros de abastos, panteones, rastros municipales, calles, parques, jardines, seguridad pública y los demás que determine el estado (Cotoc, 2007).

Al respecto, el presidente municipal entrante, Daniel Sarmiento Rojas (1983-1984), declaró incompetencia para solventar los gastos que generaban los servicios públicos. Precisó la falta de recursos económicos y humanos calificados ante la demanda del consumo urbano y calificó como improcedentes el mantenimiento de edificios monumentales, el aseo en las plazas, el remozamiento panorámico y el retiro de propaganda en las paredes (Cotoc, 2007: 395).

A nivel nacional, la crisis económica que culminó en los años setenta y a principios de los ochenta marcó el inicio del neoliberalismo como un mecanismo impuesto en el que se introduce el mercado como principal generador de recursos económicos y de satisfactores para las necesidades individuales (Vázquez, 2009). Esta dinámica propició un desmantelamiento del aparato de Estado. Se creó un nuevo orden orientado por el mercado que se convirtió en regulador fundamental de la economía ante la necesidad de ampliar la acumulación del capital.

De acuerdo con Ayala (1981), la efervescencia neoliberal nacional, a mediados de la década de los ochenta, para el caso de México propició que el gobierno de Miguel de la Madrid Hurtado anunciara la venta de 236

[36] El mismo autor refiere que en ese año se crearon los comités de barrios y colonias; la Coordinación de Obras Municipales, la Coordinación Municipal de Recreación, Cultura y Deporte; la Dirección de Agua Potable y Alcantarillado; de Protección Ciudadana y Vialidad; Dirección del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y la Dirección Municipal de Salubridad.

de estas empresas públicas. En el sector de servicios, el punto de arranque se dio con la venta de Teléfonos de México, la Compañía Mexicana de Aviación, Altos Hornos de México y Astilleros Unidos de Veracruz, entre otros.

Este proceso de privatización obligó a los estados a considerar la posibilidad de concesionar algunos servicios a la iniciativa privada, como una alternativa de solución a sus constantes problemas financieros. La idea surgió como una posición liberal que buscaba limitar la acción de lo público en espacios y sectores donde es deseable la expansión de la actividad privada capitalista (Ayala, 1992). Mientras a nivel nacional se privatizaban los servicios, San Cristóbal los consolidó como públicos, por los procesos tardíos de su desarrollo en el capitalismo.

Según datos de Cotoc (2007), el consumo urbano de San Cristóbal aumentó a 70 toneladas de basura domiciliaria, cifra que quedó a cargo de 68 trabajadores de limpia y cinco unidades automotrices en mal estado. Al conflicto se sumó la confrontación entre habitantes sancristobalenses y el ayuntamiento porque no había un protocolo respecto de la recolección.

En 1989, seis años después de su consolidación, "[…] el Servicio de Limpia invirtió en 50 juegos de guantes de carnaza, botas, capas de hule y taller mecánico para las unidades recolectoras y se contrataron más trabajadores, entre ellos inspectores, macheteros, barrenderos y veladores". (Rodríguez Morales, 1989: 11, en Cotoc, 2007: 401).

Debido a la magnitud del problema de la basura, de acuerdo con Cotoc (2007), el ayuntamiento se obligó a contratar temporalmente a cargadores del mercado José Castillo Tielemans para la recolección, quienes a su vez utilizaron transportes propios y llegaron a realizar hasta 100 traslados entre colonias y barrios por 80 pesos diarios. En 1990 se incrementó el personal con algunos cargadores del mercado que fueron contratados como trabajadores.

En el contexto nacional, en 1993 la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) creó la Norma Federal Ecológica 083 en la que se incluyeron lineamientos jurídicos y especificaciones de protección ambiental para la selección del sitio, el diseño, la construcción, la

operación, el monitoreo, la clausura y obras complementarias de un sitio de disposición final de residuos sólidos urbanos y de manejo especial.

Ese mismo año, en el plano local, se publicó un breve Reglamento para el Servicio de Limpia de la Ciudad de San Cristóbal de Las Casas[37] auspiciado en el trienio de Jorge Mario Lescieur Talavera. Los marcos legales, tanto federales como locales, ocasionaron una fuerte descoordinación entre organismos.

Un año después se vivió otra oleada de migrantes por el desplome del café y por el levantamiento zapatista en 1994. Afirma Villafuerte (2008) que la población recién incorporada en el contexto urbano se adaptó menos a la vida urbana (frente a la organización indígena ya establecida, las alianzas entre indígenas y ladinos, las relaciones clientelares, la cooptación de espacios comerciales, entre otros).[38] El contexto de transformaciones, las oleadas migratorias y el crecimiento demográfico y de la ciudad ocasionaron que se triplicara el consumo urbano y se modificara el carácter de los servicios públicos municipales, con una visión diferente a la recolección tradicional.

[37] Publicado el 17 de febrero de 1993 (120-A-93) en el *Periódico Oficial* núm. 230, sección 2ª y que sigue operando hasta la fecha sin ninguna modificación.

[38] Las personas migrantes huían de los grupos paramilitares, del conflicto armado interno, de la represión y la violencia generalizadas.

CAPÍTULO 3

La estructura y el funcionamiento actual del Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas

¡Compro! ¡Sueños rotos, versos descartados, esperanzas abandonadas, corazones partidos, paciencias agotadas que venda!

Anónimo

Basura es un concepto polisémico que histórica y culturalmente ha sido construido de diferentes maneras por las sociedades en diversos contextos, culturas, tiempos y espacios. El diccionario de la Real Academia Española ilustra sobre la imprecisión del término:

> Basura: proviene del latín *versūra*, de *verrĕre*, barrer y se define como: 1) suciedad; 2) residuos desechados y otros desperdicios; 3) lugar donde se tiran esos residuos y desperdicios; 3) estiércol en las caballerías; 4) cosa repugnante o despreciable; 5) algo que indica que lo designado por el sustantivo al que se pospone es de muy baja calidad.

En términos institucionales, los organismos públicos consideran la basura como "residuo". La Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), por su lado, explica que los residuos son:

> [...] aquellas materias generadas en las actividades de producción y consumo que no han alcanzado ningún valor económico en el contexto en que son producidas, o sea, aquello que su propietario desecha por no serle útil, comprendiendo, en el ámbito de la utilidad, una posible cesión rentable del producto.

El término ha sido ampliamente utilizado para designar todo material o producto desechado por su propietario o poseedor, que se encuentra en estado sólido o semisólido, o es un líquido o gas contenido en recipientes o depósitos, susceptible de adquirir valor, o que requiere sujetarse a tratamiento o disposición final.[39]

Estos residuos se clasifican[40] en: peligrosos, de manejo especial y residuos sólidos urbanos. La definición legal de la basura se centra en sus características físicas, tipológicas y en su tratamiento, mas no en su significación simbólica ni en su posible mercantilización.

Bernache (2006) define residuo sólido como un producto derivado de la actividad social, productiva, comercial, de servicios, público o familiar.

---

[39] Artículo 5, fracción XXIX de la Ley General para la Prevención y Gestión Integral de los Residuos, 2006.

[40] a) Los residuos peligrosos son aquellos que poseen algunas de las características de corrosividad, reactividad, explosividad, toxicidad, inflamabilidad o que contengan agentes infecciosos que les confieran peligrosidad, así como envases, recipientes, embalajes y suelos que hayan sido contaminados cuando se transfieran a otro sitio. b) Los residuos de manejo especial son aquellos generados en los procesos productivos, que no reúnen las características para ser considerados como peligrosos o como residuos sólidos urbanos, o que son producidos por grandes generadores de residuos sólidos urbanos. c) Los residuos urbanos son los generados en las casas habitación, que resultan de la eliminación de los materiales que se utilizan en las actividades domésticas, de los productos que se consumen y de sus envases, embalajes y empaques; los residuos provienen de cualquier otra actividad realizada en establecimientos o en la vía pública con características domiciliarias y los resultantes de la limpieza de las vías y los lugares públicos. El principal objetivo de la clasificación de los residuos es dar a conocer a los generadores el estado físico, las propiedades y las características inherentes de éstos; dicha clasificación se lleva a cabo atendiendo a dichos aspectos, para que en función de sus volúmenes, manejo y concentración anticipen su comportamiento en el ambiente y la probabilidad de que ocasionen o puedan ocasionar efectos adversos a la salud o al ambiente.

Manzanares (2009) expresa que la basura es lo inservible, mientras que el residuo sólido es un material susceptible de ser aprovechado (al evitar su mezcla con otros desechos o al ser separado posteriormente), de ser útil más allá del objetivo primario para el que fue elaborado.

En arqueología encontramos otra utilidad del término basura. Por ejemplo, el arqueólogo Schávelzon (2009) la define como patrimonio de la humanidad porque es la acumulación del trabajo colectivo de la sociedad a lo largo de los siglos. Según señala, la basura es el 99 por ciento del producto de las sociedades. Las fosas, por ejemplo, fueron antiguos tiraderos donde se enterraban materiales personales y usados que ofrecen información sobre pueblos y culturas específicas.

Victoria D'hers (2011) considera la basura como un producto del consumo urbano y de las modas que alimentan al sistema capitalista y al negocio de la basura en sí mismo. La gestión y disposición final, la participación social de las agrupaciones de pepenadores, los trabajadores de limpia municipal y la actividad de reciclaje son sus principales actores y dinámicas. Dice la autora que el mayor gasto de los municipios corresponde al servicio público de recolección de basura, después de a obras de infraestructura. Agrega que la dinámica del negocio de la basura profundiza las disputas por el poder. En estos aspectos no ha existido un cambio en el sistema económico y cultural que haya dado muestras de transformarse para que se separen los residuos por su origen o disminuya el volumen de basura en todos los niveles.

Pedro Pírez (en D'hers, 2011) puntualiza que los residuos tienen la característica de que puedanvolver a utilizarse. Esta condición es "histórica", y se debe retomar la importancia de las políticas de reciclado de origen.

Gatti (2009) expresa que la basura es el lugar donde palabra y cosa se separan y que, por eso, no se advierte bien la necesidad de amasar la palabra con la cosa para que el orden sea la basura, es decir, la basura es el soporte material de un mundo otro, sometida a un exceso de representación cuyo efecto más directo es anular la tensión de su condición de materialidad fuera de lugar. Explica que, además de verla como lo que sobra, la basura debe ser concebida como:

> [...] un terreno de lucha de poder, tanto material como simbólica. Pensar sobre la basura a nivel simbólico, desde el punto de vista de sus relaciones con la conformación de la subjetividad y el cuerpo. El valor simbólico de la basura es complejo. La basura es un cúmulo de representaciones sobre los desechos humanos, de materialidad cada vez más visible [...] (Gatti, 2009: 9).

Por otro lado, Pardo (2006) define basura como algo lleno de riqueza que significa despilfarro, derroche y excedente. Las sociedades sin basura, dice, revelan una economía de subsistencia, de escasez, en la cual nada sobra y todo se aprovecha. De ese modo, la basura se define como un síntoma de la riqueza. En las palabras de Zygmunt Bauman, la basura es lo que tiene un destino, un porvenir, una identidad, secreta y oculta.

Iván Illich (2009) utiliza la palabra *desecho* para designar una consecuencia no natural de la existencia humana. Dicho concepto aparece en 1830 antes de que *waste* (desperdicio), verbo y sustantivo, se expresara como sinónimo de devastación, destrucción, desertificación y degradación. Dice Illich que los desechos se han desarrollado en dos etapas:

a) En un primer momento, el desecho estuvo relacionado con los hábitos de producción y consumo, que eran mucho más simples porque resultaban más fáciles de manejar y degradar.

b) En un segundo momento la industrialización (y lo que acarreó, en particular la especialización en las técnicas de producción y la manufactura seriada) trajo una nueva forma de asimilar los objetos y de relacionarnos con ellos. En esta etapa, los desechos de las grandes ciudades se convirtieron en mercancía. La dinámica capitalista revalorizó los desechos en el mercado y en la producción industrial; así, el término *desecho* designaba las partes eliminadas durante la trasformación de las materias primas.

La basura actualmente, dice Illich, es una cosa producida por la industria y se vuelve entonces una categoría eminentemente económica que sirve de medida para situar el momento en que las desutilidades crecieron más rápido que las utilidades (Illich, 2009). La existencia del desecho mercantilizado requirió mano de obra para su recolección.

La basura en sus múltiples aspectos ayuda a ubicar la dimensión en la que puede ser abordada y a reconocer su complejidad. Este breve recorrido sirve para situarnos en la definición de la basura como un recurso de la violencia sistémica con carácter patriarcal.

Generación, recolección y disposición de la basura

El ciclo de la basura en San Cristóbal de Las Casas, desde la época colonial a la actualidad, se ha visto influido por distintos factores, entre ellos los geográficos inherentes a la región Altos de Chiapas. Se llevó a cabo un permanente mantenimiento de la infraestructura urbana, principalmente en cuanto a la recolección de residuos sólidos, con el fin de evitar inundaciones o cualquier otra afectación social.

En todo México, como en el municipio de San Cristóbal, a partir de los años setenta del siglo XX la población urbana fue por primera vez más numerosa que la rural, tendencia incesante actualmente (Rus, 2012; Zárate *et al.*, 2013).[41]

En el censo del INEGI de 1970, el municipio de San Cristóbal de Las Casas tenía 25 700 habitantes; 40 años más tarde, en 2010, la ciudad se colocó como el cuarto municipio más poblado de Chiapas, después de Tuxtla Gutiérrez,

[41] Sus primeros embriones están en el porfiriato (Córdova, 2000; Aguilar, 2004). En varias regiones del país se impulsaron infraestructura e inversión extranjera, entre otros, que ayudaron a la afirmación e interconexión del capital bajo un perfil autoritario y desigual respecto de las mayorías sociales. Esto se interrumpió durante la Revolución de 1910. Como señala Córdova (1984), décadas después con la política de masas adoptada por el cardenismo se fortaleció la presencia urbana con tintes más igualitarios. Se masificaron beneficios como el reparto agrario, la industria nacional y el acceso a la educación y a la salud; se crearon organismos corporativos y clientelares en los ámbitos empresarial, campesino, obrero y popular que han servido como pilares para la reproducción del sistema político mexicano y como instrumentos para inmovilizar la representación y organización independiente de grandes sectores sociales. Hasta 1960 se consolidó el crecimiento demográfico y urbano a nivel nacional; sin embargo, esto se reflejó tardíamente y de manera exponencial en la ciudad de San Cristóbal (Contreras, 2005).

Tapachula y Ocosingo. La cabecera municipal cobró importancia por su contribución al PIB estatal, favorecida por el sector turístico.

Según el Consejo Nacional de Población (CONAPO), las estimaciones en 2011 contaba con 199 722 habitantes y 202 581 para el año siguiente; en la encuesta intercensal del INEGI realizada en 2015 se estimó que el municipio tenía un aproximado de 206 481 habitantes. De la suma total, 177 229 habitantes residían en el área urbana y 28 852 se distribuían en las 83 localidades que integran el municipio. En ese contexto de crecimiento poblacional acelerado, la producción de residuos, tanto en el municipio como en la cabecera municipal, sigue en aumento, y por ello se enfrenta un gran reto en el manejo de la basura.

A lo anterior se suma la migración de personas del medio rural de la región Altos de Chiapas a la cabecera municipal de San Cristóbal. Del crecimiento demográfico desde 1990 hasta 2010 se observó un incremento anual de 5 627 personas, es decir, 16 por día.[42] Por lo tanto, si se considera un promedio de cuatro habitantes por vivienda, se requerían cuatro viviendas nuevas por día.[43]

Como se menciona en la página 69 del Plan de Desarrollo Municipal de San Cristóbal 2012-2015,

> Este proceso anárquico de crecimiento, que ha sido depredador, denota la carencia de un ordenamiento integral y sustentable del territorio, por lo que de seguir con esta tendencia, en el mediano y largo plazo, la precaria situación cultural, social, ecológica, económica, educativa, urbana y de bienestar social, entre otras, se agudizará.

[42] Ello propicia la centralización de las actividades principalmente terciarias en San Cristóbal, además de un sistema de ciudad altamente concentrado y de crecimiento urbano desordenado.

[43] Tomado del Plan de Desarrollo Municipal 2012-2015. Disponible en: <http://www.ordenjuridico.gob.mx/Documentos/Estatal/Chiapas/Todos%20los%20Municipios/wo95198.pdf>.

Esto indica que el crecimiento de la ciudad se ha producido de manera desordenada e irregular (Velázquez, 2004) y podríamos decir que ello se debe al consumo exacerbado e influye en el debilitamiento del servicio público para su recolección.

El servicio público de recolección de basura en San Cristóbal, actualmente a cargo de la administración municipal a través de la Dirección de Aseo y Limpia (ahora Imagen Urbana), sin mayores cambios en estructura, funcionamiento y actores que participan, tiene como tarea principal la recolección, el traslado y la disposición final de los residuos generados tanto en la ciudad como en algunas comunidades cercanas.[44]

Se presume que sólo en la cabecera municipal se generan diariamente un poco más de 250 toneladas de basura, cifra que aumenta en días festivos y periodos vacacionales o de temporada alta.

Cada persona genera entre medio kilo y un kilo y medio de desechos al día. Resalta la variedad de desechos por su origen: domiciliarios, de establecimientos comerciales (restaurantes, cafeterías y hoteles), de supermercados (Chedraui, Bodega Aurrerá, Sam's Club, Soriana, entre otros), mercados municipales (puestos como carnicerías, verdulerías y lácteos), clínicas, consultorios médicos, laboratorios clínicos y centros de medicina alternativa. Se suman heces de animales domésticos y desechos orgánicos; todo se tira y se mezcla en forma indiscriminada. Aunque dicho servicio está sujeto a leyes federales y estatales y al reglamento local para el tratamiento y disposición final de la basura, las vías jurídicas no se aplican de manera eficaz y eficiente, porque no existe vigilancia o sanción de ninguna instancia federal, estatal o local que regule el problema del impacto ambiental.

La Secretaría de Turismo Municipal, entre los años 2009 y 2010 amplió los servicios públicos y privados (Zárate, 2013) debido a una política pública

[44] Algunas localidades del municipio de San Cristóbal no tienen acceso al servicio público de recolección de la basura (que el ayuntamiento está obligado a proporcionar). Para contrarrestar este problema, los habitantes reproducen la práctica de la quema de basura, que ha ocasionado importantes daños medioambientales en sus comunidades.

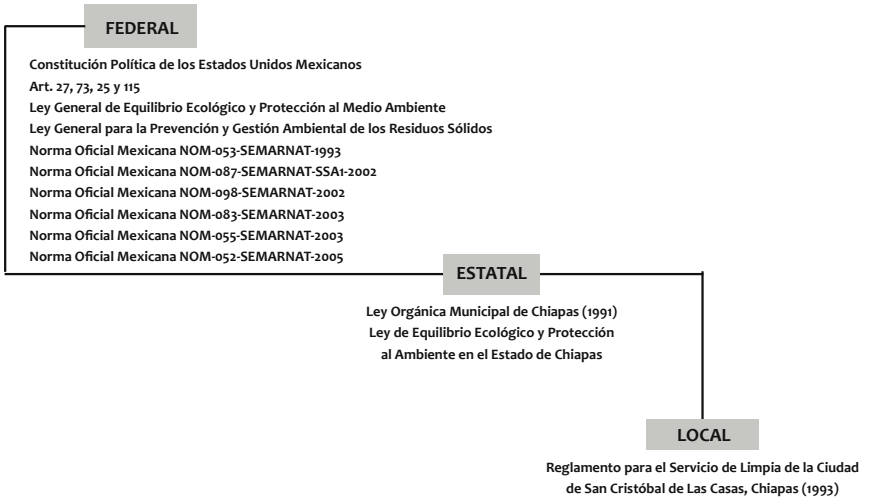
Foto 3. Acumulación de bolsas de basura en una esquina de un barrio céntrico, previo al paso del camión recolector

Foto: Archivo fotográfico de la autora.

impulsada por la administración del expresidente panista Felipe Calderón Hinojosa, denominada Pueblos Mágicos. Según la definición del programa, un pueblo mágico es una localidad que tiene "atributos simbólicos, leyendas, historia, hechos trascendentes, cotidianidad, en fin, MAGIA que emana en cada una de sus manifestaciones socioculturales, y que significan hoy día una gran oportunidad para el aprovechamiento turístico". En 2011, autoridades de San Cristóbal iniciaron un proceso de integración del expediente para cumplir con la larga lista de lineamientos que se requerían.[45]

[45] 1) Involucramiento de la sociedad y de las autoridades locales. 2) Instrumentos de planeación y regulación que hayan considerado el desarrollo turístico local como actividad para el desarrollo integral del municipio. 3) Planes de desarrollo estatal y

Cuadro 2. Normas, leyes y decretos a nivel nacional e internacional en materia ambiental, en relación con la gestión de residuos sólidos municipales



Fuente: Legislación en materia de gestión de residuos sólidos. Tomado de Cano (2010).

municipal "un pueblo mágico obligadamente, deberá contar con un Plan de Desarrollo Urbano Turístico". 4) Programa de desarrollo turístico municipal. 5) Reglamento de imagen urbana y plan de manejo en función del programa Pueblos Mágicos. 6) Programa de reordenamiento del comercio semifijo y/o ambulante. 7) Impulso al desarrollo municipal, en el que existan programas diversos de apoyo al desarrollo, continuación y consolidación de programas o acciones de desarrollo turístico. 8) Oferta de atractivos turísticos simbólicos, diferenciados. 9) Contar con servicios turísticos que garanticen su potencial comercialización. 10) Servicios de asistencia y seguridad. 11) Sustentar una tesis sobre la magia de la localidad. 12) Declaración de "zona de monumentos históricos". 13) Acciones de conservación del patrimonio tangible e intangible. 14) Accesibilidad terrestre. 15) Factibilidad para la comercialización turística. 16) Sistema de información turística municipal y estatal. 17) Valoración del impacto turístico a nivel regional o municipal. 18) Talleres de inducción al Programa de Pueblos Mágicos. 19) Talleres de planeación y gestión del turismo cultural. De cumplir periódicamente con los requisitos anteriormente mencionados, la ciudad de San Cristóbal de Las Casas mantendría el nombramiento como pueblo mágico. Dicho programa condiciona a autoridades del ayuntamiento a que en el transcurso de un año subsanen "las problemáticas" que surjan del incumplimiento de los lineamientos para evitar la revocación de su nombramiento. Tomado de la página de Pueblos Mágicos del Sector Turismo: http://www.datatur.sectur.gob.mx/SitePages/PueblosMagicos.aspx (véase Cañas, 2017).

Esta política del sector turístico generó fuertes tensiones y descontentos entre la población y el ayuntamiento en turno; este último invirtió recursos públicos para la "rehabilitación" de inmuebles y el reordenamiento comercial turístico del centro histórico. Ante la presión por cumplir las exigencias, el ayuntamiento impulsó algunas políticas, pero relegó la mejora de los servicios públicos, entre ellos el de recolección de basura.

Actualmente, este servicio en particular cuenta con poco presupuesto. Y está configurado mediante una estructura jerárquica y vertical, que interrelaciona a sectores públicos, comerciales, privados y sociales en dinámicas utilitarias, clientelares y desiguales. Los sectores más influyentes en los terrenos económico y político subordinan a los más desfavorecidos su propia supervivencia.

El sector público en el proceso de recolección

El sector público en el municipio es representado por el ayuntamiento y éste se asume como el responsable directo de la prestación del servicio de recolección, traslado y disposición final de la basura.[46] Depende directamente de la Oficialía Mayor y de la Tesorería Municipal para realizar sus operaciones. Su infraestructura consta de más de sesenta carritos individuales para el barrido manual, contenedores distribuidos en el área del centro histórico y más de veinte camiones compactadores para recolectar y trasladar la basura. El sistema cuenta con un tráiler con capacidad de 150 toneladas y se rentan de más de veinte unidades de camiones de volteo. Abarca siete localidades rurales a menos de diez kilómetros de la cabecera municipal, como Rancho Nuevo, El Aguaje, Las Piedrecitas, El Túnel, Huitepec Ocotal, Arcotete y San Antonio El Monte, además de prestar servicio a la Zona Militar y al Centro de Reinserción Social para Sentenciados (CERSS) núm. 5.

[46] El servicio de recolección ha sido muy diferente en cada administración. Este departamento carece de transparencia; hasta la fecha se desconoce la planeación actual de la recolección de la basura y los sitios donde esta se acumula.

Entre las operaciones que realizan se encuentran el barrido manual en las calles, jardines y espacios públicos localizados en el centro histórico, la recolección en plazuelas de los barrios, colonias, avenidas principales, mercados y el traslado a espacios de disposición final.

En cada trienio el municipio designa a un funcionario para que dirija la estructura y la operación del servicio de limpia, que comanda el área contable y administrativa; supervisa centros de transferencia[47] y dirige a los trabajadores asalariados, entre los que se encuentran supervisores, choferes de camiones de recolección, macheteros y peones barrenderos.

Los supervisores tienen la tarea de controlar la acumulación de basura en cualquier punto de la ciudad y en los centros de transferencia. Verifican que la basura se deposite en los camiones de recolección para trasladarlos a su destino final y coordinan a 350 trabajadores de base y temporales de dicha área.

Los trabajadores de limpia del ayuntamiento son de origen indígena, 60 por ciento son varones y el resto, mujeres. Son bilingües, migrantes y desplazados que viven en los barrios de Cuxtitali, Mexicanos y Tlaxcala, y en las colonias Nicolás Ruiz, La Hormiga, Santa Lucía y La Garita, entre otros.[48]

La operatividad del servicio es responsabilidad de choferes, macheteros y peones barrenderos. Los choferes son aproximadamente 200 varones que recorren más de 30 rutas en distintos días y horarios. El grupo de macheteros está integrado por alrededor de 50 varones, cuya principal función es recoger las bolsas de las esquinas para colocarlas en las cajas de compactación de los camiones recolectores. Los peones barrenderos[49] son trabajadores que realizan el barrido manual en el centro, en barrios aledaños y en las inmediaciones de los mercados de la ciudad.

---

[47] Los centros de transferencia son pequeños espacios ubicados dentro o cerca de Mercaltos, Merposur, José Castillo Tielemans "Tívoli" y Mercado Norte. En estos sitios se encuentra personal de limpia que recibe de manera indistinta la basura que se genera dentro de los mercados y en las inmediaciones.

[48] Es la plantilla laboral más numerosa de todo el ayuntamiento de San Cristóbal de Las Casas.

[49] Son aproximadamente setenta personas, en su mayoría mujeres. Peón barrendero es un término usado indistintamente para nombrar a mujeres y a hombres.

Foto 4. "Limpiando Juntos, para vivir mejor". Los "macheteros", trabajadores de limpia municipal, recogiendo la basura de una esquina del centro histórico.

Foto: Archivo fotográfico de la autora.

Más de la mitad de los trabajadores de limpia cuenta con prestaciones de ley, servicios médicos, vales de despensa y vacaciones; el resto no ha logrado la basificación, no tiene seguridad social ni derechos colectivos. Existe otro tipo de trabajadores de carácter temporal, que son contratados como peones barrenderos para el barrido manual en iglesias y andadores turísticos, en periodos vacacionales y festividades.

Las condiciones laborales, tanto para los trabajadores de base como para los temporales, son precarias, insalubres y flexibles. Tienen pocas herramientas de trabajo como escobas, recogedores y uniformes, y no se les proporciona un equipo especializado para el cuidado de su salud. Todos tienen que sortear las dificultades de su trabajo con sus propios recursos.

Los requisitos para ser trabajador de limpia municipal se establecen por cuestión de género. Los varones, ya sean macheteros, choferes o peones

barrenderos deben tener entre 18 y 45 años de edad, escolaridad mínima, presentar identificación oficial y alguna recomendación de trabajos anteriores. Para las mujeres, el rango de edad se amplía a 60 años de edad y se suma el requisito de no deben estar embarazadas o en periodo de lactancia. La mayoría de mujeres entrevistadas declararon que conseguir el trabajo era difícil porque no cumplían con los requisitos, es decir, eran madres de hijos pequeños y no contaban con alguno de los documentos solicitados, como acta de nacimiento, credencial de elector, comprobante de domicilio o recomendaciones de sus anteriores jefes. Pese a la discriminación institucional, laboral y de género que caracteriza al sector, este trabajo se considera un privilegio porque forma parte de la estructura administrativa pública y eso confiere pertenencia.

Los trabajadores de base tienen un horario corrido de ocho horas, de lunes a domingo, tanto en turno matutino como vespertino, con una hora para descansar y comer. Cubren las rutas de manera intermitente, por zonas y por días. Trabajan horas extras en días festivos con derecho a pago. Su sueldo aproximado oscila entre 1200 y 1500 pesos quincenales más prestaciones de ley. Los trabajadores temporales reciben el salario mínimo por los días que prestan servicio.[50]

La dinámica laboral inicia a las seis de la mañana. Los peones barrenderos se concentran en la parte subterránea de la plaza 31 de Marzo de San Cristóbal, donde se resguardan sus tambos sobre ruedas. El punto de partida para los choferes y macheteros se ubica en las instalaciones de la plaza de toros La Coleta, que sirve como estacionamiento para las unidades de recolección; es donde se trazan las rutas por colonias, barrios o mercados y se toman decisiones sobre los traslados a los lugares de confinamiento provisional.

[50] Como dato adicional, los trabajadores de limpia (Imagen Urbana) son utilizados como empleados personales del responsable en turno, quien les asigna labores no sólo en el servicio correspondiente sino también para su vivienda y otros servicios particulares. Constantemente hacen trabajos de albañilería sin pago extra.

Los macheteros y choferes que transitan en camiones compactadores por toda la ciudad hacen un gran esfuerzo físico a un ritmo acelerado. El machetero comanda la ruta por medio del toque de una campana que alerta a los habitantes para que saquen su basura y la concentren en las esquinas. El chofer toma el tiempo para que los macheteros coloquen la basura en la caja compactadora del camión recolector y en el trayecto van separando algunos residuos por categorías.

El ritmo de trabajo de los peones barrenderos es pasivo y solitario. Las peonas barrenderas transitan por el centro, mientras que los varones se concentran en los centros de transferencia, cerca de los mercados municipales. Las mujeres peonas son el rostro de la recolección en la zona céntrica turística. Pueden recorrer hasta diez veces la misma zona barriendo, recogiendo hojas y desechos de consumo inmediato, y vaciando los compartimentos instalados en las plazuelas y los andadores.

Foto 4. Peona barrendera recuperando revistas de un cesto de basura

Foto: Archivo fotográfico de la autora.

Los trabajadores de limpia durante su jornada recuperan residuos en grandes cantidades para comercializarlos.[51] Esta práctica por cuenta propia se diluye entre sus funciones laborales y no es mal vista por los supervisores del área de limpia o Imagen Urbana. Durante la jornada laboral encuentran residuos para reciclarlos, distribuirlos, intercambiarlos o disponer para su compra-venta. El Tívoli[52] y el estacionamiento público que se ubica debajo de la plaza 31 de Marzo han servido como bodegas para la acumulación de los residuos que posteriormente venderán.

La separación y el reciclaje de residuos para la venta es también una actividad importante entre los trabajadores del ayuntamiento. La recuperación y separación las hacen "por cuadrilla", es decir, por grupos de seis personas, que venden lo que juntan y distribuyen las ganancias en partes iguales.

La ciudad no cuenta con recursos para construir un sitio de disposición final, lo que comúnmente se conoce como tiradero a cielo abierto,[53] relleno sanitario[54] o celdas emergentes,[55] y mucho menos para cubrir

---

[51] Recolectan politereftalato de etileno o polietileno tereftalato (más conocido como PET por sus siglas en inglés), tipo de plástico de gran demanda, usado por trasnacionales de refresquería y textiles. También recolectan aluminio, plástico, cartón, fierro, cobre y lo que se pueda vender. Los acumulan en bolsas de gran tamaño y los colocan apilados en bodegas provisionales, que son espacios públicos. En el gran negocio de la basura desde la estructura del Servicio de Recolección de Limpia municipal se utilizan recursos públicos y mano de obra de trabajadores.

[52] Es el centro de transferencia más conocido de la ciudad.

[53] Obra compleja de ingeniería que requiere una inversión millonaria y cuyo fin es confinar los residuos enterrados de tal manera que los vectores de contaminación estén bajo control dentro del sitio y reciban tratamiento para neutralizarlos.

[54] Es una técnica de disposición final de los residuos sólidos en el suelo. Se utilizan principios de ingeniería para confinar la basura en un área estrecha. Tipos: relleno sanitario por equipo pesado, relleno sanitario mecanizado, relleno sanitario semimecanizado y relleno sanitario manual.

[55] Son una especie de cajas compactadoras de residuos urbanos obsoletos, es decir, que no se pueden renovar y que se entierran en el subsuelo de manera permanente. Este sistema, a través de ingeniería básica, permite la captación y extracción de lixiviado para su uso en la industria de energías renovables.

gastos de remediación; sin embargo, los espacios que han existido y están activos actualmente se han construido de manera ilegal y muchos han sido clausurados. Como ya se dijo, la ciudad está compuesta por cuencas que generan agua hacia el centro y todo lo que tenga que ver con la generación de residuos en las partes altas provoca contaminación en las bajas. Este aspecto no es nuevo. Como observamos en el capítulo 2 de este libro, se han llevado a cabo muy distintas maniobras para situar el problema de la basura hacia el exterior de la ciudad.

Los funcionarios de extracción priísta en los ayuntamientos ha generado las condiciones actuales de la recolección, a través de una infraestructura rústica y un manejo simple de los desechos. Su principal fuerza para controlar el problema la han obtenido de las relaciones clientelares entre representantes indígenas y funcionarios para moderar, en la inmediatez, el conflicto entre consumo urbano y generación de desechos.

El caso más emblemático de gestión relacionado con la recolección de basura se dio en 1996, dos años después del levantamiento armado zapatista. Ante la desesperación del ayuntamiento en turno por cubrir la demanda del consumo urbano se construyó el primer tiradero municipal a cielo abierto en una comunidad indígena llamada Predio Santiago.[56] Según Cano (2011), dicho espacio se obtuvo mediante una compra-venta de tierras ejidales irregulares entre los representantes del ayuntamiento representado por Rolando R. Villafuerte Aguilar y los cinco primeros vendedores originarios y avecindados de las comunidades de La Sierra y Predio Santiago.

Las relaciones clientelares y utilitarias, y en parte la corrupción, se utilizaron como estrategia para solucionar el problema de la basura. Esta disposición municipal tuvo un impacto medioambiental negativo en el predio, pues el tiradero se situó a pocos metros de las viviendas, escuelas y asentamientos de la comunidad.

[56] Es una pequeña localidad rural agrícola, de población indígena tsotsil y migrante, ubicada en el municipio de San Cristóbal de Las Casas, que colinda con las comunidades Florecilla, Rancho Nuevo, El Aguaje, Agua de Pajarito, Arcotete, Nuevo Corralchén y La Candelaria.

Foto 5. Tiradero a cielo abierto ubicado en la comunidad Predio Santiago

Foto: Archivo fotográfico de la autora.

La presencia del tiradero en Predio Santiago propició que algunos de sus pobladores y de otras comunidades cercanas como Agua de Pajarito, el Aguaje y Arcotete, y de municipios como Huixtán, Tenejapa, Teopisca, Betania y Mitzitón participaran como pepenadores para recuperar residuos reciclables.[57]

Catorce años después del inicio de su operación y sin ningún tipo de vigilancia normativa, el tiradero fue clausurado.[58] Los pepenadores sufrieron un revés en su estrategia de supervivencia y una minoría de habitantes del predio enfrentó la difícil tarea de restaurar el lugar con sus propios

[57] Este espacio albergó a más de ochenta pepenadores indígenas, entre hombres, mujeres y sus hijos.

[58] Reabierto por la administración priísta en turno, en febrero de 2014.

recursos. Trataron de enterrar los residuos con tierra extraída de la zona e iniciaron un proceso de reforestación de pinos y de siembra de hortalizas para detener el escape del lixiviado.[59] Se conformaron cuerpos de vigilancia para sancionar con multas a quien resultara sorprendido tirando basura o pepenando (la multa consistía en el pago de cinco mil pesos).

Pese al impacto medioambiental, las autoridades del predio se beneficiaron con la construcción de calles pavimentadas, alumbrado y ampliación de escuelas primarias. El patrón de vivienda cambió (lámina por cemento) y se construyeron salones de usos múltiples para las juntas locales de la comunidad. Les fueron proporcionadas concesiones de taxis y combis, y apoyos mensuales a través de programas de asistencia social.

San Cristóbal creció demográficamente y sucedió lo mismo con la problemática ambiental. Los gobiernos municipales intentaron diversas estrategias, que muchas veces no se concretaron por la corta duración de cada gestión. El proceso de transición política también ha influido en la problemática de la basura. Las propuestas han variado de un trienio a otro, sin éxito (información de Jorge Paniagua Herrera, 2013).

La única administración de procedencia perredista que ha gobernado San Cristóbal propuso la privatización del servicio como medida para resolver el problema. Propició un encuentro con la empresa Proactiva[60] para que interviniera en los procesos locales de recolección, pero no trascendió porque el ayuntamiento no tuvo los recursos suficientes y mucho menos la voluntad para entrar en conflictos legales y políticos con su personal sindicalizado.

Desde esta corriente de gobierno se intentó revivir la vieja práctica de negociar tierras para la construcción de espacios de confinamiento a cambio de servicios públicos. En particular, se pretendió reanudar la relación con autoridades del Predio Santiago para rehabilitar el tiradero, pero la resistencia local provocó enfrentamientos con violencia.

---

[59] El lixiviado es un líquido que emana de los residuos en proceso de descomposición y que se infiltra en el subsuelo a través del agua de lluvia.

[60] Empresa que administra la recolección, el traslado y la disposición final de la basura en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

En agosto de 2011 se dio a conocer un proyecto para la construcción de un relleno sanitario intermunicipal administrado por empresas privadas en la comunidad de Corralito, Dos Pazotal, perteneciente al municipio de San Cristóbal.

A siete meses de la gestión de Cecilia Flores, en colaboración con la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) representado por Javier Zepeda Constantino, se anunció la construcción de un camino asfaltado que comunicaría la ciudad con las comunidades de la zona sur del municipio. Sin embargo, no se mencionó la construcción de una celda emergente de transferencia,[61] proyecto anunciado por la propia presidenta en las radios locales. La mayoría de las comunidades indígenas circunvecinas conformaron grupos de denuncia en rechazo a la celda emergente. Poco después, en la comunidad Corralito Dos Pazotal se evidenció la presunta venta de un terreno propiedad de Fernando Díaz Cruz al ayuntamiento de San Cristóbal para la construcción de dicha celda, pero los dueños de terrenos colindantes se opusieron cuando la maquinaria inició los trabajos de excavación. En un primer momento lograron convencer al propietario del terreno de desistir por los efectos medioambientales negativos y mediante la presión social se logró eventualmente la cancelación de las construcciones realizadas por el ayuntamiento.

Pese a la inconformidad, la maquinaria siguió realizando revestimiento, tala de árboles y excavación de hoyos gigantes, trabajos característicos para la construcción de celdas, como habían anunciado las autoridades.

[61] Las celdas emergentes de transferencia son instalaciones intermedias (regularmente en propiedades privadas) entre las fuentes generadoras de residuos sólidos y las plantas de selección o el sitio de disposición final; su objetivo principal es disminuir los costos del servicio de recolección, en la medida en que los vehículos recolectores reducen los tiempos para la descarga de los residuos, ya que en vez de trasladarse hasta las plantas de selección o los sitios de disposición final recurren a la estación de transferencia ubicada en su demarcación, o bien a la más cercana a su ruta de trabajo, para descargar los residuos en los tractocamiones que transportan un volumen equivalente a cuatro o cinco camiones recolectores, ya sea a las plantas de selección o al sitio de disposición final. Esta operación permite que los vehículos de recolección se incorporen nuevamente a sus rutas durante la jornada de trabajo.

En asambleas generales se insistió en que se rechazara, ya que impediría la pavimentación de un camino gestionado meses atrás por el patronato de las comunidades indígenas aledañas.

Los opositores al proyecto afirmaban que el Patronato de Caminos hizo gestiones a nivel federal, por lo que la inclusión integral de los servicios públicos a la comunidad no era una demanda aún consensuada. También se expuso que en la comunidad de San Antonio Los Baños, colindante a Corralito, en el año 2004 la administración del exedil Rodolfo Aniceto Morales Gamboa también gestionó y concretó un proyecto de celda emergente en el lugar. Un año más tarde fue clausurado por la resistencia de sus pobladores.

La propuesta de la celda emergente, de cualquier forma, quedó archivada ante la negativa de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT).

Mediante una asamblea intercomunitaria se levantó un acta para exigir a la presidenta Cecilia Flores la cancelación total del proyecto y el retiro inmediato de las maquinarias excavadoras, las cuales derribaron cientos de árboles de roble y ciprés. Más tarde, la alcaldesa anunció en una reunión con algunos opositores que las obras de la carretera y la celda seguirían en pie. Ante este anuncio se acordó llevar a cabo otra asamblea con la presencia de las quince comunidades aledañas del sur de San Cristóbal para dialogar sobre el proyecto, pero la representación municipal no llegó.

A raíz de este conflicto se firmó un acta de acuerdo con fecha 2 de octubre de 2011, en la que se consolidaba la oposición a la celda emergente y el cese del hostigamiento militar en la zona.

El fracaso de estos proyectos públicos redirigió la mirada hacia los procesos de privatización del servicio de recolección. Por falta de lugares de confinamiento, el ayuntamiento contrató a la empresa Proactiva sólo para que recibiera el cuarenta por ciento de los desechos urbanos.[62] Los costos de inversión incluyeron gastos de transportación, de mantenimiento de las

[62] Esto se debió a la falta de recursos económicos. En el transcurso de un año se entregaron a Proactiva 140 toneladas diarias, un poco más de 3700 toneladas al mes.

unidades y de gasolina. Los más de treinta viajes diarios a la capital generaron conflictos laborales con trabajadores sindicalizados, que exigían un aumento salarial por las horas extras, por lo que provocaron varias suspensiones del servicio y bloqueos en la ciudad.

Luego, la empresa solicitó el pago total por la prestación del servicio. Autoridades municipales y estatales se deslindaron de dicho pago, motivo por el cual la empresa suspendió su servicio en San Cristóbal y de manera intermitente en Tuxtla Gutiérrez. Quienes habían participado como intermediarios para contratar a la empresa renunciaron a sus cargos.

A raíz del conflicto anterior, la Dirección de Aseo y Limpia Municipal firmó un convenio de uso del suelo con el municipio de Chiapa de Corzo, en un terreno supuestamente acondicionado para el almacenamiento de basura. Esta opción no duró debido a un conflicto "ocasionado por los propios trabajadores" (choferes y macheteros), quienes descargaron basura por error en un terreno equivocado (entrevista al exdirector de Limpia Luis Antonio López Herrera, agosto-octubre de 2011). El terreno elegido era el extiradero municipal de Chiapa de Corzo, ubicado muy cerca de las comunidades Nandaburé y Zapata, que fue clausurado por reclamos de sus pobladores. Su reapertura motivó que vecinos de la zona levantaran una denuncia pública en contra de la presidenta Cecilia Flores Pérez, al término de su administración.

A pesar de los conflictos con Proactiva, el ayuntamiento siguió contratando sus servicios, por concepto de depósito de basura por tonelada.

La Dirección de Limpia Municipal sobrevivió gracias al presupuesto del gasto corriente[63] acumulado de la cuota que estableció en la Ley de Ingresos del 2010, donde se estableció que se cobraría por mes o año el servicio de recolección de basura en ruta a personas físicas y morales inscritas en el Registro Federal de Contribuyentes a una tasa de 40 a

[63] Erogación que realiza el sector público y que no tiene como contrapartida la creación de un activo, sino que constituye un acto de consumo; esto es, los gastos que se destinan a la contratación de recursos humanos y a la compra de los bienes y servicios necesarios para el desarrollo propio de las funciones administrativas.

130 pesos mensuales y de 400 a 1300 pesos anuales aproximadamente, tanto a pequeños contribuyentes como a intermediarios y a empresas. El recurso fue utilizado para cubrir el costo de herramientas de trabajo, pago de casetas, combustible, manutención de unidades, salarios, horas extras y el pago del confinamiento de basura a Proactiva.

Se estudiaron otras posibilidades, como la construcción de un relleno sanitario en el exaeropuerto de San Cristóbal, en la comunidad Corazón de María, que décadas atrás sirvió como confinamiento. La propuesta se debilitó porque la zona es cavernosa y hay corrientes de agua que se dirigen a la ciudad. Otra propuesta rechazada fue la búsqueda de terrenos privados y con sumideros cercanos a la zona de la autopista debido a que los habitantes de las cercanías se opusieron.

La Dirección de Limpia buscó nueve predios viables, pero por problemas sociales y sin aval de la SEMARNAT no se concretó ninguna propuesta. Otra más se relacionaba con la construcción de plantas tratadoras de residuos sólidos[64] que generan procesos de separación y destino final.[65] Y tampoco se concretó la contratación de la empresa nacional RZ Construcciones, especializada en rellenos sanitarios, proyecto que se perfiló en la comunidad El Corralito Dos Pazotal.

Los directivos de dicha administración, por otra parte, intentaron negociar con habitantes de las comunidades indígenas anteriormente mencionadas, como resume el extitular de la Dirección de Limpia en su testimonio; trataron de convencerlos, mediante operadores políticos, de que la construcción de un relleno sanitario traería beneficios para sus comunidades, entre ellos, trabajo como empleados del ayuntamiento en la planta de separación, edificación de una clínica, pavimentación de caminos, talleres de oficios por medio de la Secretaría de Desarrollo Económico (SEDECO)

[64] Segregación de flujos en origen mediante el desarrollo de una serie de procesos selectivos asociados con distintas tipologías de residuos.

[65] En el que se pueda pepenar, empacar, compactar y mineralizar para aprovechar la disposición final como combustible o para asfaltar calles.

y ampliación de escuelas (entrevista al exdirector de Limpia Luis Antonio López Herrera, agosto-octubre de 2011).

Quizá la estrategia más funcional, aunque fue suspendida, consistía en el desarrollo de un programa de cultura ambiental en catorce centros educativos públicos y privados, que ayudó a la obtención de recursos económicos para cubrir gastos internos. Las escuelas acumularon residuos y los vendieron a comercializadoras especializadas. La Dirección de Limpia catalogó estos procesos como necesarios, porque se consideró que reduciría la cantidad de basura, además de que generaría conciencia ecológica sobre reciclaje entre los estudiantes de la localidad.

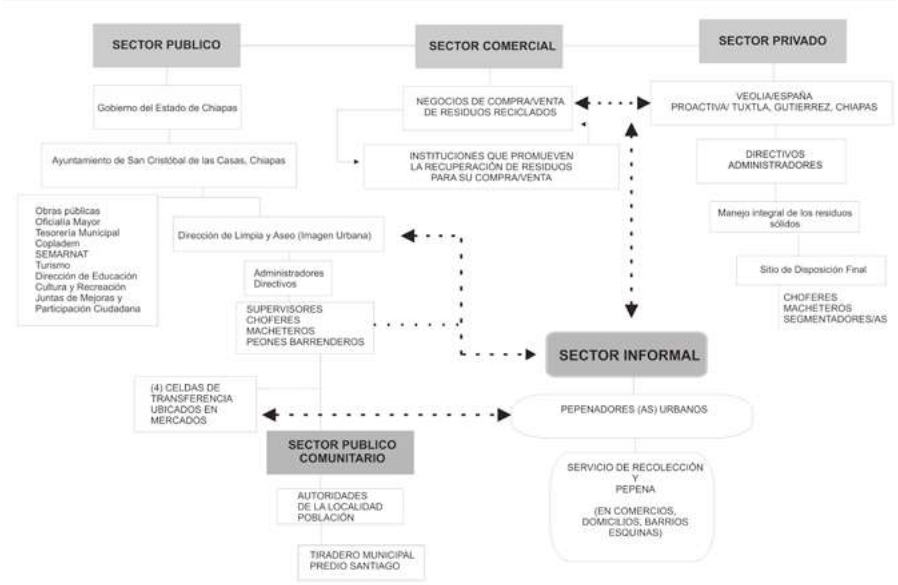
Tras la gestión de Cecilia Flores, en 2012, el nuevo titular entregó la dirección de Limpia al edil Francisco Martínez Pedrero, en la que estaba incluido el plan de trabajo realizado y la propuesta íntegra (que no prosperó) sobre la creación de un relleno sanitario intermunicipal en la comunidad de El Corralito.

De 2012 hasta 2017, las dos administraciones que ejercieron la gestión (priísta y verde ecologista) retomaron una de las estrategias históricas que le ha funcionado a este sector para resolver, en la inmediatez, el problema de la recolección de basura: la relación clientelar. Esto les permitió la creación de un tiradero municipal en la comunidad El Aguaje en el municipio de San Cristóbal, mediante las gestiones de Augusto Gabriel García Cancino[66] alias don Tito, quien ha dirigido durante décadas la estructura y el funcionamiento del servicio de limpia en la ciudad.

La dependencia ahora llamada Imagen Urbana suma más problemas, sobre todo de carácter laboral y de enfrentamientos violentos por los espacios donde se confina la basura. Los casos más conocidos se refieren a lo ocurrido con una trabajadora de limpia que perdió la vida en funciones laborales en 2016; y otro, en 2017, en el que Augusto García, titular de

[66] Cinco veces nombrado director de Aseo y Limpia Municipal por las administraciones priístas de Sergio Lobato (2005-2007), Mariano Díaz Ochoa (2008-2010) y Francisco Martínez Pedrero (2012-2015); fue director de Imagen Urbana en el primer año de la administración del alcalde Marco Antonio Cancino González (2016-2018).

Cuadro 3. Estructura del Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas y los sectores que lo integran



Fuente: Mapeo de actores. Elaboración propia.

la dependencia, fue aprehendido (y luego liberado) para ser investigado por la muerte de dos agentes y lesiones a otros 28 durante el intento de desalojo en la comunidad de El Aguaje, localidad del municipio de San Cristóbal de Las Casas donde se ubica actualmente el tiradero.

El sector privado y la especulación con la basura

El sector privado está representado por empresas trasnacionales instaladas en la mayor parte del territorio nacional que intervienen en los procesos de privatización de los servicios públicos. Su presencia es difusa porque prestan un servicio flexible que se adecua a las necesidades de la administración pública.

Proactiva es un ejemplo. Esta empresa opera con grandes recursos económicos en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, y se dedica a proporcionar el servicio de recolección, traslado y disposición final de los residuos urbanos mediante una planta de captación de residuos. Esta empresa ha intervenido de manera intermitente en San Cristóbal, pero de forma parcial y temporal para resolver problemas inmediatos.

La participación de la empresa, sostenida con recursos públicos, ha consistido únicamente en recibir la basura urbana de San Cristóbal, debido a la acumulación exacerbada de residuos y por la nula planeación de un espacio que funja como sitio de disposición de desechos.

Se trata de una filial de las empresas trasnacionales Veolia Environnement (servicios medioambientales) y FFC Fomento de Construcciones y Contratas, S.A. (servicios de construcción).[67] Está presente en siete países y ofrece el servicio de agua y disposición de residuos sólidos municipales a más de 40 millones de personas. Tiene diez mil empleados alrededor del mundo y sus ventas anuales alcanzan los 240 millones de dólares. En México se instaló en 1996 y se consolidó como Proactiva Medio Ambiente México[68] a través de sus subfiliales o empresas subcontratadas denominadas Proactiva Medio Ambiente CAASA, Proactiva Medio Ambiente Querétaro, Proactiva Medio Ambiente Tlanepantla, Setasa Guadalupe, Setasa Mérida, Setasa Nuevo Laredo, Setasa Naucalpan, Setasa Salinas, Proyecto

[67] Las dos empresas pactan convertirse en socios y utilizar su filial Proactiva como operador privado en Latinoamérica. Los dos líderes en el sector del agua han llegado recientemente a un acuerdo para atender juntos los grandes contratos de gestión privada de agua, más conocidos como Build Operate Transfer (BOT), que están proliferando en Latinoamérica. Según los términos del pacto, Veolia y Aqualia, la filial dirigida por FCC, acudirán a concursos de desalinización, depuración y canalización como socios constructores y tecnológicos, mientras que Proactiva, su sociedad de medio ambiente compartida al 50 por ciento, se integrará en el accionariado del consorcio como operador (publicación del economista Carlos Morán Madrid en el periódico *Expansión,* octubre de 2008).

[68] Se desarrolla por medio de la certificación en materia de gestión ambiental norma ISO 14000.

y Servicios Especializados Cyclus y Proactiva Tuxtla.[69] Proactiva tiene en México más de dos mil empleados originarios de las localidades en donde operan los proyectos; cuenta con más de 500 equipos de operación y presta atención diaria a más de diez millones de usuarios. Su presencia es reciente, pues lleva 16 años operando en México con el respaldo de las empresas trasnacionales antes mencionadas.

El problema más visible en este sector se inscribe en el enfoque general de privatización de servicios públicos, incluidos los más básicos. En torno a los procesos de liberalización de servicios públicos esenciales, paulatinamente se están poniendo en juego los derechos sociales fundamentales para la cohesión y el bienestar colectivos.

Este sector de poder más visible permite observar las asimetrías que existen y las condiciones de otros sectores que participan y sobreviven en este campo laboral. El problema radica en que el poder económico continúa sometiendo, subordinando y excluyendo a los más vulnerables: los indígenas, quienes realizan los trabajos más precarios y se ubican en la escala más baja de la estructura de organización de la basura, en su mayoría mujeres, niños y niñas.

La operatividad de la recolección de la basura se ha desarrollado también mediante una combinación entre intervención pública y privada. La iniciativa privada cubre los costos tecnológicos para un uso racional de los recursos; en cambio, la racionalidad pública decide en función de la demanda porque, en este caso, el objetivo principal es ampliar la cobertura del servicio y mejorar la calidad.

El sector empresarial permite ver las asimetrías, la jerarquización y la verticalidad, las posiciones de poder y las subordinaciones que existen.

La escasez de los recursos en pugna en general está abriendo nuevas tendencias como la privatización. Los residuos sólidos municipales están

[69] En Tuxtla Gutiérrez presta el servicio de saneamiento de sitios, recolección domiciliaria, servicio integral de aseo público y transferencia de residuos (500 000 usuarios). Como ya se mencionó, en San Cristóbal de Las Casas sólo prestó el servicio de recepción de basura en un mínimo porcentaje.

siendo sometidos a especulación por el capital trasnacional; ello provoca una lucha por la rentabilidad de la inversión, lo que significa que el capital financiero a través de las industrias trasnacionales busca una acumulación de recursos para obtener más utilidades, esto con base en la explotación de mano de obra barata y en una inversión mínima para su reproducción, que busca nueva acumulación al sistema financiero. Después se introduce la liberalización de mercados de derechos concesionales de los recursos; en otros casos, las tensiones de la privatización incluyen los derechos de propiedad de los recursos en sí mismos, haciendo de ellos un simple bien económico; incluso se apunta a la apropiación y gestión privada de los ecosistemas, de modo que el mercado pasa a ser la opción de gestión de esos patrimonios naturales y no naturales.

Pretendo poner a la vista al sector privado, ya que los procesos de privatización de la basura se han hecho presentes, aunque no se hayan consolidado del todo. Es necesario rescatar los posibles efectos sociales que podrían modificar en forma muy violenta las condiciones aparentes de vida (situación de género, clase, etnia) de cientos de trabajadores de la basura, las cuales se recrudecerían con las nuevas formas de articulación económica y política propias de las dinámicas de privatización en el contexto neoliberal.

El comercio y la dinámica de las intermediarias

El sector comercio está representado por pequeños negocios familiares de reciclaje ubicados en San Cristóbal de Las Casas que son administrados por migrantes provenientes de las zonas centro y norte de México y de algunos municipios de Chiapas (especialmente de la costa y la frontera). Participan como intermediarios en la obtención de recursos reciclables y reutilizables, para luego venderlos al por mayor a empresas más grandes.

Estos comercios hace relativamente poco tiempo que se han instalado, son más de diez (grandes y chicos) y su desarrollo en la dinámica urbana de San Cristóbal va en aumento. Tienen entre 10 y 20 años de antigüedad y se ubican muy cerca de los mercados (Merposur, Mercaltos, Mercado

José Castillo Tielemans), del panteón y en la vía periférica que abraza la ciudad. La vida de estos negocios depende en gran medida de su relación con empresas trasnacionales.

Los negocios de reciclaje se dedican a comprar residuos específicos como fierro, plásticos, cartón, aluminio y cobre; los obtienen de supermercados, talleres mecánicos, escuelas y de la ciudadanía en general, así como de trabajadores del área de Aseo y Limpia del Ayuntamiento de San Cristóbal y de los pepenadores de basura. Estos negocios se ubican cerca o dentro del espacio domiciliario de sus dueños. Su infraestructura consiste en espacios de tipo bodega; utilizan básculas de gran tamaño y camiones y tráileres para el transporte dentro y fuera del estado (Puebla, Monterrey, Tuxtla Gutiérrez, entre otros).

Cada establecimiento tiene una plantilla laboral de 10 a 20 personas, todos ellos varones indígenas que realizan trabajo manual de desensamble para recuperar residuos. La mayoría tienen entre 15 y 30 años de edad y no cuentan con prestaciones de ley ni seguridad social; su jornada laboral es de ocho a doce horas diarias, de lunes a domingo. Cada trabajador gana como máximo 1200 pesos a la quincena, y un poco más de la mitad tiene dos años de antigüedad. Según los dueños de las recicladoras, algunos trabajadores fueron pepenadores en el Predio Santiago. En una entrevista realizada al dueño de uno de estos negocios reveló: "nosotros vimos cómo les quitaron su modo, entonces les dimos trabajo y están mucho mejor que andar en la basura" (entrevista con don Ramón, propietario de una bodega ubicada en la colonia Explanada del Carmen).

Los trabajadores de los comercios de reciclaje no cuentan con equipo especializado de protección. Pueden estar largas jornadas bajo el sol, pues su trabajo requiere cierta iluminación para recuperar diminutas piezas de cobre, fierro y otros metales.

Antonio Sántiz, trabajador de una bodega en la Explanada del Carmen, explicó en qué forma obtuvo un espacio en este tipo de negocios después de haber sido pepenador en el Predio Santiago:

> Yo era pepenador, tenía paga. Ganaba 500 diarios. Sacaba paga de lo que vendía, de todo, todo lo que podía lo juntaba. Empecé a

> trabajar por mi suegro, él me dijo, "ven conmigo a recoger basura, hay paga, con eso mantienes a mi hija […] Estaba mal porque ya había nacido mi hijo" […] Pero cuando cerró el predio, tuve que buscar éste [trabajo], Don Ramón [su actual patrón] me dijo, "vente conmigo, yo te doy..." pero ahora él es mi patrón y él me dice lo que hago […]. Estaba mejor en el tiradero porque no hay patrón, es mucho trabajo aquí, estoy buscando otro trabajo porque es poca paga (entrevista realizada en marzo de 2013).

Don Toño, dueño del negocio de reciclaje más conocido de la ciudad (ubicado atrás del panteón municipal), es un hombre mayor, migrante norteño que vino a "probar suerte" a San Cristóbal porque supo que no existían negocios de reciclaje establecidos. Él había tenido una experiencia previa como trabajador en un negocio de reciclaje en la ciudad de Monterrey, pero por motivos personales abandonó el trabajo y regresó a la tierra de sus padres, Chiapas. La experiencia de Antonio revela que la dinámica económica de San Cristóbal atrae este tipo de negocios, que si bien es cierto están controlados por el municipio, han servido para aminorar la problemática de la basura en la ciudad.

> No había trabajo, dije: ¿y si pruebo suerte y empiezo a comprar y vender fierro? Investigué y pegó. La ventaja es que aquí hay basura pa' aventar pa' arriba y eso es chamba, chamba que me da pa' pagarles a mis trabajadores, cada quincena tienen su cheque […] Primeramente empecé a asistir al predio a decirles a los pepenadores, les dije: yo compro todo lo que ustedes me den. Cuando lo cerraron me traje algunos aquí porque son chingones pa' la chamba […] Aquí en Sáncris hay muchos problemas, aquí, con la basura, luego me hice de mi bodeguita [donde también vive] aquí junto todo para luego venderlo en fletes y me los llevo a Tuxtla o a Puebla, depende quien me pida (entrevista realizada en marzo de 2013).

En su bodega reúne toda clase de residuos. Los trabajadores hablan en tsotsil o tseltal, aunque responden las órdenes de su jefe en español. Don

Toño es un hombre muy alto y tiene una voz imponente; públicamente les grita a sus trabajadores y los manda a realizar trabajos pesados. En alguna parte de la bodega se logra ver todo tipo de autopartes de automóviles que los trabajadores cargan; entran y salen de la bodega y las trasladan a destino desconocido. Es un lugar de actividad constante. Los trabajadores sólo esperan la orden de su patrón y nadie puede hablar con ellos si don Toño no les da permiso. Es una relación laboral de control excesivo y de sobrexplotación.

Existen otros grandes negocios cerca de la colonia Explanada del Carmen, sobre el periférico. Los dueños, que son hermanos, también compran a los supermercados (Sam's Club, Chedraui, Soriana), a vulcanizadoras, a escuelas, a trabajadores y trabajadoras del área de limpia y aseo municipal, a pepenadores y a la ciudadanía en general.

A diferencia de don Toño, estos negocios cuentan con camionetas conducidas por choferes que recorren determinadas partes de la ciudad, en distintos días y horarios, durante largas jornadas (doce horas), con la misión de comprar residuos o basura domiciliaria inservible o en mal estado (como aparatos electrodomésticos, etcétera).

Se identifican fácilmente a través de una grabación que trasmite un megáfono, en la que invitan a la ciudadanía a deshacerse de lo que ya no sirve. Al término de la jornada de trabajo, las camionetas regresan a la bodega. Los trabajadores que permanecen en el inmueble descargan las camionetas y empiezan a separar y clasificar los objetos recolectados, para que al día siguiente empiece su desmantelamiento. La presencia de estas camionetas como negocio intermediario es cada vez mayor en la ciudad.

Existen otros tipos de comercios minoristas que han proliferado en locales ubicados cerca de los mercados. Estos son atendidos por familias de migrantes y comerciantes de Chiapas, que compran latas, fierro, cobre y plásticos de particulares y manejan precios por encima de los negocios de reciclaje más grandes.

Hay otro tipo de prácticas comerciales de reciclaje desarrolladas por los dueños y trabajadores de bares y restaurantes ubicados en los andadores turísticos de la ciudad, que particularmente aprovechan residuos como

lámina y PET para venderlos a los negocios del panteón o de la Explanada del Carmen.

Los negocios de reciclaje acaparan la mayoría de las residuos reciclables de la ciudad, ya sea por mayoreo o menudeo, además de tener otra infraestructura y contar con mayores recursos incluso para operar mediante la compra-venta ambulante.

Los comerciantes con menos recursos pasan inadvertidos en la dinámica del flujo de materiales de reciclaje. Existen otros comercios que no se dedican propiamente a la compra-venta de residuos como PET, aluminio o fierro, sino que su giro es adquirir ropa y zapatos usados para revenderlos; estos negocios son parte del comercio indígena que se establece en los mercados.[70] De la etnografía realizada observamos que los comerciantes indígenas, en su mayoría jóvenes, compran zapatos en buen estado a las personas recolectoras y pepenadoras y los arreglan en ese momento (los zurcen, los "bolean" y les dan brillo) para luego colocarlos en amplias mesas para su reventa. Con los negocios de ropa pasa lo mismo: compran ropa por bolsa a un menor costo, para luego vender las piezas al doble.

Estos pequeños comercios, así como los grandes, se aprovechan de la mano de obra del sector informal de la basura para la adquisición de recursos que los mantienen activos.

El sector informal: la pepena urbana y sus características

En el mundo existe una gran preocupación con respecto al consumo y el destino final de los residuos sólidos por el daño potencial que significan para el medio ambiente. Paralelamente, las crisis económicas han propiciado que una gran parte de la población mundial participe de la recolección informal como estrategia de supervivencia:

[70] En la etnografía realizada se observó que una gran cantidad de pepenadores y pepenadoras consiguen zapatos para revenderlos. Aunque no tenemos datos precisos sobre su utilidad, los zapatos y el hule negro de las llantas se utilizan muy comúnmente para la incineración y producción de ladrillo (entre otros usos).

> Los hombres de la basura tienen distintos nombres: Packs y Teugs en Dakar; wahis y Zabbaleen en El Cairo; Gallinazos en Colombia; Scanvengers o Garbage Pickers en países de habla inglesa; Pepenadores o Resoqueadores en México; nombres distintos que señalan una misma actividad: vivir de la basura (Castillo, 1990: 25).

También nombramos a los catadores de Brasil, las cirujas argentinas, los churequeros de Nicaragua, los minadores de Ecuador, los cartoneros de Buenos Aires y los buzos de Santo Domingo, por mencionar algunos.

La recolección informal de basura es una de las peores formas de trabajo en el que se autoemplean inmigrantes, hombres, mujeres y menores de origen campesino en condiciones precarias; la pobreza es uno de los factores que los impulsan (González, 1999). Es una evidencia irrefutable de la desigualdad social no resuelta. González agrega que el trabajo informal de la basura, pese a sus características de marginalidad, puede verse como una actividad socialmente útil, económicamente productiva y ambientalmente benéfica. Esta concepción muestra que la recolección informal representa un componente esencial para el manejo de los residuos sólidos que todo centro urbano requiere.

Castillo (1990) matiza la importancia de estos trabajadores, como los sujetos sociales encargados de llevar a cabo los procedimientos de reciclaje de los desechos, además de que como grupo social ha sido históricamente un blanco para la legitimación de los cacicazgos, el utilitarismo y la manipulación. Silva (2003) resalta que los trabajadores informales de la basura generan identidad, relaciones sociales y apropiación territorial a través del lenguaje, las relaciones familiares y la religiosidad. López (2007) expresa que este grupo tiene la característica de la jerarquización y la verticalidad, lo que profundiza las relaciones de poder y las desigualdades.

Cervantes y Palacios (2012) refieren que la mayoría de quienes integran el sector informal de la basura son emigrantes de zonas rurales, de bajos recursos, de poca experiencia laboral, enfermos y de nulo nivel educativo. Sus condiciones de vida son altamente marginales, reducidas, y laboran en condiciones riesgosas para la salud y la integridad física.

El sector informal de la basura en San Cristóbal de Las Casas tiene su particularidad porque lo integra un grupo numeroso de personas de origen indígena que se dedican a la pepena urbana. Defino pepena urbana como un trabajo de supervivencia en condiciones insalubres y con nula vigilancia, que consiste en recuperar comida, ropa, calzado, material reciclable y todo tipo artículos inservibles o en buen estado; todo lo que se pueda recuperar desde la calle para venta o autoconsumo personal.

En su aspecto más tecnificado y flexible se caracteriza por la prestación voluntaria de un servicio de recolección que se realiza de forma rústica. El centro histórico, los barrios y las colonias aledañas consideradas como zonas de alto turismo, son espacios aptos para realizar tal actividad. Se requiere paciencia para resistir largas jornadas y esfuerzos físicos para cargar grandes cantidades de desechos.

Foto 6. Mujer joven indígena, con su hijo, presta un servicio de recolección hacia el Tívoli

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

La pepena urbana es aprovechada por la administración municipal porque esta institución tiene obligación de prestar ese servicio gratuito a la ciudadanía. La autoridad responsable no controla ni regula la proliferación de este trabajo, pero tampoco prohíbe su ejercicio porque lo utiliza para resolver parcialmente el problema de la basura. A los pepenadores urbanos no se les visibiliza ni se reconoce su aporte en la solución del conflicto medioambiental que se vive en la ciudad.

Los pepenadores conforman el sector más vulnerable y se sitúan en la parte más baja del Sistema de Recolección de Basura. En cuanto a estructura, desarrollo y funcionamiento se caracterizan por ser mano de obra gratuita o muy barata para el intercambio y el flujo de mercancías y recursos entre los demás sectores.

La situación de vida de los pepenadores urbanos de San Cristóbal no es igual para todos; son las mujeres y sus hijos quienes sufren con mayor agudeza la exclusión y la marginalidad.

Todos los días, tanto hombres como mujeres inician su jornada a las siete de la mañana, y consiste en recorrer comercios para prestar un servicio de recolección y recuperar residuos que se acumulan en las esquinas de las calles o botes de basura, tanto en la zona Centro como en colonias o barrios aledaños.

Las mujeres y sus hijos han ocupado gradualmente gran parte de los espacios céntricos, a diferencia de los varones que optaron por cubrir los alrededores del mercado municipal José Castillo Tielemans.

El servicio voluntario de recolección consiste en trasladar bolsas de basura de tamaño medio al Tívoli[71] a cambio de una "cooperación voluntaria".

[71] El Tívoli es una casa vieja (ubicada a un costado de un río del mercado municipal Castillo Tielemans) utilizada como unidad de transferencia de basura, donde se concentra una parte de los residuos que se generan en la ciudad y en los mercados. Posteriormente los camiones de recolección del servicio público la recogen y la trasladan al tiradero del Predio Santiago (desde el mes de febrero de 2014). Previamente, desde la administración de Cecilia Flores, la basura era colocada en camiones de carga y trasladada a la empresa Proactiva, ubicada en Tuxtla Gutiérrez. Esta estrategia del ayuntamiento de la capital

Las mujeres son las mejor equipadas porque hacen mayor uso de herramientas como bolsas de distintos materiales y tamaños, tijeras y lazos de plástico o henequén. Ellas van a pie con un "diablito" a cuestas; los hombres usan varios medios de transporte como triciclos, diablitos, bicicletas.

Foto 7. Joven indígena presta un servicio de recolección con triciclo hacia el Tívoli

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

se realizó porque en ese periodo no se consiguió un espacio para la construcción de un tiradero municipal. Tanto los trabajadores y trabajadoras de Limpia Municipal, como los recolectores y recolectoras de basura por cuenta propia y la ciudadanía en general, han utilizado este espacio para depositar la basura.

La práctica de la pepena es más visible en los principales andadores porque existe en ellos una mayor demanda de comercios para tirar basura a cualquier hora del día. Las mujeres son las que tienen el mayor control de estos espacios, comercios y clientes y, por consiguiente, una entrada segura de ingresos.

Hay muchas formas de pepena urbana y muy distintos participantes. Un tipo de recolección informal lo realizan los adultos mayores, que reúnen la basura en menor cantidad, ya sea de domicilios o puestos del mercado. No separan los residuos para venderlos pero sí recuperan objetos para el consumo personal, especialmente comida. Su edad avanzada no les permite cargar grandes volúmenes de basura ni trasladarla fácilmente; sus jornadas son más lentas y largas. En algunos casos, cuando recuperan algún residuo de valor tratan de venderlo a los trabajadores del servicio público de limpia del ayuntamiento. La mayoría padece alguna enfermedad. Los recolectores ancianos son constantemente discriminados, rechazados o minimizados.

Otro tipo de pepena urbana tiene que ver con la recuperación de PET y latas, especialmente en restaurantes. Esta actividad la realizan mayoritariamente mujeres indígenas adultas, y en menor medida mujeres pobres sancristobalenses. Los empleados de dichos comercios les entregan ese material en bolsas pequeñas para que posteriormente las separen e intercambien con el sector de comercios. Las mujeres indígenas no hablan bien español y es muy común que se les dificulte pedir los recursos que necesitan. En cambio, es fácil para las mujeres sancristobalenses porque a través de su referente cultural común entablan relaciones con más facilidad y, por ende, su acceso a los recursos es mayor. Al igual que los adultos mayores, la dinámica laboral es pausada y tienen más dificultades para cargar objetos pesados. La mayoría de las mujeres adultas están enfermas, por lo que su jornada es corta e intermitente.

Otro tipo de práctica en la pepena urbana la realizan hombres y mujeres indígenas monolingües, que sólo se ubican en el área de los mercados municipales. En el caso de las mujeres, no prestan un servicio para obtener recursos reciclables como los anteriormente mencionados, sino que solicitan, y en la mayoría de los casos hurgan entre el desperdicio de los

Foto 8. Mujer adulta recoge PET y latas de aluminio después de un mitin en la plaza 31 de Marzo en San Cristóbal de Las Casas

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

locales de verduras para su propia alimentación. Las mujeres resguardan sus pequeños suministros en bolsas de plástico o en sus rebozos.

Los hombres desarrollan la misma dinámica; sin embargo, pueden prestar una especie de miniservicio de recolección porque recogen bolsas pequeñas que les entregan los comercios del mercado. Ellos usan costales sostenidos por un mecapal sobre sus cabezas para resguardar lo que pepenaron o para tirar la basura en los centros de transferencia.

La mayor parte de las pepenadoras adultas usan los vestuarios tradicionales de su comunidad de origen y se trasladan descalzas al Tívoli.

Foto 9. Adulto mayor indígena presta un servicio de recolección y traslada bolsas de basura sostenidas por un mecapal hacia el Tívoli

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Otra forma de pepena urbana, quizá la más visible, consiste en hurgar en bolsas de basura que han sido colocadas en las esquinas por la ciudadanía para que se las lleve el camión recolector. También se hurga en los botes de basura, casi todo el día, para encontrar residuos reciclables, comida para el autoconsumo o algo que se considere de valor.

Lo que juntan lo van depositando en bolsas pequeñas, costales medianos o cajas de madera (de verduras) que sostienen con mecapal o en rebozos sobre sus cabezas. Una vez que juntan los residuos se los llevan a sus

casas o a los centros de reciclaje, según lo obtenido. Esta forma tiene la característica de la oportunidad por la rapidez con la que obtienen los recursos en las esquinas antes de que pase el camión recolector.

De manera silenciosa, mujeres y niños se acercan al cúmulo de bolsas o botes de recolección; desde su práctica y conocimiento para reciclar observan cuidadosamente y actúan en el momento en que identifican algún objeto de valor o útil para el autoconsumo. Luego de tomar lo que les interesa se desplazan apresuradamente a la siguiente esquina, a veces hasta corriendo. Es un trabajo que requiere habilidades físicas para trasladarse de un lado a otro en poco tiempo.

Entre los adultos mayores que participan en este tipo de pepena se encuentra don Marcelo, quien montado en su bicicleta busca latas en las esquinas. Cuando se encuentra a mujeres o niños pepenando les pregunta qué recuperaron. En una ocasión presenciamos cómo le compró a un niño pepenador unos zapatos viejos (que encontró en una bolsa de basura en una esquina) por 10 pesos.

La pepena urbana en las esquinas es socialmente rechazada y reprendida públicamente por la ciudadanía. De los discursos y prácticas racistas que surgen sobre esta actividad resalta que lo sucio y la identidad indígena son utilizados como sinónimos: "Ellas rompen las bolsas para comer, igual que los chuchos [perros]".[72]

La pepena urbana también la realizan menores de edad. A diferencia de los adultos, los niños y niñas son obligados por sus familiares a recolectar cualquier cosa, actividad que realizan sin comer y en esas condiciones trasladan cargas muy pesadas (ya sea en diablitos o bolsas) hacia el Tívoli.

Tanto niños como niñas tienen las mismas condiciones de trabajo que los adultos, es decir, cubren los mismos horarios y rutas y cargan el mismo peso; sin embargo, no reciben la misma remuneración. Su dinámica particular se desarrolla entre dos espacios de socialización: el trabajo y el juego.

[72] Este fue un comentario emitido por una vecina del barrio Santa Lucía tras sorprender a una mujer indígena hurgando entre la basura. El comentario se dio a razón de que la mujer rescató una bolsa de comida en buen estado.

La mayor parte del tiempo trabajan solos y reciben toda clase de abusos. Su ingreso es el más raquítico, pues pueden recibir y cargar dos bolsas que dupliquen su peso y estatura por una supuesta cooperación voluntaria equivalente a aproximadamente tres pesos, cantidad que les es proporcionada por algún comercio.

Hay niños pepenadores de entre ocho y once años, unos trabajan con diablito y otros sin esa herramienta. Hacen el trayecto por las rutas que sus madres trazaron. Otros en edades de entre cinco y siete años se encuentran en condición de calle y pepenan comida de los comercios céntricos y locales del mercado.

Foto 10. Niños pepenan residuos de las esquinas del barrio Santa Lucía

Foto: Archivo fotográfico de la autora.

Otros niños se definen como descargadores de basura y se sitúan en las afueras del Tívoli. Cuando llegan autos particulares para tirar basura, los niños prestan su servicio tomando las bolsas y aventándolas al camión recolector.

Foto 11. Mujeres indígenas realizando pepena urbana en esquinas del centro histórico

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Las niñas recolectoras, en cambio, tienen muy pocas rutas y de corta duración. Aunque son vigiladas por sus madres y padres, son víctimas constantes de hostigamiento y acoso sexual. Paola, una niña indígena de 12 años, narró que un hombre extranjero la hostigó en varias ocasiones y la invitó a su casa con el pretexto de regalarle objetos y juguetes. Cuando se enfrenta este tipo de violencia se emite una alerta entre las niñas y sus madres, y procuran salir acompañadas de familiares.

Los trayectos[73] que realizan las mujeres son largos y extenuantes por las características de la infraestructura urbana: calles empedradas y muy empinadas. Las mujeres que utilizan diablito, por ejemplo, enfrentan el

[73] Se realizaron recorridos de campo para conocer las rutas de la pepena urbana. Fue muy difícil para mí registrar las rutas de los varones; no me permitieron acompañarlos porque me explicaron que la ruta era rápida.

constante acoso de los automovilistas porque las calles son muy estrechas y suelen dificultar el tránsito. Mientras van pepenando en esquinas y recolectando en comercios o domicilios, también ocupan algunos minutos para descansar.

> *Mary:* Si yo tuviera un trabajo no sería como éste. No dejarían descansar [...] aquí yo digo cuándo descanso y a qué horas le sigo. No hay patrón.

En sus descansos toman para comer algo del dinero obtenido por la pepena.[74] Las madres aprovechan sólo unos minutos para amamantar a sus bebés y permiten que sus hijos e hijas más grandes se distraigan con los juguetes que les obsequiaron o encontraron en el camino. Las mujeres que sólo hurgan en bolsas en las esquinas tienen un ritmo ininterrumpido que no les permite descansar. Van a contrarreloj porque una vez que pase el camión recolector habrán perdido toda posibilidad de pepenar algo.

Personalmente realicé algunas rutas con las mujeres pepenadoras y observé que los trabajadores de los restaurantes adonde fuimos a pedir basura nos regalaron comida, la mayoría a punto de echarse a perder; por ejemplo, en una ocasión nos regalaron pan dulce duro para desayunar. Las pepenadoras muestran gratitud aun cuando los alimentos sean incomibles.

En los domicilios suelen regalarles ropa, zapatos y juguetes en buen estado o en desuso. Todo lo reciben. La subordinación de las mujeres indígenas ante sus clientes es parte del trabajo: consiste en tener la capacidad de soportarlo todo por necesidad, pero también como estrategia laboral.

La labor es más sencilla para los varones. Sus principales herramientas para realizar sus viajes de carga pesada son el triciclo y la carretilla de madera (hecha por ellos mismos). Sus rutas se componen de caminos planos y vías más rápidas hacia el mercado José Castillo Tielemans.

[74] Algunas mujeres acuden a puestos ambulantes para consumir tacos. En otras ocasiones prefieren consumir comida chatarra en tiendas de abarrotes (frituras, refrescos, galletas).

> *Daniel:* Al Tívoli doy como tres vueltas diarias y después de ir al Tívoli regreso otra vez. Porque abren a la una y empiezan a abrir los restaurantes y salen mis marchantes. Mi papá me enseñó, casi no viene ya porque está enfermito, cargaba mucho pue',[75] está medio torcido, pero ahorita ya está sobado y ya está recuperado.

El trayecto de la pepena urbana en San Cristóbal, aunque se desarrolla en una escala local pequeña en comparación con las grandes ciudades, está lleno de dificultades. En las pláticas con jóvenes madres observé que la mayoría han vivido la dura experiencia de extraviar a sus hijos mientras trabajan o de que se hayan accidentado; en otros casos, sus hijos más pequeños fueron atendidos de emergencia por alguna enfermedad que se agudizó por las condiciones precarias e insalubres del trabajo.

El pago voluntario como retribución y el destino de los ingresos

De la pepena urbana se obtiene un ingreso por cooperación voluntaria que lo determina quien tira la basura. Tanto hombres como mujeres que prestan el servicio de recolección por cuenta propia obtienen un ingreso raquítico; sin embargo, las mujeres ganan mucho menos que los varones.[76] La diferencia en el ingreso se da por varias razones, y se debe en parte a la condición de género y de edad, y en parte a las estrategias que desarrollan para acceder a los recursos.

La mayoría de las mujeres madres y jóvenes se ven limitadas por el trabajo y el cuidado de sus hijos, porque los llevan consigo durante la jornada.

---

[75] Se refiere a que su padre fue cargador de mercado por muchos años. Debido a ello fue rechazado innumerables veces en distintos trabajos, por lo que decidió recoger basura. Lo mismo sucedió con sus hijos; por ello, el padre invitó a su hijo (con el mismo problema) a trabajar en la basura. Ambos, aunque son familiares, trabajan de manera independiente.

[76] A excepción de una mujer que afirmó que gana más recursos creando una red familiar de sobrevivencia. Mencionó que se apoya de cuatro de sus hijos e hijas para trabajar. Gana un aproximado de 150 a 350 pesos diarios, incluyendo lo que le dan sus hijos por la recolección. Además posee el mayor número de rutas y clientes, por lo que ha establecido un control de los espacios.

Las mujeres adultas obtienen menos recursos económicos debido a limitaciones físicas causadas por las múltiples enfermedades que padecen (diabetes, hipertensión, enfermedades de la vista, artritis, entre otras).

Para los hombres, sobre todo los jóvenes, es fácil tener más ingresos porque sus herramientas de trabajo (carretillas más grandes o triciclos) tienen mayor capacidad. Su práctica laboral la realizan solos. Entonces, ganan mucho más en menos tiempo y con menor esfuerzo. Las mujeres perciben muy poco dinero aunque su esfuerzo es mayor y sus jornadas más largas.

Según los datos que arrojó una encuesta aleatoria, se identificó que las mujeres que se ubican en el centro histórico como pepenadoras que prestan un servicio de recolección y traslado al Tívoli obtienen un ingreso de entre 80 y 130 pesos diarios. Las menores de edad pueden ganar entre 30 y 50 pesos diarios (el recurso que ganan es para entregárselo a sus madres). Las mujeres adultas mayores pepenadoras obtienen entre 20 y 50 pesos diarios fruto de la cooperación voluntaria que reciben por recoger latas y por los residuos que venden en los negocios de reciclaje.

Las mujeres indígenas monolingües pueden ganar hasta 20 pesos diarios por recoger el desperdicio de los mercados. En los recorridos de campo se observó que los hombres cargan más bolsas que las mujeres, además de que ofrecen otros servicios como hacer "mandados", lo que les ayuda a que la cooperación que reciben sea más elevada.

Los jóvenes recolectores ganan entre 200 y 350 pesos diarios, mientras que los adultos mayores ganan entre 40 y 60 pesos por jornada.

> *Daniel*: Lo que gano, le doy un poco a mi mamá y un poco a mí. Date cuenta que si gano doscientos, le doy cien.
>
> *Xun*: Lo que gano me lo gasto, y me lo gasto en mujer [en su pareja]. Yo doy doscientos por mi cuarto al mes. Y lo saco de peón, ahora estoy en la basura porque no hay paga.

Los niños obtienen una cooperación mínima que va desde tres hasta cuarenta pesos al día, que posteriormente entregan a sus madres. La cooperación pueden obtenerla en algún comercio o por descargar la basura en el área del estacionamiento en el centro de transferencia del Tívoli.

Además de estos ingresos, tienen la posibilidad de ganar un poco más por la venta de residuos reciclables. La recolección de esos residuos en esquinas, domicilios, restaurantes y comercios es lenta. Exige una labor minuciosa; tardan veinte días en reunir las cantidades requeridas por los comercios de reciclaje ubicados en los mercados, los intercambian con camioneteros que transitan por la ciudad o los ofrecen a los trabajadores de limpia del municipio sancristobalense.

En las encuestas aplicadas para obtener datos sobre la cantidad de residuos que reúnen para la compra-venta resultó que los varones juntan más PET que las mujeres, entre dos y quince kilos por semana. Las mujeres juntan entre dos y diez kilos cada quince días.

Los varones obtienen más plástico que las mujeres. Mientras que ellos juntan entre uno y quince kilos de plástico cada tres días, ellas recogen entre cuatro y cinco kilos por semana. Los varones reúnen más latas de aluminio que las mujeres: mientras que ellos juntan entre uno y catorce kilos semanales, las mujeres recuperan entre uno y tres. Los varones también recogen fierro: de uno a diez kilos cada quincena mientras las mujeres recuperan entre uno y seis kilos al mes.

Las mujeres reúnen hasta diez kilos de ropa a la semana, mientras los hombres recuperan hasta ocho kilos cada quincena. Los varones recuperan hasta siete kilos de cobre cada quince días, mientras que las mujeres recolectan hasta dos kilos cada veinte días.

Los negocios de reciclaje o centros de acopio en sus diversos rubros determinan el precio de compra de los residuos para las personas que trabajan en la pepena urbana; subrayamos que existe una diferencia de salarios por condición de género. Los pagos son diferenciados según el sexo del vendedor; la cantidad que pagan por kilo de PET, por ejemplo, es para las mujeres de entre uno cincuenta y diez pesos, mientras que para los varones les pagan entre tres y doce pesos. A las mujeres les pagan cincuenta centavos por kilo de plástico, mientras que a los hombres les dan entre uno y dos pesos; por las latas pagan de ocho a diez pesos por kilo a las mujeres y de diez a diecisiete pesos por kilo a los hombres. Lo que pagan por el fierro a las mujeres es entre uno cincuenta y siete pesos por kilo, mientras que los hombres obtienen entre siete y cuarenta pesos por kilo.

En cuanto a la venta de ropa, los locales ubicados en los mercados les ofrecen a las mujeres entre dos y cuatro pesos por kilo, o bien quince pesos por bolsa de ropa. Los varones obtienen de diez a quince pesos por bolsa o cinco pesos por pieza.

El cobre es el recurso más buscado y mejor pagado en el medio del reciclaje. A las mujeres les pagan desde ocho hasta cincuenta pesos por kilo, mientras que los varones reciben cantidades muy variadas, desde diez hasta ochenta pesos. Las mujeres recuperan muy poco cobre al mes, mientras que los hombres es lo que más venden diariamente.

Estos datos sobre los ingresos que obtienen por la venta de los recursos que recuperan ofrece un panorama del mercado del reciclaje, del flujo de mercancías en la ciudad y de cómo se interconecta el género con las relaciones de jerarquización/subordinación.

Pese a lo poco que ganan con la basura, las mujeres y los hombres pepenadores tienen que cubrir una larga lista de gastos, especialmente las mujeres, que invierten sus ingresos en lo elemental para su sobrevivencia, principalmente en alimentar a su familia.

La mayoría de las mujeres pepenadoras indígenas rentan un "cuarto", un espacio donde viven hacinadas entre cinco a diez personas en las periferias de la ciudad.

El gasto que ellos y ellas realizan para el pago de la renta de un cuarto varía entre 250 y 1000 pesos mensuales, costo que se debe a la dinámica turística urbana, que ha llegado hasta esos espacios de alta marginalidad.

Algunos varones rentan un cuarto compartido, otros viven en cuartos prestados donde no pagan renta. En el transcurso de esta investigación identificamos a un menor de once años que se resguarda en los cajeros automáticos del centro histórico de la ciudad.

A diferencia de los hombres, las mujeres madres solteras o casadas, de lo que ganan pagan todos los servicios básicos, entre ellos agua y luz. Los gastos bimensuales por tales conceptos varían desde treinta hasta quinientos pesos.

Las mujeres recolectoras casadas o en unión libre invierten sus ingresos en la escuela de sus hijos, en especial en la compra de útiles escolares, uniformes o cooperaciones. Los gastos oscilan entre sesenta y cien pesos por

semana. Mary, que coincide con muchas otras mujeres, utiliza su dinero principalmente para la comida y la escuela de sus hijos, y proporciona una cooperación para pagar las deudas (con intereses) de su marido. Lo que invierten en alimentos varía entre cien y cuatrocientos pesos a la semana. En cambio, algunos hombres pepenadores dan "gasto" a sus esposas desde cincuenta hasta quinientos pesos cada mes para la despensa.

> *Mary:* Lo que hago con el dinero lo gasto en mi comida. Yo soy responsable de darles de comer a mis hijos y les doy para los gastos de la escuela. En eso gasto. Además yo le ayudo al gasto [a su esposo], él no me está entregando nada por eso estoy trabajando para pagar la deuda, diez mil sacamos pero con interés, me cobran el diez por ciento. Pagamos doble ya, si no lo pagas vas perdiendo.

Las mujeres, después de su jornada, se detienen en un espacio para contar el dinero que obtuvieron. Cuando hacen las cuentas se dirigen al mercado José Castillo Tielemans para comprar lo que alcance. A veces gastan entre cincuenta y ochenta pesos diarios, dependiendo de la cantidad de familiares que vayan a comer. Las mujeres que tienen familias extensas son las que invierten más.

Las mujeres compran verduras, frutas, huevos y en ocasiones carne, si les alcanza. Hacen cálculos para saber con precisión las cantidades que van a consumir sus familiares. Para ellas es importante comprar alimentos que rindan para dos días porque no tienen tiempo de cocinar a diario. Para otras esto no es útil porque la comida se consume antes. En palabras de doña Mary, "no puedo negarle doble plato a mis hijos". Para las mujeres es muy importante la pepena urbana porque les permite obtener lo indispensable. Recibir comida en buen estado es uno de sus grandes alivios. Algunas mujeres que no se dedican al servicio de recolección sobreviven de los desperdicios que encuentran.

> *Aury:* Después del Tívoli voy al mercado a comprar mi comida, la que me voy a comer. A veces compro pollo, verduras, chícharos, quesillo, algunas frutas como papaya, melón, sandía, jocotes. Yo hago la

> comida; si traigo pollo, hago pollo en caldo o, si no, así frito. Eso me lo enseñó a hacer mi hermana Reyna, ella me enseñó a cocinar [...] Yo hago para nueve personas por un kilo de pollo. Una pieza le toca a cada uno [...] se acaba.

Las mujeres casi no gastan dinero en ropa o zapatos[77] porque en su trabajo reciben vestimenta que la ciudadanía considera "en buen estado". Si les gustan algunas prendas se las quedan, y si no, las venden. El monto aproximado de lo que gastan a la semana en "vestido" es de entre cien y ciento cincuenta pesos.

La mayoría de quienes integran este sector informal de la basura, invierte en consultas al médico y en medicinas. Los gastos están por encima de lo que pueden cubrir, dado que por su cuenta pagan desde ochenta hasta mil pesos. Es importante resaltar que las mujeres y sus hijos son los que asisten con mayor frecuencia a los consultorios médicos de Farmacias Similares, por las mismas condiciones del trabajo que desarrollan.

Por otro lado, las mujeres son las que invierten más en servicios de transporte, desde treinta hasta doscientos pesos por semana, porque viajan a sus comunidades de origen para visitar a sus familiares, y también gastan en el traslado de su mercancía hasta las instalaciones de los negocios de reciclaje.

Más del 60 por ciento de las mujeres encuestadas tienen deudas que están en proceso de pago. El trabajo en la basura les ayuda a saldar adeudos que oscilan entre mil y diez mil pesos. Han solicitado préstamos para pagar rentas, medicamentos, despensas, pantallas, modulares y celulares. Además del adeudo, las empresas prestamistas y particulares[78] les cobran entre cinco y diez por ciento de intereses. Cuando no pueden cubrir la cantidad, piden fiado a las tiendas de abarrotes, a sus clientes, a sus vecinos y a sus familiares.

---

[77] Según entrevistas a mujeres jóvenes, ellas sí invierten, aunque en raras ocasiones, en ropa y zapatos nuevos que compran en puestos del mercado municipal.

[78] Electra, Credimax, Compartamos Banco.

Aparte de las dobles o triples jornadas en el trabajo de la recolección informal, de vez en cuando algunas mujeres buscan otros empleos extras para complementar sus ingresos.[79] En trabajo de campo conocimos el caso de dos mujeres indígenas mayores que venden abono y tierra para las plantas; el caso de una mujer indígena adulta que es artesana y vende blusas bordadas a las comerciantes ambulantes y una mujer coleta que, aparte de pepenar latas en las esquinas, pide dinero a los transeúntes en los andadores principales.

Algunas pepenadoras trabajan como empleadas en tiendas de abarrotes los fines de semana (sábado o domingo, con una jornada de dos a tres horas por las tardes), y otras realizan labores como empleadas domésticas (especialmente para lavar ropa) en las casas de "sus clientas" (las que les dan la basura).

Tanto hombres como mujeres invierten en sus herramientas de trabajo, que van renovando o cambiando. Invierten en costales o bolsas de plástico (sostenidas con mecapal), triciclos de cuatro llantas y carretas. Aunque más de la mitad compró herramientas nuevas, el resto las pidió prestadas o se las regalaron; los recolectores con carretas de madera las fabricaron ellos mismos. Los precios de las herramientas (tanto triciclos como "diablitos", nuevos o usados) oscilan entre los cien y los mil quinientos pesos.

A manera de conclusión de este apartado, el Sistema de Recolección de la Basura en San Cristóbal como lo conocemos actualmente se conformó tras la aparición tardía de los servicios públicos como política social. El modelo de este sistema conserva un orden vertical y jerárquico, pero la dinámica se da, como se mencionó, entre varios sectores (social, público, comercios y privado) que se interrelacionan de manera desigual, utilitaria y de permanente competencia.

[79] También algunos recolectores hombres tienen trabajos extra, especialmente los jóvenes y los adultos indígenas. Dos recolectores jóvenes trabajan como repartidores de tortilla (los fines de semana); un adulto mayor indígena es peón barredero (de base) en el ayuntamiento de San Cristóbal y trabaja en sus días de descanso en la recolección informal (dos días, ocho horas diarias). Otro adulto mayor indígena vende queso y fruta en el mercado.

Los sectores que forman parte de este sistema no poseen la misma infraestructura ni capital económico y social para su reproducción. Cada sector tiene sus propias formas de funcionamiento establecidas bajo el mismo orden de relaciones de dominación/subordinación/explotación. Aunque la dinámica local esté desfasada de otros procesos más amplios, los sectores mencionados participan de manera indirecta en toda la dinámica del mercado de reciclaje a nivel global.

Desde el sector público se contrata mano de obra barata con características específicas: indígenas bilingües o monolingües en condición de pobreza e inmigrantes de irregular permanencia en la ciudad. Tampoco son requeridos niveles de escolaridad ni documentación que los acredite y no es necesario que sepan leer ni escribir. La condición de vulnerabilidad es suficiente; por ello, se integra a madres solteras, adultas viudas o jóvenes con problemas de violencia social como drogadicción y alcoholismo. Para los indígenas y las indígenas, ser parte de la estructura pública les da un estatus y les genera procesos de integración a la dinámica urbana. Aunque la estructura del sistema es flexible y ofrece condiciones laborales precarias, bajos salarios, algunas prestaciones de ley y nulos derechos colectivos, la población indígena que ocupa puestos en el servicio público tiene por ello una esperanza de permanencia en la ciudad.

El sistema público de recolección de basura está representado por la élite política sancristobalense, que se basa en el clientelismo como una estrategia para resolver problemas públicos, especialmente el problema de la basura.

En términos de Auyero (1997), el clientelismo es una tendencia que se presenta como relación de intercambio no sólo, sino de dominación, de la que participan ciertos individuos (los patrones) que prestan determinados servicios, bienes o favores a otros (clientes), que los retribuyen con fidelidad, asistencia, servicios personales, prestigio o apoyo político o electoral. Las relaciones de dominación e intercambio son casi "naturales", Auyero lo define como "*habitus* clientelar" que mantiene una gran fuerza política para corromperse; es decir, esta institución es una figura que permite, aunque ilegalmente, saltar las instancias jurídicas establecidas para resolver problemas de gestión pública.

Por otro lado, el sector comercial requiere de relaciones políticas y de negociación con el sector público y el informal para especular con residuos (ya sea mediante centros de acopio, camionetas de reciclaje ambulantes o pepenadores urbanos).

Tanto el sector público como el comercial se subordinan frente al sector trasnacional del mercado del reciclaje; es decir, el ayuntamiento es el proveedor de mano de obra y las comercializadoras de reciclaje fungen como intermediarios para que la industria recicladora obtenga el mayor número de beneficios. Este entramado de relaciones es una expresión de la etapa neoliberal del capitalismo (Vázquez, 2009).

Aunque en San Cristóbal de Las Casas este modelo de privatización no ha alcanzado su plenitud, el sector privado participa de una forma parcial y temporal con el único interés de especular con la basura a muy bajo costo. El mercado de reciclaje a nivel global se alimenta de políticas públicas incipientes en contextos periféricos de gestión de residuos para la acumulación de recursos. En primera instancia, ésta es una crisis de valorización que entraña una espiral de sobreacumulación, la caída de la tasa de ganancia y la ruptura de las dinámicas de acumulación.

> La acumulación mundial centralizada (llamada de otra forma como globalización neoliberal), comandada por el capital transnacional y basada en la explotación del trabajo barato, devastación ambiental y financierización muestra sus verdaderos límites. Empero, el gran capital pretende restaurar el proceso de concentración de poder, riqueza y conocimiento, sin importar que la vida humana y el metabolismo social estén amenazados de múltiples formas (Márquez, 2010: 2).

La última capa de la pirámide está representada por el sector social laboral compuesto por mujeres y hombres indígenas que están fuera de la relación salarial. Su informalidad no implica una total independencia o autonomía del capital. Aunque su despliegue particular no responda a dictados específicos del capital, su fuerza de trabajo es consumida por afuera. El capitalismo puede ejercer control y apropiarse de excedentes operando

a distancia. Esta subordinación indirecta le asigna una lógica particular de funcionamiento, que está medida por la presencia de agentes intermediarios. La mano de obra indígena sobrexplotada no sólo se utiliza para la recuperación de los recursos reciclables o para su utilización en la solución del problema de recolección de basura, es también una pieza clave de la acumulación del capital.

Por otro lado, el desarrollo del trabajo informal en recolección con la basura en San Cristóbal tiene rasgos específicos que están relacionados no sólo con la falta de oportunidades en el ámbito urbano, sino con las experiencias de vida, lo que da lugar a una mayor precariedad laboral y a un reforzamiento de la pobreza y marginalidad de los pepenadores indígenas.

Un rasgo específico en su labor es la individuación, pero no vista como la capacidad de libertad que tienen estas personas para controlar sus vidas, situaciones y concepciones de su historia individual para ser reconocidos como protagonistas de su propia historia (Touraine, 1998, en Pleyers, 2006), sino como un proceso individualista de trabajo asumido mediante una falsa independencia, sin tener figuras de autoridad, jefes o patrones. Esta característica en el trabajo de la basura es un mecanismo de sobrevivencia y se debe a la concepción que tienen de sí mismas las personas involucradas, así como de su posición étnica, de clase y género en el espacio urbano sancristobalense.

CAPÍTULO 4

La violencia de la marginalidad: de campesinas a pepenadoras de basura

No señor, no tuve escuela; me crié entre los basureros.
¿Mis padres? Nunca los conocí, ni conocí a mis abuelos,
mi cama fue la basura y mis amigos los perros;
allí aprendí a defenderme, allí mis años crecieron.
Robé pan para mis hijos [extracto], del poeta mexicano
Fidencio Escamilla Cervantes (1951)

El contexto de violencia estructural

Como explicó Olivera (2004), desde la crisis global del capitalismo se propició el resurgimiento del neoliberalismo como fuerza ideológica y política. La adopción de esta corriente en el mundo influyó de manera significativa en la aplicación de políticas de ajuste económico y estabilización de corte neoliberal como vía de salida a la crisis:

> El ideal neoliberal encontró en nuestro país (México) un terreno abandonado para la interpretación particular y sesgada de la experiencia tenida con el anterior modelo de desarrollo. El proyecto neoliberal reclamó para sí la condición exclusiva de portador de la modernidad, del progreso técnico y de la eficiencia enarbolando la idea de que el crecimiento de la economía es la única fuente

> potencial de mejoramiento generalizado de las condiciones de vida, por lo que esta nueva fase debe sustentarse en un rápido desarrollo de las exportaciones y en una creciente integración a la economía mundial (Olivera, 2004: 106).

La autora dice que, aunque el proceso de instrumentación del modelo neoliberal ha tenido varias fases,[80] la historia de Chiapas está ligada a la marginación, la pobreza, la escasez de tierras y la represión gubernamental por controlar las rebeliones. Desde la década de los ochenta del siglo XX hasta la actualidad se agudizaron los conflictos, levantamientos y desplazamientos por todo el estado:

> Los cambios en la estructura productiva se tradujeron, para la población de Los Altos [...] en mayores tasas de subempleo y en contratación de los flujos tradicionales de migración hacia las regiones cafetaleras de la Sierra y el Soconusco [...] Para este periodo, ya era significativo el abandono de parcelas por parte de los productores que emigran en busca de empleo en el país y en Estados Unidos (Olivera, 2004b: 119).

Los niveles de ingreso de las familias chiapanecas se redujeron dramáticamente, además de que el crecimiento demográfico y el progreso regresivo en la distribución de la riqueza deterioraron aún más las condiciones de vida de amplios sectores de la población de Chiapas. Las modificaciones al artículo 27 constitucional posibilitaron la reorganización y concentración de la propiedad de la tierra, a fin de atraer inversiones privadas que impulsaran actividades comerciales. La venta de tierras obligó a concentrar a la población en los centros urbanos o en las ciudades de tamaño mediano, ubicando la mano de obra en los lugares en que las nuevas empresas y políticas sociales la requerían.

[80] En los últimos seis sexenios, desde Miguel de la Madrid (1982) hasta Enrique Peña Nieto (2012).

> El cambio también repercutió en las mujeres en tanto que la parcelación, con un criterio sexista, convierte en propietarios a los hombres y a las mujeres sólo cuando son viudas y no tienen hijos mayores. Con esto las mujeres y los hijos teóricamente al igual que el hombre se proletarizan cuando venden la tierra, pero en la práctica pasan a engrosar una masa de campesinos sin tierra que han migrado a las ciudades, en donde no cuentan con redes de apoyo, y en el mejor de los casos, se incorporan al trabajo informal (Olivera, 2004: 121).

La violencia estructural del sistema repercutió en una elevación significativa de la violencia social que afectó enormemente a las mujeres. El neoliberalismo ha desestructurado la producción y la vida campesina de Chiapas, específicamente en la región Altos. Dentro de esta dinámica con múltiples complicaciones se da un proceso de migración a San Cristóbal, que a veces se presenta como conflicto religioso; la salida de indígenas de sus comunidades de origen es alarmante y permanente.

Las olas migratorias a la ciudad, que se dieron en distintas etapas, siguieron siendo colectivas. En cambio, actualmente se viven migraciones individuales, tanto de mujeres como de varones, por lo que están mucho más desprotegidos. Migran por la crisis en el campo como efecto de un proceso de destrucción de todos los colectivos, de desintegración familiar, de aumento de la violencia, de penetración de formas ilícitas del mercado y de endeudamientos.

Si bien estos cambios abrieron algunos espacios laborales y mejoraron relativamente la situación económica de algunas mujeres, no cambiaron significativamente su posición subordinada de género, y colocaron a la mayoría en una situación más vulnerable, pues además del encarecimiento de la vida se vive un permanente empobrecimiento (Olivera, 2004).

La vida campesina

Las pepenadoras de San Cristóbal, como ya mencionamos, son en su mayoría mujeres tsotsiles y tseltales pobres, provenientes de distintas

comunidades de la región Altos.[81] Tienen distintas edades, son madres solteras o casadas, algunas viven en unión libre, otras son viudas; excampesinas, inmigrantes, desplazadas con traumas de violencia. Actualmente experimentan un proceso de integración urbana en el que se enfrentan a nuevas desigualdades que ponen a prueba su identidad cultural y que complejizan su condición como mujeres excluidas y como trabajadoras de la basura.

Su proceso de inserción a la ciudad fue difícil, pues no sólo vivieron una adaptación a un medio históricamente desigual, discriminatorio y racista, sino que tuvieron que sortear condiciones sociales, culturales y económicas en un sentido práctico, desde buscar un lugar dónde vivir y defender sus derechos en un contexto que no es el propio y donde no se habla su lengua materna, además de conseguir un trabajo que les permitiera la sobrevivencia de sus familias, en este caso, insertarse en el sector informal de la basura, actividad histórica que por siglos ha sido impuesta a la población indígena de San Cristóbal de Las Casas por su condición étnica.

La historia de las mujeres indígenas pepenadoras parte de la vida campesina.[82] Desde su infancia en situación de pobreza realizaron múltiples jornadas dentro y fuera de sus hogares. Ellas desempeñaban un papel activo en sus comunidades. Frente a sus familias fueron obedientes y dependientes, pero también responsables del cuidado que, como explica Olivera (2008), se considera parte de la cultura, como algo natural, y en el caso de las indígenas como parte insustituible de su identidad étnica y su condición campesina.

Aurora, una joven pepenadora que vivió su infancia en Rancho Nuevo Buena Vista, localidad del municipio de Huixtán, intentó hacer remembranza de su infancia: ayudaba a su mamá en las tareas de su casa, cuidaba a sus hermanos, sembraba en la milpa y quizá alguna vez jugaba. Recordó

[81] Es importante mencionar que existe una minoría de mujeres pobres sancristobalenses, sobre todo mujeres adultas y viudas, que se dedican a la pepena urbana.

[82] Para conocer sus historias se realizaron diez entrevistas a profundidad a mujeres recolectoras de distintas edades y generaciones. El principal objetivo fue conocer sus trayectorias laborales y la razón por la que migraron a la ciudad de San Cristóbal.

que tenía pocas amigas y nunca había ido a la escuela. La crisis impactó en la vida comunitaria de familias enteras y las consecuencias fueron para las mujeres:

> *Aurora:* En Huixtán [Rancho Nuevo Buenavista] me acuerdo que me levantaba bien temprano a ayudarle a mi mamá a sembrar chile, café, cochi […] teníamos ganado, perros, gatos, caballos, todo lo vendió mi papá. Mi papá era muy diferente […] luego nos pegaba, le pegaba a mi mamá […] Yo me levantaba temprano pa' limpiar la casa. De ahí me iba a trabajar, cosechaba, allá pue' sembramos duraznos, ciruela, sembramos todo ahí. A los seis años empecé, me enseñaron mis abuelitas. En la casa yo lavaba pue', plato, ropa, en mi casa no había agua, siempre íbamos a lavar hasta una laguna, como cinco horas. Mis papas vendían con mi abuelita, vendíamos maíz, nosotros tenemos cuatro hectáreas de terreno, ahí sembrábamos maíz bueno, éramos los únicos que vendíamos maíz. Siempre llegaban a comprar maíz, por cuartilla, de esas cubetas grande le daban cuarenta a mi papá, vendía bien. La mitad mi papa la vendió y la otra mitad la guardó para nosotros.

María nos compartió una experiencia similar a la de Aurora, en relación con las múltiples jornadas que realizaba, lo que para ella son recuerdos de dolor y sufrimiento. Vivió una constante presión directamente de sus familiares, especialmente de su padre y sus hermanos varones. Asimiló los trabajos pesados como parte de su condición de género. Todo ello, en términos de Lagarde (1996), son características sociales, corporales y subjetivas que definen a las mujeres de manera real y simbólica, de acuerdo con lo vivido.

La joven cumplió los roles que aprendió de sus figuras maternas (madre y abuela). Desde pequeña aprendió a cuidar a sus hermanos más chicos y tuvo muy pocas posibilidades de asistir a la escuela. Cuando logró incorporarse al ámbito educativo, decidió abandonar sus estudios para trabajar y ayudar a su familia.

La mayoría de las mujeres relatan que sus espacios de socialización se desarrollaron en la milpa, donde sembraban y cosechaban maíz, verduras y legumbres; iban al pozo para acarrear diariamente agua potable para beber y bañarse; se dedicaron a cortar leña, trasladarla, venderla y usarla para preparar los alimentos; acudían al molino y en otros casos, desde su casa, ayudaban a tortear la masa y preparar pozol; también acudían al río donde lavaban ropa. Mediante los saberes de sus madres y abuelas aprendieron a bordar sus propias ropas, aunque ninguna se dedicó al comercio de bordados y textiles porque no tuvieron los recursos económicos ni el tiempo para invertir en ello. En el desarrollo de dichas actividades transitó la vida cotidiana de estas mujeres.

> *María:* En mi comunidad era trabajar, es antes de las siete de la mañana. Yo me quedaba a hacer la comida, ya después como a las ocho y media me iba a la milpa, hacía las tortillas y ya terminando pues ya vamos a trabajar y ya después de ahí terminando de trabajar, pues hay que cargar leña, hacer la comida y todavía teníamos que ir a viajar por agua, teníamos que caminar para ir a traer el agua. Ahí [en la comunidad] hay más sufrimiento, da dolor porque teníamos que moler pozolito, a moler la masa [...] Nosotros teníamos un caballo y ahí había que cargar; si no tenemos caballo teníamos que cargar una garrafa en la cabeza.

Además de las múltiples jornadas, ellas buscaron otras alternativas para complementar la manutención de sus familias. La experiencia de los pepenadores hombres es muy distinta. Recordaron haber tenido un trabajo remunerado como peones, es decir, como cargadores, trabajadores o ayudantes de la construcción, además de optar por la migración a otros estados del sur de México con perfil turístico e industrial, y en ocasiones hacia Estados Unidos.

Las mujeres, en cambio, especialmente las jóvenes, recordaron no haber tenido la oportunidad de salir de casa por decisión propia. Muy pocas pudieron acceder a trabajos como empleadas domésticas, cocineras

o nanas (porque ese era el referente y las únicas opciones de vida), y algunas lo pudieron lograr gracias al consentimiento de sus padres, hermanos o parejas, siempre y cuando su retribución económica se sumara de manera íntegra al gasto familiar. Obtuvieron otros trabajos fuera de sus localidades pero en las cabeceras de sus municipios.

Ninguna tuvo una buena experiencia de trabajo debido a abusos, malos tratos y pagos injustos de sus patrones. De igual forma, vivieron la discriminación por ser madres; las rechazaron en repetidas ocasiones con sus hijos en brazos. Sólo una mujer recordó haber migrado a Playa del Carmen para trabajar en un restaurante como mesera, y en cuanto recibió su salario regresó.

> *Aurora:* Cuando ya estaban mal las cosas en el rancho, yo me fui a trabajar seis meses en un restaurante. Le pedí permiso a mi papá. Él me dejó y me aceptaron porque yo estaba estudiando y querían a alguien que supiera leer y escribir [...] trabajé ahí pero nunca me pagó la señora. No me pagó nada [...] luego me dijeron que iba yo a cuidar bebé, me mandaron a trabajar en restaurante como mesera, en El Marchante [restaurante ubicado en la cabecera municipal de Huixtán], cuando no me pagó, salí, le cobré y nunca me pagó, me iba a dar seiscientos pesos quincenales [...] Yo ya debía dinero.
>
> *María:* Le pedí a mi papá permiso para trabajar en una tienda de abarrotes [...] luego no me gustó porque no me pagaban y me metí "de quedada" [empleada doméstica]. Luego me casé y ya no trabajé porque él [marido] no me dejó. Luego conocí a mi suegra y ella me enseñó a hacer ollas de barro, yo las vendía a cuatrocientos pesos, me iba muy bien. Las vendía casa por casa, con mi suegra [...]. Dejé eso [la alfarería] porque ya se escuchaba "la guerra" y mejor regresé a mi casa [...]. Él [esposo] me obligaba a no salir, sólo me daba permiso de hacer comida para llevarles al chapoleo.
>
> *Esperanza:* Yo estaba estudiando, no trabajaba. Luego conocí al que ahora es mi esposo, él es de otra raza. Mis papás desde ese día ya no me ayudaron y mis hermanos me dijeron que me fuera a Playa

> del Carmen [...] y me fui a trabajar allá donde estaban ellos. Me metí a trabajar ahí, fue mi primer trabajo [...] en un restaurante ganaba mil quinientos a la semana, ahí pagaban bien. [...] Llegué a juntar diez mil pesos y le di a mis papás [...] luego mi novio ya no me dio permiso de estar en Playa del Carmen. Me regresé al rancho [...] luego me di cuenta que estaba embarazada.

Las mujeres recolectoras compartieron algunos aspectos de la violencia física ejercida por sus padres y esposos. La falta de trabajo, de recursos económicos, el ocaso de la producción campesina y el problema de alcoholismo fueron consecuencia de la desarticulación de su familia. Además enfrentaron el prejuicio de familiares y miembros de su comunidad por haber elegido a sus parejas de otro origen étnico. Dos mujeres coinciden en haber sido obligadas a casarse en contra de su voluntad, con hombres mayores y desconocidos.

> *Rosa:* Ellos me critican porque me casé con un tseltal, dicen que para casarnos es con la misma raza, deberían de buscar otro, dice, que no sea de lo mismo dice. [...] La familia de mi papá no nos quiso y nos corrió.

Aurora recuerda cómo la violencia que su padre ejerció sobre ella obligó a su madre a tomar la decisión de salir de la comunidad de Huixtán hacia San Cristóbal de Las Casas. Aurora todavía era una niña (en el momento de la entrevista tenía 16 años) y recuerda cómo su mamá le ordenó recoger sus pocas pertenencias para huir a un lugar desconocido para ellas.

> *Aurora:* Mi papá le echó en la cabeza una herramienta, mi mamá sangró mucho. Mi mamá dijo: salimos, dice. Ese día mi papá tenía una reunión y andaba bien borracho. Ese día me dijo: –para qué andas comprando uniforme, para qué vas a estudiar [...] no me dejaba estudiar [...] ya después mi papá le empezó "a dar", agarró machete, agarró cuchillo, nos corrió él, le jaló el cabello a mi mamá y yo la defendí, y él me dio una patada en el corazón, me desmayé por

> la patada, cuando me levanté mi mamá me dijo: –salimos, tráeme algunas ropas y ya [...] y mi mamá pues dijo, hay que buscar un trabajo.

Paola, joven recolectora, relató la vida de su madre, que fue obligada a casarse en contra de su voluntad por la manipulación y represión ejercidos por su padre. Paola contó que su madre, muy joven, decidió huir sola de su comunidad sin ningún apoyo familiar, y que pasó muchas dificultades para instalarse en la ciudad. Pasaron los años y ella no pudo desprenderse de la dinámica de violencia ejercida por la pareja que le impuso su familia. Su actual pareja la buscó hasta encontrarla y la obligó a "juntarse" por medio de amenazas, aunque no se casaron por la iglesia ni por las instancias civiles. Ahora, la familia de Paola está compuesta por nueve personas: cinco hermanas y dos hermanos.

> *Paola*: Mi mamá tuvo novio, llegó mi papá y vio que mi mamá tenía novio. Mi papá mató el novio a mi mamá. Mi mamá tuvo miedo, por eso se casó con mi papá. Por miedo. A mi papá lo mandaron a la cárcel, estuvo tres años. Ya después que se compuso mi papá, se fue a Cancún a trabajar, le mandaba dinero a mi mamá, yo estaba muy enferma, dice mi mamá que me iba a morir de pura calentura. Me decía mi mamá que no me querían.

En su testimonio, María también dice que la violencia fue recurrente en sus experiencias personales. En su adolescencia, además de hacer trabajos dentro y fuera del hogar, aprendió el oficio de alfarera de su abuela paterna, lo que le permitió salir para vender ollas de barro. En su proceso como alfarera conoció a su actual marido, mayor que ella y con problemas de alcoholismo. Su padre la obligó a casarse con él mediante amenazas. Ya casados, su esposo le prohibió trabajar. La violencia no cesó en la vida de María, por lo cual decidió huir con sus hijos a San Cristóbal de Las Casas. Como dato importante en los casos estudiados se vio cómo las mujeres indígenas violentadas han sido perseguidas por sus cónyuges, pero no obligadas a regresar a sus comunidades:

> *María:* […] A mí no me gustaba, yo sentía algo raro por él. Me dijo, te quieres casar conmigo a las buenas o a las malas. Así me amenazó. Y como era menor de edad, tuve miedo […] ¿Vas a casarte conmigo a las buenas o las malas? ¡Chingadamadre! Yo sí te rompo el hocico. Así me dijo […].
>
> *Mary:* Y me dijo, mira, chingadamadre, me dice, las pinches viejas así me hacen, no sé por qué, por qué me hacen así. Y tú me dijiste que te ibas a casar conmigo. Y yo le dije, yo no quiero tener problemas, y se enojó mucho. Y cuando lo vi que se enojó, le dije que sí me iba a casar con él. ¿Segura? Segura, le dije.
>
> *Rosa:* Cuando vivía en la comunidad yo ya lo tenía a él, ya tenía mi hijito a los catorce. Pero no tuve ningún pareja, nada. Es que… me violó mi papá. Por eso me salí de mi casa. […] Mi mamá sí me quiere, pero mi papá no. Siempre me maltrataron, me regañaban. Ya me siento mejor aquí [en San Cristóbal].

Los maridos de algunas mujeres pepenadoras llegaron a la ciudad años después que ellas. María narró que el reencuentro con su marido fue muy difícil; sin embargo, ella lo perdonó con la condición de que lo denunciaría y metería "a la cárcel" si volvía a agredirla físicamente. Otras mujeres prefirieron romper los lazos con sus comunidades y familias y no volvieron a saber nada de ellas.

> *María:* Mi esposo tomaba demasiado, cuando tomaba se ponía loco y me decía que porqué trabajaba. Él me decía que yo vendía mi cuerpo, que era puta, que por eso ganaba mi dinero y no me gustaba que me dijera eso. Yo sabía que Diosito me estaba viendo, que Dios sabe que me costaba trabajo vender las ollas de barro. Él me decía eso y no me gustaba. Cuando le contestaba yo, me golpeaba mucho.
>
> *Esperanza:* Cuando me salí de mi comunidad me salí con problemas, porque mi esposo y yo íbamos a tener bebé y vivíamos en casa de mi mamá […] entonces nació y como no podía hacer nada, me echaba la mano mi mamá […] Yo no sabía tener un hijo, me acababa

> de salir el bebé y no podía hacer nada […] mi mamá dijo, váyanse, no los quiero ver acá […] y nos corrieron […] de ese momento traje mis cosas. Allá en Huixtán no conseguí otro lugar, allá es chismosa la gente, no dice las cosas como debe de ser, le inventan, y sólo estuve ahí cuatro meses y me salí y me fui a San Cristóbal.

La integración a la dinámica urbana

Al llegar a la ciudad[83] las mujeres ya tenían una referencia previa de la dinámica social y cultural de San Cristóbal.[84] Muchas llegaron solas, otras lo hicieron con sus hijos. En pocos casos se reencontraron con sus agresores años después en la ciudad. Su sentido de sobrevivencia las obligó a buscar un lugar para resguardarse, huyendo de la violencia, perseguidas por sus parejas o desplazadas de sus casas y de sus comunidades. No planearon el costo de la migración ni las condiciones del viaje; decidieron migrar para liberarse del control ejercido hacia ellas, para acceder a un trabajo remunerado y disponer de sus propios recursos, para desarrollarse personalmente.

Esperanza, joven madre de Huixtán, relató que en su primer día en San Cristóbal un ladrón le arrebató la bolsa donde guardaba sus documentos personales y su dinero ahorrado para cubrir los gastos de esa noche, "ese día me quedé sin comer y sin papeles; me daba miedo salir, ya me habían dicho que era un lugar muy inseguro" (entrevista realizada el 17 de abril de 2013).

---

[83] Quienes se dedican a la pepena de basura llegaron en distintos momentos a San Cristóbal. Los primeros lo hicieron a finales de la década de los setenta y los más jóvenes se fueron integrando a finales del siglo XX. La mayoría de los menores nacieron en la ciudad. Ello abona a la construcción de una identidad dual, entre indígenas y sancristobalenses, en un contexto urbano, marginal y periférico.

[84] Cuando se les preguntó a las mujeres por qué migraron a San Cristóbal y no a otro lugar, la mayoría dijo que la ciudad ofrece una posibilidad "segura" de trabajo y que además es un punto medio para estar cerca de sus comunidades.

La mayoría vivió una etapa de trashumancia urbana ante la carencia de empleo, innumerables abusos y la falta de recursos económicos para pagar un espacio para sus familias. Frente a esta vulnerabilidad, las mujeres migrantes recién llegadas asumieron una actitud subordinada.

> *Aury:* A los 12 años me acuerdo que llegué a la calle Ecuador, en barrio Mexicanos. Mi mamá nos trajo a una casa, no pagábamos renta, la cuidábamos, sacábamos la basura, limpiábamos todo, nos dieron permiso de quedarnos ahí. Cuando éramos muchos y ya estaban mis hermanitos, el señor nos dijo que buscáramos una casa donde vivir. En Ecuador duramos dos años. Primero llegamos en Cuxtitali, luego regresamos a Brasil y luego ya nos colocamos bien en Ecuador, luego nos fuimos a Nicolás Ruiz, era grande la casa pero no servía, nos salimos a buscar otra por la Garita y ahí encontramos.

Doña Mary, por ejemplo, pidió asilo a un tío que radicaba desde hacía años en la ciudad. Obtuvo varios trabajos como empleada doméstica, como ayudante de aseo en un restaurante y como empleada de mostrador en una tienda de abarrotes. Se desanimó mucho porque en ningún trabajo le pagaron la cantidad ofrecida inicialmente y lo que obtuvo apenas le alcanzó para la manutención de sus hijos.

No tuvo más remedio que autoemplearse vendiendo "chicharrines" casa por casa, hasta que logró juntar algo de dinero para rentar un cuarto, al menos por un mes. Luego de instalarse en el cuarto y debido a las recomendaciones de los trabajos anteriores consiguió otro como empleada doméstica de "quedada" en una casa, en donde también se le dio posibilidad de vivir con sus hijos. Mientras doña Mary sobrevivía de lo que le daba su casero, ella pagaba con servicios su manutención. Para muchas mujeres la ciudad representó una oportunidad de vida distinta.

> *Doña Mary:* [...] cuando yo llegué... para mí la ciudad, hay de todo... ya no caminamos muy bien en pie, tomamos taxi o carro, hay todo en el mercado, el agua ya está depositado en casas ya no hay mucho, pero allá está muy triste, cuando está lloviendo no se puede hacer

> nada [en su comunidad], hay mucho lodo y ya no se encuentra mucho las cosas de aquí, pero sí cosas de comida, ahí sí, todo hay, todos los frutales también hay, en la comunidad, todo ahí hay.

Algunas mujeres a su llegada sufrieron abusos de sus patrones, quienes no les ofrecieron un salario, sino alimentación y hospedaje a cambio de prestar un servicio flexible las 24 horas del día. La mayoría intentó autoemplearse en la venta ambulante de comida, pero no lograron ganancias ni cubrir el pago de las deudas que contrajeron por la compra de sus herramientas de trabajo.

Otro problema que enfrentaron las mujeres al llegar a la ciudad fue que no sabían hablar español. Como ya mencionamos, más de la mitad de las recolectoras de basura no saben leer ni escribir y muchas de ellas son monolingües (otras con el paso del tiempo aprendieron a hablar un poco español por sus hijos e hijas); éste era un problema recurrente para conseguir trabajo, pues los patrones preferían a mujeres indígenas que hablaran castellano. Otras aceptaron trabajo sin saber en qué consistía, por cuánto tiempo y cuánto se les pagaría.

> *María:* Cuando supe de la paga, que eran mil quinientos pesos a la quincena, me emocioné. Me aceptaron como peona [de barrido manual], estaba como presidente Mariano [Díaz Ochoa]. Me contrataron pero yo no sabía qué quería decir "temporal". Sólo recibí mil quinientos pesos por quince días y me despidieron.

Mary obtuvo varios trabajos en locales de comida y panaderías, pero se enfrentó a la discriminación laboral por ser madre; sus patrones le prohibían amamantar a su hijo pequeño, y fue despedida.

> *Mary:* Mi primer trabajo fue en una pollería, me corrieron. Luego en una pastelería, restaurante, en la casa, cocina, me corrieron, en todo pasé. Tenía muchos problemas con los trabajos porque nadie me quería contratar por mis hijos.

Las nuevas formas de violencia en la ciudad

Para las mujeres fue muy difícil conseguir un lugar en dónde vivir. Hasta ahora, la mayoría renta cuartos, de varios tamaños, construidos con madera o lámina, y cuentan con servicios básicos como luz y agua. En los recorridos de campo realizados en los domicilios de algunas mujeres observamos que las construcciones de sus casas están inacabadas. Sus domicilios son propiedad de indígenas o sancristobalenses que cobran entre quinientos y mil pesos mensuales, y muchas veces las mujeres se atrasan en los pagos por falta de recursos. Sus cuartos se encuentran a distancias entre veinte minutos en transporte y a una hora a pie.

Es común que las mujeres recolectoras hagan una comparación entre su vida como campesinas y su actual condición como pepenadoras de basura. Doña Mary expresa que existe más precariedad en su vivienda actual que en la comunidad donde creció. A ocho años de vivir en San Cristóbal junto con su esposo e hijos, no ha olvidado su identidad de campesina.

> *Doña Mary:* Estoy rentando en techo de lámina. No tiene nada, seco, seco la tierra. Cuando estábamos en la ranchería ahí puedo sembrar frijol, verduras, o puedo sembrar pollos, puercos, ahí todo, pero aquí ya no hay. Todo lo que tengo ya se borró, no tengo flores, no tengo frijol, pollos, no tengo nada. Creo que es bonito tener tierra.

En cambio, las personas de las generaciones más jóvenes, como en el caso de Aurora, prefieren vivir en la ciudad porque consideran que existen mejores condiciones de vida y acceso a otros espacios.

> *Aurora:* Me veo en San Cristóbal. Allá en la comunidad no. En la comunidad casi no te peinas pues. No nos peinamos, así jugamos tierra, agarramos tierra, allá. Y aquí no, aquí te peinas, yo me siento diferente, me siento bien, tranquila. No agarras tierra, no agarras nada. Me gusta estar en la ciudad. Aquí tengo trabajo, aquí me cambio, allá en la comunidad no te cambias, agarras tierra, te manchas y ya te cuesta lavar la ropa.

La precariedad de la vivienda también la padecen los hombres recolectores. Algunos viven solos, en cuartos rentados, muy pequeños, donde sólo tienen servicios de agua y luz. Otros habitan cuartos prestados por algún familiar.

Las mujeres distribuyen los espacios de sus viviendas de manera práctica y elemental: los dormitorios y la cocina. En sus cuartos se encuentran objetos recogidos en la basura como sillas, trastos de cocina, macetas, manteles, juguetes y piezas varias que sirven como mesas o asientos.

Uno de los principales derechos violentados de las mujeres pepenadoras es el derecho a la salud entendida como el estado completo de bienestar físico, mental y social y no solamente como la ausencia de afecciones o enfermedades; es quizá el objetivo social de mayor importancia. La salud depende de una serie de factores que permiten a las mujeres llevar una vida plena, los cuales pueden ser de carácter económico, social, cultural o político.

El trabajo en la basura ha influido negativamente en la salud de las mujeres pues constantemente se enferman de gripe y bronconeumonía o contraen enfermedades del estómago (gastritis, úlceras, "lombriceras") y problemas en la piel. La enfermedad les afecta en su vida cotidiana principalmente porque no pueden trabajar, y si no trabajan no alimentan a sus hijos. Su estado de salud les imposibilita realizar otras actividades que dependen directamente de ellas. Para tratarse la enfermedad recurren a farmacias o se automedican. Otras mujeres se apoyan en la medicina tradicional.

En la experiencia personal vivida en esta investigación realizamos un periodo de observación participativa para conocer las rutas de las mujeres recolectoras en áreas del centro histórico. En plena jornada de recolección, María se sintió mal. Tenía ocho meses de embarazo. Inmediatamente acudimos a la Cruz Roja y ahí la asistieron y llevaron al Instituto Mexicano del Seguro Social para que la atendieran de emergencia, pues se trataba de una complicación de su embarazo. Pasó varias horas atendida por médicos, y luego le informaron que había perdido a su bebé. Este pasaje doloroso en la vida de María tuvo impactos en su estado emocional. Permaneció varios

meses sin trabajar y se vio en la situación de obligar a sus hijos pequeños a pedir basura.

También los hijos de estas mujeres sufren afectaciones en la salud, como en el caso de Esperanza, que tuvo a su hijo enfermo durante más de un mes. El estado grave del menor la obligó a suspender por varios días su trabajo, ya que tuvo que viajar a su comunidad para que lo atendiera su familia con medicina tradicional. La falta de acceso a la salud integral de las mujeres y sus hijos los vulnera aún más, pues incide en violencia laboral y familiar.

El acceso a la educación para estas mujeres y sus hijos es casi nula. Los pocos niños que asisten a la escuela lo hacen regularmente en el turno vespertino, pues sirven de apoyo (por las mañanas) a sus madres en el cuidado de sus hermanos más pequeños. Después del trabajo se adelantan a sus domicilios para cambiarse de ropa e irse a la escuela, sin comer.

Las mamás pretenden que sus hijos e hijas estudien para que tengan un trabajo con el que puedan defenderse ante la vida. Con grandes esfuerzos han logrado que sus hijos asistan a la escuela, aunque algunos han sido expulsados por mala conducta o bajo rendimiento.

> *Rosa:* Yo quisiera para mis hijos que estudien, pero más que trabajen. Algunos no quieren estudiar, pero yo digo que es por su bien, échenle ganas, yo los voy a apoyar, échenle ganas a su estudio, y si no echan ganas no hay trabajo. Hay trabajos en tiendas, secretarias, como velador, como operadores, todo requiere de estudios. Yo quiero que busquen sus trabajitos para ellos.
>
> *Mary:* Quisiera que salieran adelante, que sean enfermeras, así que tengan buen trabajo, que no sufran como yo. A mis hijos así les explico.

Edy, niño de once años, es el más activo en la pepena de basura. Todo lo que gana se lo da a su mamá y procura trabajar desde muy temprano para poder llegar a la escuela por la tarde. Su experiencia como estudiante no ha sido buena. Sus compañeros de clase lo discriminan no sólo por ser

tsotsil, sino porque trabaja en la basura. Ha sobrellevado su estancia educativa gracias a que se siente protegido por amigos que también fueron pepenadores en algún momento.

Edy repitió dos veces el tercer grado de primaria y no ha logrado la regularización. Sus familiares desistieron de apoyarlo porque es muy difícil reunir dinero para las colegiaturas o cooperaciones que piden las autoridades de la escuela. La educación gratuita y de calidad es inexistente en la ciudad de San Cristóbal, sobre todo para la niñez indígena migrante que se mantiene de estos trabajos de sobrevivencia.

> *Doña Mary:* Yo les digo a mis hijos […] si ya no quisiste estudiar, ni modo. Ya no puedo decir que vayan… pero yo los apoyo, los apoyo… ahorita que estoy joven, los apoyo, la enfermedad avanza, si le van a echar ganas, échenle ganas, aunque nuestro sudor nos lleve a llevarlos adelante, echen ganas… Yo veo que está baja su calificación (de su hijo menor)… iba bien pero si no hubiera tomado mi esposo, mi hijo estuviera en el racho, ahí hay más tranquilidad… así nos mandó Diosito, a trabajar y trabajar.

Los roles de género, la triple jornada y el cuidado

Las mujeres, además de trabajar en el sector informal de la basura, son administradoras de la casa y realizan una serie de tareas de las cuales se benefician otros, aunque consideramos que su trabajo ha servido de base para cuestionar esas predeterminaciones.

Las mujeres jóvenes cuestionan el papel de sus padres o hermanos, quienes no contribuyen al trabajo doméstico. Aunque no lo dicen expresamente, las mujeres han propiciado estos debates (a partir de su trabajo en la pepena urbana) porque ya no es posible mantenerse y depender económicamente del marido o de los padres.

> *Aurora:* Mi papá no hace nada, llega a mi casa, come y ve la tele. No revisa tareas de mis hermanitos, no hace nada, no les dice nada, llega cansado y se duerme.

> *Rosa:* Creo que tienen que ayudar a la casa, un poco a barrer, ¿no? A barrer y a trapear. No lo hacen [...] Él [marido] no me ayuda, me gustaría que me ayudara a barrer, a trapear. Antes se enojaba porque no había comida, me pegaba, pero ahora no. Ya come lo que sea.
>
> *Anónima:* Él [esposo] siempre me regaña, no podemos pensar que no, pero siempre, siempre se enoja por los niños, que no se callan, que están llorando, gritan. Me ayuda, sí, pero calmando a los niños con *cincho*, les pega. No me ayuda en nada. Yo tengo que hacer todo. Una vez él me dijo que le daba pena hacer algo así. Yo por eso lo hago todo.
>
> *Mary:* Nos tenemos que ayudar entre ambos, hay que echar la mano. Yo llego a la casa, trapeo, limpio, mi esposo ni me ayuda, sale a las siete y llega a las siete, cuando llega... ¿Qué va a hacer? Sólo llega, caliento tortilla y come como jefe, y ya. [...] Le digo, pue', ya estoy cansadísima, ya ves que hago cosas acá, y hago cosas acá y vueltas y vueltas. A mis hijas a veces les llaman para trabajar en casa, o en tiendas les llaman o se van a estudiar y yo solita me quedo ¿Quién me va a ayudar? Sólo cuando descansa mi esposo me ayuda a hacer cosas como a barrer, lavar los trastes, pero él me dice: ahí que te ayuden las hijas. Mis hijos tampoco me ayudan, sólo a cuidar a sus hermanitos y a trabajar.
>
> *Esperanza:* También batallo con mi bebé, porque no se quiere ir con nadie, se la pasa chillando y chillando, hasta mi esposo se desespera. Él lo cuida sólo cuando descansa [...] es que mi esposo se desespera, no le gusta que lloren los niños y por eso no lo cuida y mi hijito no se deja.

Como explica Lagarde (1996), "cuidar" es, en el momento actual, un verbo necesario frente al neoliberalismo patriarcal y la globalización inequitativa. Las sociedades actuales, como muchas del pasado, fragmentan el cuidado y lo asignan a las mujeres como condición natural a partir de las organizaciones sociales de género, clase, etnia, nacional y regional-local.

> Las mujeres cuidan de tal manera a los otros, hijos, parientes, personas enfermas y con necesidades especiales. Cuidan su desarrollo, progreso, bienestar, su vida y su muerte. La condición de cuidadoras gratifica a las mujeres afectiva y simbólicamente en un mundo gobernado por el dinero y la valoración económica del trabajo y por el poder político institucional (Lagarde, 2003).

Sigue diciendo que las mujeres destinan principalmente su tiempo para los otros y desarrollan una subjetividad atenta a las necesidades de los otros. La organización genérica hace que las mujeres estén políticamente subordinadas a los otros y jerárquicamente en posición inferior en relación con la supremacía de los otros sobre ellas.

Como afirma Lamas (2002), la cultura patriarcal construye un sincretismo de género que fomenta en las mujeres la satisfacción por saber cuidar, que lo convierte en un deber ser ahistórico natural de ellas y, por tanto, en un deseo propio y al mismo tiempo en una necesidad social y económica de participar en todos los ámbitos de la vida (educativos, laborales y políticos) para sobrevivir en una sociedad patriarcal (Lamas, 2002).

A muchas mujeres pepenadoras, antes de ir a trabajar, no les da tiempo para atenderse a sí mismas. Se tienen que levantar muy temprano, antes de las seis de la mañana, para limpiar su casa, ir al mercado a comprar alimentos para elaborarlos y dar de desayunar, comer y cenar a sus hijos, hermanos o padres; lavar la ropa, llevar a la escuela a los hijos o atender al marido, hermanos y padres. Preparan "lonche" para los hombres que se van temprano a trabajar. Ellas desarrollan múltiples jornadas por su trabajo en el hogar, y el trabajo con la basura las coloca como abastecedoras. Aunque son las principales administradoras, están subordinadas a sus maridos y a sus hijos por su condición de género, y viven atemorizadas por la violencia familiar que sufren. En las encuestas aplicadas, las mujeres refirieron que su labor doméstica consiste en:

1. Cuidar a los hijos y las hijas.
2. Cuidar al marido cuando se pone *bolo,* cuando se enferma.
3. Limpiar la casa.
4. Lavar ropa.

5. Hacer la comida/servir de comer.
6. Llevar a los hijos e hijas a la escuela.
7. Llevar a los hijos e hijas al doctor si se enferman.
8. Las hijas tienen que cuidar a sus hermanos.
9. Hacer "lonches" para los papás.
10. Limpiar el cuarto.
11. Hacer la cena. Preparar café, ir por pan.

Para otras mujeres, como lo expresa Esperanza en su testimonio, el rol de género es una prescripción que se debe cumplir.

> *Esperanza:* Mi responsabilidad no es trabajar. Yo le digo a mi esposo, mi responsabilidad es estar en la casa, tú debes de darme la paga de mi comida. Cuando nos casamos, nos dijo claramente el oficial que la responsabilidad de la mujer es mantener al marido, darle de comer, cuidar la casa, cuidar los hijos, y su responsabilidad del hombre es dar dinero a la mujer, pagar lo que debes y lo que necesite la mujer. Por eso un hombre quiere una mujer.

La ciudad también obliga a las mujeres a introducirse en una dinámica de consumo por la cual se endeudan para adquirir, por ejemplo, tecnología. La situación es aprovechada por sus familiares, como en el caso de Pelancha, quien se endeudó por comprar una pantalla para su esposo de cinco mil pesos. Abona cada semana cien pesos, que va juntando de sus ingresos por la basura. Otro caso es el de doña Mary, quien adquirió una mezcladora de sonido usada porque su hijo de catorce años quería ser mezclador de música electrónica (*disk-jockey* o DJ, por sus siglas en inglés). Aury, por ejemplo, refirió lo siguiente:

> *Aury*: Mi hermano trabaja pero no nos da dinero… él quiere sacar su moto, quiere una estufa, quiere una televisión nueva. Pues si están completos de pagar, que lo saquen, para mí está difícil. Ustedes sacan moto, televisión, sacan su estufa. Para mí está difícil. Yo lo veo muy difícil.

Las mujeres se esmeran y se ven presionadas para adquirir beneficios para sus hijos (varones) y sus esposos; todo lo contrario sucede con sus hijas, que no tienen acceso a la tecnología. Para doña Mary, sus hijas deben atender a sus hermanos y están obligadas a lavar la ropa de todos. No tienen espacios de diversión y tampoco les da permiso para salir con sus amigas. El deber principal que tienen que cumplir sus hijas es trabajar, tanto en la recolección como en la casa. La experiencia de otras mujeres es muy similar. Después del trabajo en la basura tienen que ir a sus casas para cumplir con la doble o triple jornada.

> *Rosa:* Cuando termino mis pedidos tiro al Tívoli, me voy derechito a mi casa, cambio mi ropa, barro mi cuarto, tiendo mi cama y después si tengo ropa que lavar, lavo, lavo mis platos. A veces como frijol, sopa, lo que sea; si tengo paga hago mi caldo de pollo con chayote […] Mi esposo llega a comer hasta las cuatro, yo me espero a comer con él. Él es ayudante de albañil, llega tarde. Llega con mucha hambre, llega y le sirvo. Después de que como, veo telenovelas de Canal Trece, veo *Qué bonito Amor*. Cuando descanso ya está ahí mi esposo. Quisiera descansar pero no puedo, tengo que barrer, trapear, atender a mis hijitos. Si no hago de comer, nadie come.
>
> *Pelancha*: Cuando termino de trabajar voy al mercado a comprar la comida, aún no sé qué comer. Yo preparo verdura, frijol, lo que haya. Terminando de comer, pues hay que barrer el cuarto ¿no? De ahí a lavar los platos, no hay descanso. No me acuesto a descansar. Cuando tengo que hacer algo no me dan ganas de ver tele, hasta que todo está listo, ahora sí puedo ver una novela.

Las familias de las mujeres tienen poco tiempo para la socialización. A la mayoría se les preguntó si conocían la ciudad y respondieron en general que sólo conocían los espacios relacionados con el quehacer de su trabajo. Sus lugares de socialización eran prácticamente las iglesias, tanto católicas como evangélicas; no departían con la ciudadanía ni entablaban relaciones de "amistad", excepto con sus patrones.

> *Aurora:* A veces salgo a pasear un rato a la iglesia de Guadalupe, voy solita, a veces voy los domingos, los sábados y los martes a misa, voy con mi hermanito, pero casi no, a veces salgo a la cancha con mis hermanitos. A veces me voy con mi cuñada a ver qué hay ahí, pero nada más.
> *Doña Mary:* Los fines de semana voy a misa, los domingos. Voy a Guadalupe o ahí en la iglesia Santa Cruz. No me gusta salir, yo no quiero salir. No sé por qué mi cuerpo, mi espíritu no quiere salir, no quiere nada, nada, no le gusta salir. Por eso yo les digo a mis hijos, vayan un rato a la misa si quieren salir, no sé por qué mi cuerpo, tal vez así lo mandó Dios. Así estuve en mi comunidad, mi cuerpo no quería salir y me decían ¡vamos, vamos! Pero ni así, era muy terco mi cuerpo.

Violencia doméstica, familiar y de pareja

La violencia familiar, física y psicológica ejercida sobre las mujeres perpetúa el maltrato en el marco de las relaciones afectivas y los vínculos de su entorno. La violencia de género en la familia y en pareja se produce porque las estructuras sociales influyen en agresores y víctimas a través de los roles de género. Las bases socioculturales determinadas por el orden patriarcal que se establecen con las relaciones de género se naturalizan de tal modo que las mujeres nos comportamos desde un modelo vinculado a la subordinación/dominación (Lamas, 2002).

La mayoría de las mujeres pepenadoras enfrentan violencia física de sus maridos o parejas. Algunas narraron sus experiencias ante el Ministerio Público para presentar denuncias por violencia física y maltratos. Muchas de ellas no volvieron con sus exparejas y otras permanecieron solas porque sus cónyuges las abandonaron.

> *Doña Mary:* Acá se atrevió a pegarme aquí y lo demandé porque no me gustaba que me hiciera escándalos, y lo mandé a la cárcel. Lo mandé de una vez, que se vaya a la cárcel. Le di un su castigo, un día

en la cárcel. Le dije que si iba a hacer como antes, lo iba yo a demandar y lo iba a mandar a la cárcel y está amenazado […] pero me lo volvió a hacer y lo mandé a la chingada. Y ya cuando lo vi, le dije: "si me vuelves a pegar lo van a ver tus hijos" –le dije. Cuando me pegaba lo echaba yo a la calle, él me decía "Dios te va a castigar por haberme dejado en la calle". Ahorita se ha calmado.

Esperanza: Ya no quiero salir a trabajar porque me acusan de… vender mi cuerpo. Una vez tomó mi esposo y llegó bien borracho, llegó como a las once de la noche y no lo podía yo levantar para que se fuera a la cama a dormir, entonces me pegó y no me defendieron. Me pegó porque mi suegra le dijo a su hijo que yo ando solita con mi hijo, y ella piensa que me voy a otro lado, por eso me llegó a pegar. Quedó moreteado mi cara… me pidió perdón […] Le dije, si me vuelves a tocar, te voy a responder y te voy a meter a la cárcel, tú no tienes derecho de pegarme, le dije, te casaste conmigo y sólo me quieres pegar.

Rosa: Antes sí me pegaba, pero ya no porque lo mandé en la cárcel. Una vez me pegó y estuvo veinticuatro horas. Me pegó porque le meten chismes. Se enojó. Ya no me pega. Sólo se enoja porque no le hago de comer.

Mary: Antes sí me pegaba [marido]. Gracias a Dios ya no me toca, pero no me deja trabajar, sólo me está dando chance por el dinero que debo. Él me dice, ya no salgas.

Entre la sobrevivencia y la subordinación

El sistema capitalista neoliberal se manifiesta en todos los planos: económico, político, ideológico y social. El dogma del mercado es el que mantiene el orden social que está por encima de las instituciones políticas y la ciudadanía (Beiras, 2007).

Este modelo impone esquemas basados en la competitividad frente a la cooperación y destruye la capacidad de ser solidarios; incentiva el combate

individual y la supervivencia del más fuerte (Beiras, 2007). Como explicó Bartra (2014), este fundamentalismo ve en el mercado el espacio neutral donde se resuelve el destino de la humanidad.

Los rasgos patriarcales de este sistema de exclusión son responsables de la desigualdad, la pobreza y la marginalidad, y han modificado las relaciones sociales, económicas, culturales y políticas. Como expresa Alda Facio (2011), se mantienen y reproducen en sus distintas manifestaciones históricas a través de múltiples y variadas instituciones, a través de prácticas, creencias, mitos, relaciones, organizaciones y estructuras establecidas en una sociedad, cuya existencia es constante y contundente, y que junto con otras instituciones estrechamente ligadas entre sí crean y transmiten la desigualdad de generación en generación.

Este sistema de carácter patriarcal alcanza contextos periféricos, como en el caso mexicano, lo que se alcanza a ver mediante una política económica neoliberal centralizada, incompleta, injusta y dependiente del capital externo.

Este modelo de desarrollo y las recientes crisis económicas profundizaron la pobreza, atentando contra la vida comunitaria y familiar de la población que vive en el campo. Desde el modelo neoliberal, que comenzó a gestarse en el sexenio de Luis Echeverría, se propició el rompimiento de todas las formas colectivas posibles y la estructura agrícola mexicana se vio debilitada y fracturada a partir del artículo 27 constitucional.

Villafuerte y García expresan que, en el caso de Chiapas, este modelo generó nuevos patrones culturales y la reestructuración de la vida comunitaria en el campo:

> El modelo de agricultura de plantaciones y de ganadería extensiva tocó fondo con la apertura comercial y la desregulación económica, misma que eliminó subsidios y diversos apoyos a la producción y comercialización. Como parte de las condiciones para la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) se produjo un cambio sustancial en la política agraria y agropecuaria que generó diversos impactos en la población: por un lado, la cancelación del reparto agrario derivó en descontentos y tomas

> de tierras en toda la geografía chiapaneca, cuya mayor intensidad se observó durante el periodo de 1994-1997. Por otro lado, con la reducción de los subsidios generalizados en el campo y el cambio de subsidios indirectos a directos, sobre todo en materia de granos básicos, llegó una recomposición de las áreas productivas maiceras, provocando una disminución progresiva en los rendimientos por unidad de superficie (Villafuerte y García, 2006: 104-105).

Siguen diciendo los autores que el costo social y económico de una reforma agraria tardía fue demasiado alto. Aunque la mayor parte de la superficie agrícola y forestal está en manos de los campesinos, tener tierra no ha sido suficiente para garantizar la reproducción biológica y social del campesinado; el contexto ha cambiado radicalmente y las reglas del juego ya no las pone el Estado, sino el sistema capitalista neoliberal. A través del mercado, se encarga de determinar la política gubernamental no sólo en materia agraria, sino también en lo concerniente al fomento a la producción. A pesar de estos cambios en la estructura y en el régimen de tenencia de la tierra, todavía se registran contradicciones propias de una sociedad atrasada (Villafuerte y García, 2006: 108).

En los últimos años, agregan los autores, Chiapas ha venido padeciendo los problemas derivados de su estructura económica y de los múltiples rezagos en materia de desarrollo social y político. A esto se suma el contexto de la economía nacional, cuyo modelo se ha traducido en la escasez de inversión productiva y en el abandono, por parte del Estado, de la conducción del proceso de desarrollo.

> La poca inversión productiva, tanto pública como privada, está llevando a una crisis de empleo, tanto en el campo como en las ciudades de mayor tamaño, a pesar de que en estas últimas se concentran la mayor parte de los establecimientos comerciales y de servicios. […] Eso explica el por qué el estado de Chiapas sigue ocupando el primer lugar en pobreza y marginación en todo el país (Villafuerte y García, 2006: 108).

La crisis rural propició la migración, que históricamente se origina en los cambios de la estructura socioeconómica y cuyo resultado es la adopción de nuevas estrategias de sobrevivencia en las familias. Esto se evidencia en la afectación tanto de las motivaciones individuales, como de las estrategias familiares y las estructuras de la comunidad (Massey *et al.*, 1991).

En Chiapas surgió una etapa de intensas migraciones internas, intensificadas por los procesos de colonización espontánea y dirigida a diversos territorios. El fenómeno se manifiesta en un desplazamiento de la población indígena de la región Altos, que se explica por una dinámica migratoria reciente en la entidad sumamente compleja (Villafuerte y García, 2006).

Este sistema de exclusión se expresa mediante la violencia estructural, que sienta sus bases en la pobreza ancestral experimentada por los pueblos indígenas y en la explotación consustancial al capitalismo patriarcal en su afán por conservar y reproducir la pobreza: "esa miseria para sustentar y eternizar sus beneficios a costa del trabajo explotado de otros y otras" (Olivera, 2008: 21-23).

La migración forzada, los desplazamientos, la pobreza y la polarización social se acrecientan en el caso de los migrantes, además de que ellos experimentan una nueva realidad que los sitúa en el contexto del neoliberalismo conservador de derecha, con varios frentes de guerra y en donde el turismo es una de las más rentables ramas de la economía local. Se ubican en una ciudad de racismos que sigue capitalizando los beneficios colaterales del levantamiento rebelde indígena zapatista.

La pérdida de la identidad y la aspiración de pertenencia al contexto urbano se convierten en fenómenos de marginación, discriminación y exclusión a los que se enfrentan día tras día. La zona urbana de San Cristóbal de Las Casas no ofrece oportunidades de empleo; la discriminación y la situación de abuso continuo hacen de la población de inmigrantes uno de los grupos más vulnerables por sus condiciones de pobreza, y los obliga a integrarse en un trabajo de extrema vulnerabilidad.

En el caso que nos ocupa, un número importante de inmigrantes se han insertado por debajo de las dinámicas sociales, económicas y políticas de San Cristóbal y su desarrollo se desenvuelve en un contexto social estructurado en forma jerárquica. En su proceso de inserción a la ciudad viven

violencia directa que se observa en la discriminación racista, la marginación económica y la exclusión en el desarrollo. Los indígenas sufren, de inicio, graves problemas de discriminación y de rechazo y se enfrentan a la incapacidad de entidades y organizaciones para ofrecer respuestas satisfactorias a sus requerimientos. Cuando son monolingües, los problemas se acentúan hasta el grado de la exclusión, la marginación y el desprecio.

Al punto anterior se suman otras formas de violencia estructural, institucional y social, que incluyen la negación de servicios básicos, lo que los obliga a insertarse en una dinámica marginal que los coloca en una condición más vulnerable, en este caso, como recolectores y recolectoras de basura.

Los testimonios de las mujeres que se integraron a esta actividad reflejan experiencias muy parecidas.[85] La mayoría se enteró, por referencias de otras personas, de que en las esquinas, a determinadas horas, la ciudadanía tiraba objetos servibles y comida en buen estado.

Les contaron que también podían recuperar latas de aluminio y botellas de plástico de refrescos para ser intercambiadas por dinero en algunos locales del mercado. En el desarrollo de la pepena urbana fueron coligiendo otro tipo de estrategias, por ejemplo, el servicio de recolección de basura por cuenta propia a comercios y domicilios ubicados en los barrios céntricos a cambio de una cooperación voluntaria.

Coinciden en el recuerdo de haberse sentido avergonzadas en su primer día de trabajo. Sin mayores herramientas y sin saber cómo hacerlo, se valieron de bolsas de plástico o cajas de madera, que sostenían con sus rebozos o con un mecapal. A la pregunta de cómo se integraron a este trabajo respondieron:.

1. Me platicaron.
2. Con mi esposo platicamos, salió de nuestros pensamientos y después lo aprendieron mis hijos.
3. Lo vi en el Tívoli.

[85] Las parejas de las mujeres que recuperan basura no son pepenadores. En su mayoría se desempeñan como trabajadores de la construcción o peones.

4. Supe por ahí que compraban lata.
5. Lo agarré nada más.

La pepena urbana cubrió sus necesidades vitales y también les permitió generar un sentido de permanencia y pertenencia en la dinámica urbana. En el desarrollo de su trabajo se relacionaron con personas de muchos tipos, como comerciantes, trabajadores, dueños de negocios, turistas y personas de toda la gama multicultural, además de que les permitió conocer San Cristóbal, identificar y ubicar espacios, y en general, construir una red de relaciones que las colocó, aunque de manera subordinada y marginal, en un lugar.

> *Aury:* Al principio me sentía mal porque no sabía cómo utilizar esto pue', mi mamá me trajo. Me daba mucha pena, pensaba yo… ¿Por qué saco basura? Si yo estudiaba allá en Huixtán […] ahorita me dan ganas de preguntar sola, de salir sola, antes salía con mis papás, me daba pena porque la basura es cochina; y ya después ya dice mi mamá, no tengas pena, tienes que trabajar así. Ahorita ya me gusta trabajar, recoger basura, hay algunas que sacan desperdicio o pura caca de perro y no me gusta la caca de perro. Cuando veo que es caca de perro, mejor no, les digo, ¡ahí va a pasar otra persona! Yo decido qué recoger y qué no.
>
> *María:* Si ahorita estoy en este trabajo es porque estoy embarazada, pero si yo me muero mis hijos tienen cómo saber vivir, cómo van a trabajar. No van a comer de gratis, tenemos que buscar la manera de cómo comer […] nos dan ánimos de trabajar [los clientes], me gusta recoger, por un pesito, para que no nos falte nada. Que no falte nada en la cocina; si dejo de trabajar no hay nada, está seca la casa. Trabajo de diario, no ahorro bastante pero tengo dinero diario para el gasto de mis hijos. Mis hijos me piden diario dinero. Si no trabajo, no hay.
>
> *Esperanza:* Yo antes, al principio, cuando veía yo a mi suegra así decía yo, ¿a poco no le da asco de que hay basura? […] Lo que sé

> hacer ahorita me lo enseñó mi suegra. Sólo me dijo, ¿quieres trabajar? Pues trabájale. Ella me enseñó. Pero yo le dije, me da pena… y ella me dijo, éntrale, yo te voy a enseñar cómo se hace eso. Ella estuvo diciéndole a las señoras:, miren, ella es mi nuera, ella va a venir a recoger sus basuras.
>
> *Rosa:* Cuando agarré este trabajo me sentí contenta porque ya gano yo mi dinero. Si saco, saco y me regalan ropa. No trabajo todos los días.
>
> *Mary:* Nadie me dijo. Mi hermanita estaba trabajando así y no tenía ni un peso para mi comida, también el papá de mis hijitos no tenía trabajo y le dije, ¿por qué no me das *chance* para trabajar? Luego me fue a buscar detrás del río, me miró y me regañó, ¿a dónde vas a ir?, me dijo, voy a ir a buscar paga de mi comida.
>
> *Rosy:* Yo ya había trabajado antes en la basura, pero lo dejé otra vez, y nuevamente empecé. Mucho antes sí encontrábamos bastante porque no estaban las personas que ahora están, éramos pocos, casi nadie recogía.

La vergüenza y la pena es un sentimiento compartido por las mujeres cuando iniciaron su trabajo en la basura. Con el paso del tiempo han ido resignificando su labor.

1. No es un pecado lo que estoy haciendo, vale la pena ayudar a mi familia y ganamos un poco bien.
2. Me siento bien porque en estos momentos nos conviene, sacamos pa' la tortilla y la comida, nos ayudamos, no queremos dejar este trabajo.
3. Me gusta mi trabajo porque encuentro todo lo que quiero. Me regalan ropa, zapatos, agarro un poco para mi comida.
4. Me siento contenta porque yo sola me he levantado.

Por otro lado, las narrativas de algunas mujeres revelan que trabajar en la basura por cuenta propia es significativo porque no existe la figura del patrón. Entiéndase patrón como una persona no indígena que humilla y

controla a sus empleados. Este trabajo les ha permitido deshacerse de esas figuras de autoridad porque, por ejemplo, pueden estar cerca sus hijos. Además, lo pueden desarrollar libremente, pues no se trata de un trabajo prohibido ni es mal visto por la autoridad debido a la gran producción de basura en la ciudad. Les permite estipular sus propios horarios y días de trabajo, diseñar y trazar sus rutas fijas y alternas. En palabras de doña Mary:

> *Mary:* La verdad, cuando salimos las mujeres a la calle a trabajar ya no hay regaños, ya no hay que te obliguen, ya no hay quién te vigile, ya no hay maltratos. Cuando estamos de quedada o en un restaurante, lo que te dice tu patrón lo tienes que cumplir todo: haz esto, haz esto, haz bien tu trabajo, si no, pues no te pago. Entonces, pues, tienes que obedecer, pero trabajar así en la calle, solitos, a ti mismo te vas a mandar, qué vas a hacer, a qué horas vas a descansar, qué vas a llevar, qué no vas a llevar o qué es lo más bueno, todo eso.

Aunque existe un proceso de reivindicación de su labor, las mujeres anhelan realizar otro tipo de actividad, sin las condiciones precarias, insalubres y extenuantes que representa la basura. Muchas de ellas quisieran colocarse como meseras, panaderas, empleadas domésticas, niñeras o nanas, como empleadas de mostrador u oficinistas, con la finalidad de ganar más dinero, con prestaciones y seguridad social. La mayoría refirió que no pueden acceder a estos espacios de trabajo por la maternidad. Además, la discriminación laboral por género, etnia y clase cada vez es más visible y reiterada por las características del turismo hegemónico que actualmente se desarrolla en la ciudad, donde las pepenadoras no tienen cabida por ser indígenas y madres; además, porque no tienen experiencia laboral en dichos ámbitos, referencias ni recomendaciones, y no cuentan con la mínima escolaridad, entre otros factores.[86]

[86] Con los hombres sucede lo mismo, pero tienen expectativas distintas; por ejemplo, quisieran ser transportistas, dueños de concesiones de taxis o comerciantes. Tienen más opciones de insertarse en un trabajo. Una minoría no tiene otras opciones debido a problemas de salud o por la falta de recomendaciones, principalmente.

Las mujeres indígenas recolectoras provienen de un contexto distinto al urbano. Nacieron en el campo. Su construcción de identidad de género es histórica y cultural; nacieron mujeres, pobres e indígenas. No participaron en el funcionamiento público ni en la toma de decisiones en sus comunidades; tampoco les tocó ser parte de frentes estratégicos para generar un movimiento social con conciencia para las transformaciones.[87] En los recuerdos de estas mujeres está presente su participación activa en las tareas y los roles del campo y del hogar.

Se considera que la migración de las mujeres indígenas no ha representado una integración social. Como dijo Arizpe (1978), las migrantes indígenas y sus familias crean comunidades separadas del resto de la sociedad con condiciones de vida sumamente precarias, empleos bajos, salarios o subempleos y no se mezclan con la población urbana, ya que existe hacia ellas un claro rechazo de la sociedad, además de que se les imposibilita o se les niega su sentido de pertenencia en su nuevo espacio y no se toman en cuenta sus necesidades vitales. Sus derechos fundamentales no son alcanzados y forman parte activa de la estructura económica informal. Estos elementos contribuyen a profundizar las desigualdades que ya de por sí existen por su posición de género y de exclusión social.

La migración a San Cristóbal influyó en la creación de tipos de familias muy diferentes a la tradicional. Puede afirmarse que la mayoría de las mujeres pertenecen a un tipo de familia agregada en la que, como describió Lagarde (2001), la pareja cohabita sin formalizar el matrimonio, siendo conocida por amasiato o concubinato; otras mujeres desarrollan un sistema familiar como madres solteras en la ciudad.

Sigue diciendo Lagarde que este tipo de familias es muy común en las sociedades patriarcales marcadas por situaciones de extrema pobreza. Las familias de las pepenadoras se distinguen por una dinámica en la que los hogares se componen por miembros de varias generaciones que trabajan y viven juntos en hacinamiento, formando una unidad doméstica y económica al mismo tiempo.

[87] A propósito de los procesos de autonomía de las mujeres indígenas zapatistas.

La construcción cultural de las identidades indígenas en la ciudad ha estado marcada por la amplia violencia en el campo de lo doméstico, la cual se superpone a otras expresiones sociales de violencia. En este sentido, una de las características de la vida familiar de las pepenadoras es la violencia doméstica, que puede ser física, emocional, económica o sexual. Su concepto de violencia o maltrato tiene que ver con el control de su salud, su sexualidad y los recursos que obtienen por su trabajo. Las mujeres se subordinan con una obediencia tradicional arraigada en las costumbres y tradiciones de sus comunidades de origen. Este rasgo de violencia es menos visible. Las mujeres asumen la dura situación personal de sus parejas y maridos (problemas de alcoholismo, desempleo, bajos salarios y deudas).

Las mujeres indígenas manifiestan una serie de malestares relacionados con su salud emocional y reproductiva. Casi nunca saben cómo denunciar a sus parejas o agresores; la mayoría no tiene protección de las instancias tradicionales ni del Estado. Las mujeres no tienen acceso a la justicia (derecho indígena y derecho positivo).

Otro rasgo patriarcal se manifiesta mediante la violencia doméstica, que es una de las razones por las que salen a trabajar, aunque su inserción al mercado laboral en el contexto urbano es muy restringido, además de que enfrentan cotidianamente los prejuicios y estereotipos de la población urbana (Pombo, 2003: 147).

Existe un conjunto de factores sistémicos que marginan a la población indígena migrante desde el punto de vista laboral. Su situación desventajosa en el mercado de trabajo suele asociarse con niveles educativos mucho más bajos que los del resto de la población (Pombo, 2003; 157). Estas formas de discriminación de género, etnia y clase obligan a las mujeres en condición de exclusión a insertarse por cuenta propia y de manera dramática en el trabajo de la basura. Sin embargo, es importante mencionar que mantienen la fuerza y una activa participación para desarrollar estrategias de subsistencia.

Las mujeres se insertan en el trabajo para complementar sus roles de género en el hogar como cuidadoras y ahora como proveedoras. Son las principales abastecedoras de su hogar y cubren gastos vitales (educación,

alimentación, transporte) para ellas, sus hijos y sus maridos o parejas; estos últimos por lo general tienen sueldos raquíticos, con largas jornadas de trabajo, con problemas de salud y grandes deudas.

Aunque son abastecedoras del hogar, las mujeres son cuestionadas y reprimidas por salir a trabajar. Esto se debe a que todavía entre los indígenas pervive la lógica patriarcal de la tradicional división sexual del trabajo. Casi todas las mujeres sufren violencia por parte de sus maridos. En muy contadas excepciones éstos aprueban que sus mujeres trabajen, y de cualquier modo les delegan principalmente la responsabilidad de la alimentación. Las mujeres no han sustituido sus roles como madres-esposas por el trabajo fuera de la casa; son dos aspectos complementarios que las mujeres recolectoras han racionalizado.

En otro punto, podemos identificar la dominación patriarcal en los roles de género. Las parejas de las recolectoras regularmente son los jefes de familia, aunque no sean los proveedores, y tienen el dominio sobre los hijos, las hijas y la esposa. Regularmente, ellos toman las decisiones de la organización familiar, la producción y el destino de la unidad doméstica, aun cuando no contribuyan económicamente. Las mujeres sienten miedo, frustración y desesperación cuando no les alcanza el dinero para mantener a su familia extensa, y aunque su posición de género ha cambiado, siguen reproduciendo el mismo patrón de subordinación (Olivera, 2004).

Paradójicamente, mientras las mujeres obtienen recursos para abastecer las necesidades inmediatas de todos los miembros de su familia, las condiciones laborales de la pepena merman su situación económica y de salud; se trata de un trabajo de gran demanda en cuestiones de salubridad y necesitan muchos recursos para cubrir los gastos de servicios de salud privados.

Por otro lado, las mujeres también realizan su jornada de trabajo doméstico en condiciones precarias y con muy pocos recursos para ejercer su rol como madres y esposas. Esto hace que las jornadas de trabajo tanto en el ámbito público como en el privado sean muy pesadas.

Las mujeres indígenas se desarrollan bajo un proceso violento de interrelación con el resto de la sociedad que les da pocas posibilidades para el ejercicio de su autonomía y agencia.

CAPÍTULO 5

El destino violento de la recolección

Si muestras tu verdadera miseria,
nadie te creerá.
Si te duele la barriga y lo dices,
sólo eres repugnante.
"Ópera de dos centavos"
BERTOLD BRECHT

Relación entre el municipio y las pepenadoras

La directiva del área de Limpia y Aseo Municipal[88] (ahora Imagen Urbana) no lleva un registro formal de las personas que se dedican a recoger la basura por cuenta propia, pero sí las controla y vigila. Según el ayuntamiento sancristobalense, el sector informal prolifera cada vez más, genera problemas de contaminación y poco abona a la solución del problema. La contradicción del ayuntamiento en este sentido radica en que la pepena urbana es permitida, pero no se reconoce. Asimismo, los funcionarios encargados del área identificaron con certeza la participación de mujeres y sus hijos.

[88] Se entrevistó a funcionarios de la administración de Cecilia Flores Pérez (2010-2011) y de Francisco Martínez Pedrero (2012-2015).

> No podemos decir que las personas que recogen la basura sean dañinas, al contrario, son personas que han iniciado su propio negocio, operan en las esquinas, en rutas y no hay un control sobre ellos, pero es gente independiente que va levantando la basura o lo que la propia ciudadanía les dé [...] Hay personas que son honestas y van con el negocio y ¿le llevo su basura?, les dan propina y se van rumbo al Tívoli, van y la entregan; y hay niños y señoras que dejan la basura en las esquinas, son irresponsables, contaminan la ciudad (director de Limpia, Luis Antonio López Herrera, octubre de 2011).

El sector público, representado por el ayuntamiento, no tiene a su cargo la regulación del sector informal de la recolección de basura y tampoco ha generado un encuentro con este grupo de personas. Sin embargo, ha planteado una lista de lineamientos no oficiales que condicionan la participación de los pepenadores y las pepenadoras. Las condicionantes consisten en que sólo se permite trabajar en las calles a aquellas personas que presten un servicio de recolección voluntaria y que tiren la basura en el Tívoli.

Se les prohíbe dejar basura en la calle, regarla, romper bolsas cuando pepenan o depositarlas en camiones recolectores cercanos; no podrán tirar hules, llantas, aparatos electrodomésticos inservibles ni fierros en el Tívoli. No podrán obstruir la labor de los trabajadores del área de Limpia y Aseo Municipal (o Imagen Urbana), específicamente de los peones barrenderos.

En caso de incumplir estos requerimientos, que no están formalizados en ningún reglamento sino que dependen del criterio de los supervisores del área, los pepenadores urbanos, sea cual fuere su actividad, deberán pagar una multa de quinientos pesos o incluso se les podrá prohibir la realización de este trabajo de manera permanente.

Aunque estas disposiciones no son oficiales, la mayoría de las mujeres enfrentan constantemente la vigilancia y las amenazas de los trabajadores de limpia del ayuntamiento, especialmente de los peones barrenderos (tanto de hombres como de mujeres). Las mujeres pepenadoras escribieron una lista de lo que deben cumplir:

– No tirar basura en la calle, trasladarla al Tívoli.

– No romper bolsas.
– No estacionarnos en lugares que no debemos.
– No dejar basura en las calles, porque se acaba la amistad del cliente y ya no nos van a dar.
– No dejar basura en la calle porque la gente grita.
– No recoger pedidos de las peonas barrenderas (trabajadoras de limpia del ayuntamiento).
– No debemos tirar en el Tívoli llantas, escombro o arena.
– No sentarnos frente a casas o comercios de clientes.
– Cuidar que no escurra líquido de la basura en las calles.
– No tapar el tráfico.
– No pararnos en las esquinas porque se ve feo.

Las peonas barrenderas, como se mencionó, son trabajadoras del ayuntamiento que se ubican en el centro de la ciudad. Su trabajo en un espacio turístico, rico en consumo y, por así decirlo, en producción de desechos, les ha permitido tener el control de los recursos reciclables. Ante esta situación, las peonas barrenderas han prohibido a las pepenadoras urbanas la recolección de residuos en contenedores (latas de refrescos, plásticos, PET, cartón o vidrio). Según el testimonio de varias entrevistadas, si no cumplen lo señalado, las regañan públicamente y amenazan con reportarlas a la policía. Esta prohibición, más que controlar el trabajo informal, podría decirse, tiene que ver con la violencia horizontal que deriva en competencias y enfrentamientos entre las trabajadoras del ayuntamiento y las pepenadoras. Pancha, adulta mayor sancristobalense que vive de la recolección de latas mencionó:

> *Pancha:* Esas señoras son cabronas [peonas barrenderas]. Yo le digo a una de esas, ¿tú qué me estás diciendo? Si tú tienes trabajo, déjanos a las viejas recoger lata, tú no pierdes nada. Tú ganas tu dinero que te dan, yo no tengo nada. Me han corrido varias veces de Guadalupe [andador turístico], por eso ya tengo clientes en tres restaurantes, que de fe me dan las latas a mí.

Los trabajadores de limpia de barrido manual por iniciativa propia están organizados en grupos de aproximadamente seis personas. Cada una se dedica a recuperar PET, cartón, latas, plásticos, entre otros. Todo lo que juntan lo reúnen al final del día en bodegas, estacionamientos o espacios que han sido proporcionados por el propio director de Aseo y Limpia Municipal. Cuando reúnen una cantidad considerable, la venden a intermediarios que transitan en camionetas y que acuden a dichos lugares para llevárselo. El recurso que obtienen por la venta lo reparten en porcentajes iguales. Los supervisores[89] reconocen que se benefician de esta actividad de separación de residuos reciclables.

> Mis trabajadores [peones y macheteros] conforme van en el trabajo, ven un PET y lo separan y lo venden también, digo, es su propio beneficio, no está prohibido siempre y cuando no le pongan más empeño a la separación que a su trabajo. Ellos tienen personas que comercializan con lo que reciclan, van al centro dos veces por semana, pesan, les pagan y se van; son centros de acopio que están distribuidos en la ciudad (director de Limpia en turno, Luis Antonio López Herrera, octubre de 2011).

A las prohibiciones extraoficiales del ayuntamiento a las pepenadoras se suma la intervención de las peonas barrenderas, quienes culpan a las primeras de ensuciar los andadores o las calles que ya limpiaron. Estas persecuciones, amenazas y castigos son formas de violencia horizontal, que se ejerce desde ese nivel de vulnerabilidad y en las condiciones de sobrevivencia de ambas partes. Un grupo marginado pero reconocido

[89] Aunque mostramos las declaraciones de funcionarios de la administración del año 2010-2011, la recolección entre trabajadores y trabajadoras del área de Aseo y Limpia Municipal es más significativa en la recuperación de los residuos para su compra-venta. Algunos periodistas locales afirman que el ayuntamiento municipal participa directamente en la compra-venta de residuos no para beneficiar al colectivo, sino para hacer negocios personales.

rechaza la participación de las mujeres en la recolección informal y las discriminan por no ser asalariadas.

> *Doña Caro:* Yo me canso mucho, me duele una pierna, son mis reumas. Tengo que caminar más porque me regañan las del ayuntamiento; no puedo sacar las botellas de refresco [de los botes] [...] No sé por qué se enojan, sólo saco una bolsa [mediana] al día. Por eso me salgo muy temprano, para que no me vean, y me paso a la fondita para que me den lo que tienen.
>
> *Esperanza:* Ellas me echan la culpa. Una señora me dice que por mi culpa se queda la basura tirada en el piso, pero yo no soy, yo las amarro bien [las bolsas], siempre nos echan la culpa de que la calle está sucia, pero no soy yo […] No tenemos la culpa de que vengan chorreando las bolsas.
>
> *Aury:* Una vez me dijo una señora que si seguía tirando la basura que me iba a echar a la policía […] hay veces que las bolsas se rompen y por más que las amarre, se tira el agüita que sale, y nos regañan, nos dicen que nos van a echar a la policía pue', por eso me vengo más temprano pa' recoger rápido los encargos.

Cuando las mujeres pepenadoras llegan a tirar su basura al Tívoli, ya se encuentran en ese lugar un poco más de quince peones barrenderos, de los cuales sólo tres son mujeres. La mitad de los peones se distribuyen en los alrededores del mercado para realizar el trabajo de barrido manual; el resto se queda en el Tívoli descargando la basura que llega de una gran cantidad de ciudadanos de San Cristóbal.

Los peones del Tívoli tienen a su cargo la administración, organización y distribución de espacios dentro de ese centro de transferencia. Ellos están atentos a las entradas y salidas de cualquier persona que llegue al lugar, pero sobre todo están particularmente atentos a las mujeres pepenadoras. En recorridos de campo al Tívoli pudimos observar que cuando ellas llegan, los trabajadores de limpia les preguntan sobre el contenido de las bolsas que llevan. Les advierten que determinados residuos no están

permitidos, y que en caso de llevarlos se les cobrará una cuota extra por tirarlos.

Foto 12. Pepenadoras tiran la basura que recogieron durante su jornada en las cajas compactadoras del camión recolector en las instalaciones del Tívoli. Los macheteros observan

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

El control que han generado los peones barrenderos en ese espacio se ha convertido en una dificultad para el trabajo de la recolección informal en general. Para las mujeres, entrar al Tívoli suele ser el momento más incómodo de su jornada de trabajo. Algunas mencionaron que en más de una ocasión han sufrido hostigamiento de los peones barrenderos, sobre todo a la hora de descargar la basura:

> *Esperanza:* Pa' que no me digan nada, les digo que mi hijito está enfermo. Ellos me ayudan a sacar la basura del diablito y lo hacen rápido. Yo aprovecho para salir rápido.

Las mujeres más jóvenes, entre doce y dieciséis años, son más propensas al acoso. Sus madres han tenido que advertirles de los riesgos y peligros que implica trabajar solas. Los peones barrenderos de más edad no tienen buena relación con algunas mujeres, regularmente las insultan y las llaman, por ejemplo, "mujeres cochinas" con el argumento de que no han cumplido las normativas de limpieza del Tívoli (que no existen oficialmente) al momento de descargar.

En recorridos de campo observamos cómo un par de peones barrenderos obligaron a dos adolescentes a recoger la basura que accidentalmente cayó al piso. Por estas recurrentes situaciones, las mujeres han tenido que abreviar su permanencia en el lugar, y se alían con sus hermanos varones para que las ayuden a tirar rápido sus bolsas e irse de inmediato. Las niñas procuran contarles a sus padres las malas experiencias, y son ellos quienes acuden al Tívoli para encarar al peón barrendero que las agredió.

> *Aurora:* Los trabajadores no nos dejan bajar la basura. Mi papá vino a hablar con ellos, a pedirles que tiren las basuras. Les dijo, si insultas a mis hijas, te las vas a ver conmigo, les dijo mi papá a los trabajadores del Tívoli. A mí me han dicho: Chinga tu puta madre, tienen mucha prisa parece, espérate al camión. Yo le dije, no soy tu esposa para que me vengas a mentar la madre, le voy a decir a mi papá. Luego llegó mi papá a reclamarles y ya no me molestan.

En circunstancias similares se encuentran las mujeres y los hombres adultos mayores, que son los más propensos a enfrentar distintos tipos de violencia. Es el caso de don Mariano, quizá el más longevo de los recolectores informales, a quien después de tirar las bolsas le obligan a recoger la basura que cae al piso.

El mal trato que reciben los menores es todavía más visible. Los peones barrenderos controlan mucho más la presencia de "los basureritos",

como les llaman. Algunas peonas barrenderas, en su sentido de cuidado, los orientan para indicarles cómo y en dónde deben tirar la basura.

Mario, niño indígena de ocho años, preferiría que lo acompañara su hermano mayor para que no le griten ni le quiten su dinero, porque también tiene que pagar una cuota por tirar la basura.

Para las mujeres que prestan un servicio de recolección, cuando van a descargar, entre once y dos de la tarde (hora pico en el Tívoli) tienen que crear una serie de estrategias para que sus hijos pequeños puedan resguardarse de alguna amenaza o peligro. En el momento de la descarga es común que los hijos se desprendan de la madre para jugar en algún rincón del Tívoli; transitan libremente por sitios restringidos y peligrosos.

En la etnografía de campo se registró la experiencia de Rosa, mujer indígena y madre soltera de diecinueve años. Mientras la joven descargaba su diablito, su hijo de seis años se extravió. La joven madre, con sus dos hijos en brazos, salió a buscarlo y tardó aproximadamente un día en encontrarlo.[90] Los peones barrenderos al ver el suceso hicieron comentarios como: "Ellas tienen la culpa por tener tantos hijos", "ella tiene muchos hijos, pero de distintos hombres", "ella tiene la culpa, ¿para qué los traen al mundo?", "se les enferman sus hijos porque los traen a la basura y luego se quejan".

Esta experiencia muestra que estos espacios no tienen ninguna infraestructura de operación y planeación y que tampoco están regulados por ninguna autoridad en materia ambiental. El control del espacio ha permitido a los trabajadores de limpia desarrollar prácticas de corrupción, clientelismo y cacicazgo. A su vez, la autoridad en turno no asume ninguna obligación con las personas que desarrollan la pepena urbana. En estos espacios se reproduce la violencia de género y la discriminación, que mantiene sobre todo a las mujeres en un estado de indefensión, pero lo aceptan, porque de lo contrario no pueden cubrir sus necesidades primarias.

Otro caso registrado lo constituyen las mujeres indígenas mayores que asisten al Tívoli, quienes después de una jornada de trabajo intentan

[90] El niño fue encontrado en un puesto del mercado, donde fue resguardado por una vendedora de verduras.

vender a los peones algunos residuos recuperados en sus rutas. Ellos les pagan muy poco, incluso por debajo de los precios que establecen los centros de acopio.

Otra forma de violencia que se reproduce en el Tívoli es el cobro ilegal de una cuota estipulada por los peones barrenderos, que equivale a quince pesos por descarga (del diablito, triciclo, mecapal o bolsas), es decir, los pepenadores y las pepenadoras pueden pagar más de treinta pesos al día, dependiendo de las veces que acudan al lugar para tirar la basura.

> *Mariano:* Esos cabrones de allá adentro me pidieron quince pesos que pa' su refresco [...] se los tuve que dar porque luego no te dejan tirar, son bien cabrones esos hijos de la chingada [...].
> *Mary:* Nos dijeron ahí [Tívoli] que tenemos que dar quince pesos pa' entrar. Ya nos van a quitar el dinero.
>
> *Memo:* Esos pinches viejos son unos rateros, que quieren quince pesos, me voy a quejar con el mero mero porque no se vale.
>
> *Doña Mary:* Sí, hay insultos feos, hay quien te insulta, que te dice cosas. Una vez nada más me hicieron esos cabrones del ayuntamiento, que por qué estoy en ese trabajo. Un señor grande me dijo que por qué ando recogiendo la basura en casa. Y yo les digo, porque no hay trabajo. Yo siempre voy, pregunto si hay trabajo, y me dicen que no hay cupo. Si me dicen algo, tengo boca, tengo que contestar.

Las mujeres peonas barrenderas del Tívoli, aunque son pocas, tienen más cercanía con el sector informal. Cuando las trabajadoras de limpia encuentran un objeto en la basura y lo requieren para consumo personal, contratan a las mujeres pepenadoras como "fletes"[91] para que lo trasladen a sus domicilios particulares. Los objetos pueden ser muy grandes y

[91] Como medio de transporte de mercancías.

pesados, y estas jóvenes se dan la maña para trasladarlos hasta donde se les indique. Pueden ser trayectos largos y extenuantes.

El pago por "flete" es de diez pesos o una pequeña cooperación "para el refresco". Esperanza, joven indígena, ve en ello una oportunidad de ganar un poco más de lo que obtiene al día y deja abiertas las posibilidades de llevar a cabo este tipo de trabajo temporal cuando se requiera.

Pese a las condiciones laborales y de flexibilización que padecen los trabajadores asalariados, las medidas que emprenden demeritan y degradan el trabajo independiente en la basura; toman la actitud de patrones o jefes, y los informales se someten a ellos porque dependen en gran medida de la entrada al Tívoli, y las pocas posibilidades de trasladarse con frecuencia a comercios obliga a que la relación sea dependiente, subordinada y desigual.

Según observé, los trabajadores del ayuntamiento estaban muy interesados en mis visitas. Cuando abordé a los pepenadores se acercaron para escuchar mis preguntas, e incluso algunos peones barrenderos me apoyaron como traductores. Muchas de las respuestas tanto de mujeres como de hombres fueron forzadas, sobre todo al responder sobre la situación dentro del Tívoli. Los empleados del ayuntamiento me dijeron que el Tívoli es un espacio controlado donde se convive sanamente.

El servilismo de las pepenadoras a las clientas o marchantes

Los "clientes" o "marchantes", así nombrados como sinónimos por las mujeres pepenadoras, son los dueños de los negocios céntricos o personas que han optado por utilizar el servicio de recolección informal que prestan tanto mujeres como hombres, en especial indígenas.

Cada mujer tiene, por lo general, más de quince "marchantes", entre ellos dueños de restaurantes, fondas de comida, comercios de ropa, renta de computadoras e internet, bares o cantinas, consultorios médicos, cafeterías, papelerías y hoteles, además de domicilios céntricos y cercanos al mercado municipal José Castillo Tielemans.

Sus clientes de negocios y domicilios tiran todo tipo de basura sin separar. Les entregan comida en mal estado o desperdicios, papeles de baño, latas, plásticos, papelería o "archivo"[92] y vidrios rotos; en otros negocios tiran "escombro", tierra, heces de perro y gato, equipo clínico usado (como jeringas, equipo de diálisis, gasas ensangrentadas, tubos de muestra o medicamentos), baterías inservibles, fierros viejos y objetos punzocortantes. Además de lo que obtienen de la basura, las mujeres reciben ropa y zapatos usados, juguetes en mal estado para sus hijos. Cuando está muy revuelta la basura, prefieren no recuperar nada.

Foto 13. Material clínico para diálisis abandonado en una esquina céntrica

Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

En entrevistas realizadas a los clientes o marchantes, la mayoría refirió que optaron por el servicio de recolección porque el que presta el ayuntamiento es deficiente, principalmente por los horarios. En cambio, el servicio de los informales es eficiente, porque comienzan entre siete y ocho de la mañana a recoger basura. Eso es lo que regularmente más valoran

[92] Así denominan todo lo derivado del papel (hojas sueltas, periódicos, libretas o libros que ya sólo sirven para reciclaje).

de este servicio los clientes, porque pueden tirar sus desechos a cualquier hora y sin ninguna preocupación por mantenerla en casa o por pagar mucho para que alguien se la lleve.

Otra de las razones por las que los clientes o marchantes valoran el servicio de recolección informal es porque evitan pagar un impuesto al ayuntamiento. Tanto las personas físicas como morales deben pagar un impuesto para acceder al Servicio Público de Basura.[93]

Los clientes de los pepenadores no son permanentes, especialmente de las mujeres. Algunos cambian sin previo aviso de "servicio" argumentando que otras mujeres se llevan toda la basura por un "precio más barato". Los clientes propician así confrontaciones entre las personas y las someten a una dinámica de competencia por el regateo. Esta práctica es visible y con mayor frecuencia está dirigida hacia las mujeres. Más adelante explicaré las relaciones intragénero que se observa alrededor del trabajo de sobrevivencia en la basura.

Algunas mujeres han tenido que crear estrategias para conservar a sus clientes, las cuales consisten en aceptar las cooperaciones voluntarias. Dicho ingreso (cooperación) va de tres a ocho pesos como máximo. Si la bolsa es grande y pesada, y se requiere que hagan más de dos viajes, negocian el precio, que puede ser de entre veinte y treinta pesos, dependiendo de la cantidad de basura, mas no del esfuerzo y la mano de obra que prestan. Esperanza, joven madre indígena, dijo: "Tal vez no gano bien, pero si así dan [dinero], ¡qué vamos a hacer! Si les pides algo no lo dan. Ya no pido yo cooperación porque la gente no lo da".

Por otro lado, los hombres que prestan un servicio similar tienen mayores beneficios y piden un monto específico por sus servicios. No dejan la cuota al criterio del cliente. Cuando no está de acuerdo alguna de las partes, se negocia. Ellos ganan más que las mujeres y, cuando doblan su jornada, cobran entre doscientos y trescientos pesos. Podemos decir que los

[93] Tomado de la Ley de Ingresos para el Municipio de San Cristóbal de Las Casas para el Ejercicio Fiscal 2012. Capítulo VII. Sobre Aseo Público. Artículos que lo tratan: 19, 20 21 y 22.

clientes se aprovechan de la situación vulnerable de las mujeres porque al utilizar los servicios de ellas, no pagan impuestos al ayuntamiento.

Por los datos obtenidos se identificó que algunas clínicas y consultorios médicos o dentales, ubicados en el centro de la ciudad, no cumplen con la normativa ambiental federal en materia de residuos clínicos, tóxicos o peligrosos, además de negarse a pagar a una empresa para que reciba sus desechos.

Las mujeres pepenadoras son las que prestan el servicio a estos establecimientos que, además de recibir ingresos paupérrimos, se exponen al peligro de trasladar dichos residuos clínicos para depositarlos en el Tívoli. Ellas saben que existen riesgos para su salud, pero prefieren arriesgarse para ganar entre diez y quince pesos.

Algunos clientes tienen los datos personales de algunas mujeres, puesto que les han proporcionado su número celular, y los clientes las llaman cuando tienen la urgencia de tirar basuras (no importa el horario). Para ellas es más importante conservar a un cliente, que la cantidad real de recursos económicos que podrían obtener.

Doña Mary, quien tiene un alto número de clientes en la vía más concurrida del centro histórico de San Cristóbal (calle Real de Guadalupe) refiere cómo debe ser la actitud de una mujer que presta el servicio de recolección informal ante los clientes:

> *Doña Mary:* Para ser recolectora necesita […] darse su confianza, su carácter, dar su corazón con las gentes, con las señoras, ya cuando de su corazón, la van a apoyar más. Usted le va a decir: –Buenos días, señora, ¿tienen basura para llevar? –¿Para qué quieres la basura? –Para tirarla al Tívoli y eso […] –¿Cuánto cobras? –Pues lo que usted me quiera dar [...] La gente de San Cristóbal pues yo la verdad lo trato con buenas maneras, les estoy mostrando que soy una verdadera campesina trabajando, que les estoy enseñando a mis hijos que no entren a robar, para que no agarren cosas que no son suyas, o robar en las tiendas.

Los dueños de negocios y domicilios disponen del tiempo de las mujeres, les ordenan que junten la basura y la coloquen en bolsas, y ellas se someten a prestar diversos servicios por la misma suma de dinero. Los varones recolectores también cargan todo tipo de objetos como escombro, colocan sillas, mesas y sombrillas de restaurantes y son utilizados como "fletes" para trasladar mercancía de un negocio a otro. Algunas mujeres sancristobalenses que viven en casas particulares en los principales andadores turísticos de la ciudad solicitan otros servicios por el mismo ingreso.

> *Doña Mary:* Me agradecen y les agradezco a ellos porque me están dando posibilidad de trabajar. Regalan esto, regalan esto, lo que sirve, lo que no sirve pues lo tiramos.

En los recorridos de campo pude observar cómo algunos clientes de domicilios se incomodan con la presencia de las mujeres. Las clientas las regañan por estacionarse en la entrada de sus casas, con el argumento de que van a ensuciar. Cuando las mujeres solicitan utilizar agua o tienen una urgencia por utilizar los sanitarios, no les dan permiso.

Las madres jóvenes optan por desahogar sus necesidades fisiológicas en la calle y atienden a sus hijos e hijas pequeños dándoles de comer o cambiándoles el pañal también en la calle. Muy pocas veces las mujeres responden a estas agresiones porque consideran que no les conviene generar conflictos con los clientes. Todo ello ha sido cuidadosamente reflexionado por las mujeres. La subordinación es también una herramienta para permanecer en su trabajo, y saben que una respuesta rebelde las colocaría en desventaja, porque casi todas necesitan a y dependen de sus clientes para sobrevivir.

En algunas entrevistas informales preguntamos a mujeres jóvenes si alguna vez recibieron maltrato de sus clientes y la mayoría dijo que no, argumentando que son "los que dan trabajo". Esta contradicción justifica su posición de sobrevivencia.

La variedad de prohibiciones que estipulan sus clientes hacia ellas consiste en: no tirar basura, no chorrear líquidos en el piso de la calle, no

pretender el acceso a servicios como el agua potable y el baño ni pueden sentarse frente a las puertas de las casas, y tampoco pueden acomodar bolsas en sus diablitos cerca de los domicilios de las clientas. Si llegan a dejar caer algún objeto sólido o líquido, son obligadas a recogerlo o a limpiar con escoba, jabón y cloro. Las clientas regañan públicamente a las madres jóvenes por "descuidar" a sus hijos y, como habíamos mencionado, las llaman "irresponsables" porque cargan a sus bebés mientras pepenan o recolectan la basura.

Los intermediarios

El sector informal vende lo que recupera de las calles, y lo hace por medio de los denominados centros de acopio o negocios de reciclaje. En estos lugares compran prácticamente todo: fierro, plástico, PET, archivo, autopartes de automóvil, llantas, y una larga lista de materiales y objetos. Las mujeres que se dedican a pepenar en las esquinas son las que más acuden a estos lugares, y muchas veces lo hacen con miedo porque han sido víctimas de abusos de los trabajadores o de dueños que laboran en estos centros. El temor más recurrente entre ellas es que no les paguen lo justo por lo que llevan a vender. Aury asegura que los trabajadores de dichas bodegas la hostigan y su constante preocupación es la incertidumbre de no saber si lo que le pagan es o no lo justo.

> *Aury:* A mí me molestan, me dicen cosas feas, por eso no quiero ir, pero mi mamá me manda ahí, que porque pagan bien […] yo veo que no me dan lo que cuesta el fierro, no sé cómo usan el aparato [báscula] […] si pue' pierdo, pierdo lo que les vendí y pierdo lo que puse para el carro [taxi] […] Cuando miro es poco [dinero] […] No me gusta ir ahí, me da miedo.

Las mujeres se esfuerzan por hacer sus cuentas de la manera más clara con los dueños, pero siempre tienen la duda de si la transacción fue justa porque muy pocas saben leer y escribir.

El trato que los patrones de los negocios dan a las personas que trabajan en el sector informal es muy distinto del que proporcionan a otros clientes, como comercios, empresas o escuelas, por mencionar algunos. Existe una clara desigualdad porque la mayoría de los pepenadores desconoce los precios exactos (y sus variaciones) de los residuos que ofrecen para vender. Como doble discurso, los intermediarios no tratan como negociantes ni como comerciantes menores a los pepenadores. De hecho, la transacción económica que podrían entablar con ellos se disfraza de caridad.

En cambio, los dueños de estos negocios se subordinan a las grandes cadenas comerciales y trasnacionales como Sam's, Chedraui o Soriana, las cuales tampoco pagan lo justo por la mercancía reciclada.

Las mujeres pepenadoras creen que los dueños de los negocios les mienten porque suelen argumentar que su mercancía "no sirve". Cuando se le preguntó a don Toño su opinión sobre el sector informal contestó:

> *Don Toño:* Pues son indígenas bien jodidos, que trabajan pa' comer […] A mí sí me traen y yo les compro, aunque sea les doy poquito porque no traen mucho o no sirve, los pobres siempre vienen cada quince días porque no pueden juntar más. Aquí los atendemos y les damos lo que cueste la mercancía y se van contentos […] no les puedo dar más. Pues con algo, aunque sea una ayudadita, para que no se queden sin comer.

Por otro lado, el dueño del negocio de la Explanada del Carmen dijo:

> *Ramón:* Pues ellos vienen cada dos o tres semanas, vienen en taxi o alguien los trae, venden y se van. Traen muy poco… lo que traen está inservible y no entienden que eso va a la basura, que no se puede utilizar nada, y por buena onda les damos algo, porque no vale nada. Vienen mujeres aquí y a veces nos dicen que sí vale, y se enojan porque les decimos que no […] Yo mismo les digo, vayan y pregunten en otro lado y van a ver que no les van a dar nada […] Por buena onda les decimos, déjelo aquí, no se lo lleve cargando, le doy una cooperación para su viaje, y ellas se enojan, pero como traen chamaquitos,

> ya no pueden cargar y lo dejan. También traen latas y eso sí lo pagamos, les damos lo que es y es un negocio, esto es un negocio.

A quienes trabajan en el sector informal de la basura les parece injusto lo que les pagan pues consideran que es un recurso que ayuda para complementar sus gastos, pero no es suficiente. Según la mayoría, trabajan demasiado y lo que obtienen no es proporcional.

Existen comercios pequeños de otro tipo, locales ubicados cerca de los mercados. Son negocios nuevos (entre tres y cinco años de haberse inaugurado) y son atendidos por familias migrantes chiapanecas. Estos locales reciben latas, fierro o cobre de la ciudadanía, de escuelas públicas o particulares o de personas y manejan precios superiores a los que ofrecen en los negocios de reciclaje más grandes. Por esa razón, estos espacios no son un referente entre el sector informal, porque no es redituable para ellos.

Hay otro tipo de comercios de reciclaje; se trata de bares que se dedican al aprovechamiento de los residuos como latas y PET para venderlos a los negocios de reciclaje. Algunas de las informantes tienen referencia de estos lugares porque están cerca de sus casas, como los que están rumbo a la colonia La Hormiga. Los dueños de los negocios les pagan muy poco, incluso menos que los peones barrenderos en el Tívoli. La razón principal por la que prefieren vender sus latas en los bares es por la cercanía, porque eso les ayuda a no descuidar a sus hijos.

La violencia horizontal entre las pepenadoras

Como ya mencionamos, la confrontación es una práctica frecuente entre quienes trabajan en el sector informal de la basura. Tanto hombres como mujeres buscan conservar su posición, legitimidad y experiencia. Sin embargo, estos procesos no los viven de la misma forma.

Los pepenadores hombres acceden con mayor facilidad a los recursos, pueden hacer varios trabajos a la vez, tienen mayor y mejor capacitación e ingresos y establecen rápidamente redes de solidaridad, amistad, acuerdos y pactos. En cambio, las mujeres viven con mayor dificultad la dinámica económica que se desprende de su trabajo y enfrentan de manera

recurrente múltiples violencias ejercidas por los distintos actores que conforman el Sistema de Recolección de Basura. Se asisten del servilismo y la autovictimización y reproducen la violencia que les permite la permanencia en su trabajo.

En principio, la mayoría de los recolectores informales (hombres y mujeres) no están organizados. Aunque cada uno trabaja de manera individual, se conocen de vista, se saludan, se topan en el transcurso de sus rutas, se encuentran en los depósitos de basura y coinciden en horarios y en los negocios de reciclaje. Afirman que no tienen relación entre sí debido a las pugnas que se han originado por los clientes, por los establecimientos, por las rutas y por la basura. En el caso de los varones, se observó que procuran más la convivencia entre ellos porque en algún tiempo fueron compañeros de trabajo, conocidos o vecinos; o porque se encontraron en el Tívoli y entablaron amistad. En general, procuran hacer el trabajo por cuenta propia, porque les parece mejor el trabajo individual que en grupo para evitar posibles conflictos.

En una encuesta realizada a hombres y mujeres de este sector, 83.3 por ciento dijo que sabe de otros trabajadores recolectores informales en San Cristóbal; 13.9 por ciento dijo que no los conoce y 2.8 por ciento no quiso hablar del tema.

En las pláticas informales se identificó que las mujeres son las que más se resisten a entablar algún tipo de relación, especialmente con otras mujeres, pues consideran que su trabajo se debe a un proceso personal, de iniciativas propias. Además, consideran que su práctica laboral es sacrificada, única y muy distinta a las otras experiencias, y no están dispuestas a compartir sus métodos con otras personas.

Pocas veces se interesan en mantener un diálogo o una plática casual, pero lo hacen con la finalidad de conocer otras estrategias y dinámicas adoptadas en el trabajo que desarrollan. Otras prefieren no hacerlo. El individualismo y la frontera cultural interétnica, por ser tsotsiles y tseltales, las mantiene distantes entre ellas. En muchas ocasiones han vivido enfrentamientos con violencia en la calle y se han gritado y cuestionado en público.

Se sobrevalora la práctica individual por encima de las demás. Refieren que su labor en la basura se caracteriza por ser la más dedicada y barata,

la que proporciona mejores recursos, la más planificada y necesaria. Pese a los conflictos y distanciamientos entre ellas, la mayoría coincide en que las mujeres son las más dedicadas al trabajo:

> *Doña Mary:* Ganaríamos bien si solamente estuviéramos nosotras… pero creo que sí ganamos algo. Pero ahorita lo que yo veo es que no es sólo una persona, porque te digo, ahorita hay dos señores. Ya veo que un señor ya se metió y por eso tengo problemas con él porque está en la misma ruta, él ya me ha regañado dos o tres veces y entonces eso no me gustó. Lo fui a decir a mi esposo y le dije, ese señor me está regañando y no me gusta. Me regaña en el andador… un gerente de un comercio me dijo, llévese la basura. Yo no sabía que eran pedidos de ese señor. Mire usted, era bastante, eran catorce bolsas, otros pesados, entonces le dije yo, esta vez lo voy a sacar, sólo estos doce tambos, lo voy a sacar. ¿Cuánto me cobra usted? Setenta, le dije, porque es demasiado. Se llenó más de dos diablitos. Está bien. Después vino el señor con su triciclo y viendo la cara me dijo, ¿quién les ordenó que vinieran a sacar mis pedidos? ¿Quién mandó?, dice. Oiga, usted ¿por qué me está amenazando? A nosotros no le estamos quitando su trabajo al contrario, el Lic. nos dijo y tuvimos que cumplir para sacar esa basura, ¿Yo para qué le voy a estar quitando su trabajo si es de usted? Y además quién es usted que nos viene a ordenar ¿lo mandó el presidente? ¡Yo mando!, dijo el señor ese.

Algunas mujeres piensan que el trabajo en la basura debería ser realizado exclusivamente por y para ellas porque pueden realizarlo con sus hijos y cuidarlos al mismo tiempo que trabajan. Consideran que los pepenadores hombres deberían dedicarse a trabajos de carga pesada como peones, recibiendo salario de un patrón y cumpliendo otras reglamentaciones laborales.

Los problemas entre mujeres son más visibles. El rumor y el chisme son prácticas muy comunes entre ellas. También entre ellas se acusan de "cochinas", de que van regando la basura por la ciudad, que no son

cuidadosas en el traslado, de que son rateras o que no prestan el servicio completo de ir a tirar su basura al Tívoli, sino que la dejan en las esquinas o rompen las bolsas. Estos rumores contribuyen a generar percepciones de sus clientes, que son finalmente los que optan por un servicio o por otro. Estas prácticas funcionan porque la mayoría experimentó la pérdida de un cliente, lo que las obligó a enfrentarse a otras pepenadoras.

De cierta manera, las mujeres buscan la legitimidad, el reconocimiento de sus clientes, la consolidación y la seguridad en su trabajo. Cuando no se cumple este objetivo se sienten amenazadas.

En los recorridos de campo se pudo observar que los clientes, especialmente algunas dueñas de comercios pro-natura y de domicilios del centro histórico de la ciudad, tratan de imponer precios para que las pepenadoras se lleven determinadas bolsas de basura (que ni el camión recolector del ayuntamiento se quiere llevar). Cuando las mujeres recolectoras estipulan un precio tentativo, las clientas empiezan a regatear, argumentando que otras recolectoras informales ofrecen más barato el servicio. Esta amenaza sostenida en argumentos falaces, sobre el posible cambio de servicio por el ingreso solicitado, las obliga a recibir un monto raquítico. Este tipo de abuso o jugarreta por parte de las clientas también profundiza los conflictos y la desorganización entre ellas.

> *Aurora:* La otra vez, esa señora me daba cincuenta por bolsa grande, yo ayer le cobré quince pesos por una más grande, pero ella me dijo que hay otra que pasa a recoger basura y le cobra dos o tres pesos. Por eso mejor ya no decimos nada […] que den lo que sea.
>
> *Mary:* Yo tengo pocos pedidos, ya no dan. Porque dicen "ya pasó la otra", ahorita ya no hay.

La mayoría de las mujeres asumen que su trabajo en la basura se debe a sus trayectorias personales de exclusión y a la violencia de género que viven en sus espacios domésticos. En ello hay una noble intención de desligarse de sus figuras de opresión (sus esposos, parejas, padres, hermanos), pero el desarrollo de su labor en la basura revitaliza su subordinación

frente a las dinámicas del mercado, a las relaciones con los intermediarios, con sus clientes, con el ayuntamiento de la ciudad y con otros que viven de la basura. Estas tensiones profundizan la vulnerabilidad de todas las personas que trabajan en el sector informal de la basura, pero especialmente entre las mujeres por su condición de género, etnia y clase.

Otros rasgos negativos del trabajo informal en la basura son la falta de protección social, condiciones laborales precarias y ausencia de seguridad y protección de la salud para ellas y ellos y para sus hijos e hijas.

Como parte de la dinámica capitalista, desde esta posición subordinada en el sistema las mujeres se someten a un tipo de competencias laborales individualistas y marginales que tienen que ver con supuestos como la experiencia y la credibilidad. Desde este supuesto se dibujan breves trazos de reivindicaciones del sector informal de la basura, pues la mayoría defiende su posición por el número de años que han trabajado en el ramo. La antigüedad laboral informal es parte fundamental de las competencias entre ellas. También se hace patente la construcción sociocultural de la discriminación interracista, por ser mujeres tsotsiles y tseltales. Aunque pueden manifestarse expresiones de comprensión por su condición de madres, se resisten a los afectos, incluso a las relaciones de amistad. Como ejemplo de lo anterior, en el trabajo de campo la mayoría cuestionó mi interés por conocerlas a todas. El argumento principal de su inconformidad sobre el tema de la cuestión étnica fue que las tsotsiles son chismosas y las tseltales, rateras. Es importante mencionar que esta práctica interétnica me limitó en el desarrollo del trabajo de campo. De algunas mujeres pepenadoras recibí insultos, amenazas y cuestionamientos públicos por mi cercanía con otras mujeres. Me hicieron saber su desconfianza hacia mí y, por lo tanto, me retiraron la palabra y, por ende, su amistad.

Las que tienen mayor tiempo en el trabajo exigen un reconocimiento de sus pares, que se valore su esfuerzo, se respete a sus clientes o marchantes que han conseguido personalmente y se evite transitar por las rutas trazadas por cada quien. Estas normativas y prohibiciones se establecen mediante la imposición y en numerosas ocasiones se manifiestan mediante la violencia directa.

El servilismo/credibilidad es un aspecto dialéctico que funciona entre indígenas y clientes. Sin embargo, como dice Gutiérrez (2013), la identidad indígena pasiva se ha construido socialmente mediante atribuciones de género y clase, prejuicio y discriminación.

La pugna por clientes, espacios y recursos mínimos no sólo es parte de la defensa de su trabajo, sino de la resistencia a ser excluidos de nuevo. Ello atenta contra su única forma de sobrevivencia, y en ella se dan manifestaciones múltiples de violencia.

Como ejemplo de ello observamos cómo las mujeres son las que están en la posición más baja de la pirámide, que parte desde los sectores de mayor poder hasta la relación que establecen con otros hombres y mujeres en el contexto de la basura. Mientras que el sistema usa la mano de obra explotada de las mujeres, en un nivel micro las pepenadoras se someten a duras dinámicas de control y poder por los recursos.

Reflexiones finales

Este trabajo es una aproximación a las relaciones personales y a los efectos sistémicos de la dinámica capitalista en las mujeres pepenadoras,[94] procesos que forman parte del moderno funcionamiento patriarcal del sistema neoliberal. Este sistema de exclusión ha impuesto un modelo social, político, económico y cultural que se encarna desde el universalismo hasta las particularidades de las sociedades y de las personas.

Este sistema intenta la homogeneización de las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales, y fragmenta la organización social, además de que provoca el resquebrajamiento de la autonomía de los Estados nacionales, entre otros efectos,[95] para desarrollar el bienestar económico de unos cuantos.

Graves consecuencias se insertan en la sociedad ante la pérdida del derecho al acceso a los recursos y a los servicios públicos, y ante la

[94] Retomar el género no como un concepto sino como un punto de partida no ha sido fácil. Su estudio implica un constante diálogo con nuestras posturas ontológicas, políticas y de vida, por ello argumentamos la pertinencia del análisis de género como concepto analítico y de cambio, que aporta explicaciones y procesos analíticos nuevos para la transformación de la realidad a nivel sistema; este trabajo es un recordatorio de que el patriarcado sigue vivo, se renueva con cada modelo de producción y está presente en todos los ámbitos de la estructura social y de la cultura, imponiendo su ideología, perpetuando y legitimando las opresiones de género, etnia y clase.

[95] Las estrategias del capitalismo se sustentan en los cambios tecnológicos, en la expansión del mercado y en las privatizaciones.

desaparición paulatina de los derechos humanos, así como la creciente y permanente exclusión social, que acentúa las históricas desigualdades sociales en un contexto de creciente heterogeneidad.

Este sistema implica fracturas en el tejido social, la ruptura de ciertas coordenadas básicas de integración y la respectiva cauda de desigualdades económicas, sociales, étnicas y de género que se han constituido históricamente sobre las profundas y estructurales asimetrías patriarcales. Como dice Olivera (2009), no sólo se trata de una crisis financiera, sino de una profunda crisis de la vía civilizatoria adoptada por Occidente que, fincada en la vía instrumental capitalista, no sólo ha puesto el trabajo social al servicio de la ganancia, sino ha generado una crisis total: ambiental, productiva, social y energética. La organización económica, política y social del patriarcado coloca el capitalismo como agente dominante.

El proceso de integración de este modelo de desarrollo global y las recientes crisis económicas ampliaron la brecha de la pobreza atentando contra la vida comunitaria y familiar de la población que vive en el campo. Uno de los grupos sociales que ha sufrido los efectos más devastadores del modelo económico neoliberal es la población indígena.

Como se mencionó, a consecuencia de la progresiva desestructuración de la economía campesina, miles de indígenas sin tierra y desplazados vienen, de manera conjunta o individual, a engrosar las filas de los trabajadores de empleos informales y se conforma una creciente y preocupante marginalidad urbana, sin expectativas de empleo, porque el ritmo de creación de nuevos puestos de trabajo es muy inferior a la demanda.

Esta exclusión es una forma de sufrimiento porque implica la privación de las necesidades básicas, implantada desde la estructura y justificada por la cultura. La exclusión es una forma de violencia estructural, institucionalizada e interiorizada, y se manifiesta como un poder desigual y, por consiguiente, como oportunidades de vida distintas.

El carácter estructural de la violencia y la misma forma de acumulación capitalista se expresa en toda la forma de extracción de la riqueza que con el capitalismo se recrudece, y con el neoliberalismo mucho más. Por ello decimos que la violencia estructural está en la misma dinámica de

reproducción del sistema capitalista, y entonces se expresa de diferentes maneras, pero están interrelacionadas.

Este proceso alcanza contextos periféricos submarginales como San Cristóbal de Las Casas, debido a su dependencia económica con el exterior, a su extrema fragilidad económica y a su escasa capacidad de producción.

Los procesos de polarización y exclusión capitalista, de carácter patriarcal, son evidentes en la ciudad debido a la creciente marginalidad de la población indígena, pero se presentan de manera más violenta entre las mujeres indígenas pobres. Este sistema y sus procesos han colocado a las mujeres inmigrantes en esta situación de sobrevivencia extrema, en la que tienen muy pocas alternativas, entre ellas, la pepena de basura.

Un importante número de mujeres que viven en y de la basura son indígenas pobres, desplazadas, desempleadas, madres solteras, separadas, viudas, de diferentes edades y generaciones y con diversas adscripciones religiosas. Vivieron un proceso de migración forzada y llegaron huyendo de la violencia (de manera conjunta o individual), en busca de posibilidades de sobrevivencia propias y para sus familias. Tampoco optaron por la migración fuera de México ni a otros estados; prefirieron quedarse en San Cristóbal por la posibilidad de encontrar un trabajo por la oferta turística.

El cúmulo de violencias interseccionadas acompañó a las mujeres indígenas, que se insertaron en un espacio urbano hostil racista; llegaron a la ciudad por debajo de las dinámicas sociales, políticas y económicas ya establecidas, y no ingresaron de manera inmediata al proceso productivo formal de la ciudad.

Su readaptación a un espacio urbano con características particulares de desarrollo submarginal, desigual y combinado (diferentes a las dinámicas vividas en sus comunidades y en otras ciudades más grandes), profundizó su condición de subordinación de clase, etnia y género. Su situación de vulnerabilidad las imposibilitó para la creación de redes de solidaridad porque en su mayoría llegaron solas. Se las veía con una gran desconfianza no sólo de la población no indígena, sino también de la indígena ya establecida en la urbe.

Para establecerse en un lugar y ganarse un techo para vivir, sólo encontraron trabajos informales, inseguros y con muy bajos ingresos. Asumieron

su condición subordinada y servil que temporalmente las ayudó a mantener a sus familias. Desde su condición de pobreza urbana han tenido que insertarse en una labor todavía más paupérrima, invisible y vulnerable, la pepena urbana.

La violencia institucional que viven las mujeres se manifiesta en la absoluta falta de seguridad social, además de que todavía tienen que lidiar con la discriminación por razones de género, clase, etnia y edad. Ésta es una expresión de la violencia estructural que desata violencias directas y culturales en las mujeres pepenadoras de basura.

El Estado y sus instituciones no proporcionan seguridad de ningún tipo a estas mujeres. No cuentan con servicios de salud ni alcanzan los apoyos gubernamentales por falta de documentación civil. Viven su ciudadanía incompleta, es decir, se ven excluidas del disfrute de los derechos sociales, económicos y políticos.

La violencia institucional se manifiesta mediante esa negación de los derechos humanos básicos y del reconocimiento social para ejercerlos. Como ejemplo de ello vemos cómo las mujeres en general viven en infraviviendas ubicadas en las periferias, y las que tienen parejas, hijos e hijas viven en hacinamiento, alejadas de los servicios básicos. Las mujeres mayores pobres, indígenas y sancristobalenses viven la soledad emanada de su viudez y del olvido de las instituciones y de sus familias.

La mayoría de los hijos de estas mujeres no tienen acceso a la educación por falta de recursos económicos, y quienes han accedido a esos espacios lo han hecho por la insistencia de pertenecer a y permanecer en la dinámica de la ciudad. Tampoco tienen acceso a la salud pública, no sólo para atender sus necesidades como mujeres sino también por las condiciones laborales precarias entre la basura, que han empeorado su situación de salud. Por lo anterior, la marginalidad que viven representa una muestra del rezago histórico en cuanto a la posibilidad de una mejora de vida en todo ámbito.

La exclusión social y la marginalidad como formas de violencia estructural se expresan en la violencia cotidiana, en los espacios domésticos y en los entornos de trabajo. Las mujeres sufren la violencia directa que es visible en forma de conductas y responde a actos de violencia física y verbal; ellas son objeto de maltratos, regaños, señalamientos, amenazas y

prohibiciones de las figuras de poder y control representadas por las personas o instituciones con las que tienen que relacionarse cotidianamente, ya sean sus parejas, sus hijos, o bien con los sectores que participan en el Sistema de Recolección de Basura, además de sus clientes, la ciudadanía o entre ellas mismas como pepenadoras de basura.

La desconfianza, la descalificación, la humillación y la sospecha son prácticas discriminatorias que se evidencian en la mayoría de las instituciones y estas mujeres le hacen frente, sujetas frágiles, muy limitadas para encarar las frustraciones y dar respuesta a esas violencias.

La pepena urbana tiene su origen en la violencia, y paradójicamente se ha convertido en una agencia, aunque precaria, flexible, sobrexplotada e insalubre de la que se obtienen muy bajos ingresos y no tiene reconocimiento institucional ni social. Este sector posee rasgos individualistas, jerárquicos y de constantes competencias y confrontaciones por los espacios y recursos, lo que profundiza la violencia vertical y horizontal, además de que tienen resistencia a la organización.

Este trabajo presenta una precariedad importante por ser sucio y estigmatizado socialmente, lo que agudiza en mayor medida la discriminación directa, de género, étnica y de clase hacia las mujeres. Esta violencia cultural se puede ver en esa dependencia subordinada y asumida por ellas, y que ha sido una constante para el desarrollo de su trabajo de sobrevivencia, siempre dentro de estos márgenes de superioridad-inferioridad.

Las mujeres sufren violencia de género y laboral. Eso tiene que ver con el trato cotidiano y con el hostigamiento sexual al que diariamente están sujetas. También es visible la desigualdad económica que viven por su condición de género, pues ellas son las que menos ingresos reciben por el material recolectado que venden como pepenadoras y por el servicio que prestan como recolectoras. Muy diferente es la situación que viven los recolectores, pues tienen más medios, mayores ingresos y posibilidades de obtener otros trabajos y recibir mayor capacitación (pero siempre dentro de labores sobrexplotadas). Las desigualdades de género dentro de esa marginalidad se reflejan, en lo concreto, en la posición privilegiada de los varones.

La jerarquización del sector informal de la basura influye en la profundización de las desigualdades, discriminaciones y segregaciones. En esta

débil estructura no dejan de visibilizarse las múltiples violencias, no sólo de hombres hacia las mujeres, sino de mujeres hacia mujeres, hombres hacia hombres y mujeres y hombres hacia niños y niñas. Se discrimina por razones de edad a las pepenadoras mayores, mientras que las madres con familia extensa tienen mayor poder y control de los espacios autoasignados, que les dan estatus frente a los demás.

Las mujeres reciben muy pocos ingresos que no alcanzan para solventar sus necesidades básicas y las de sus familias. Dependen de esos recursos, que están muy por debajo de los salarios normales. El sistema neoliberal usa la mano de obra de las mujeres recolectoras, desde esta informalidad precaria y marginal, para la acumulación.

La dependencia de las mujeres se mantiene con fuerza porque su principal problema es el hambre, y esto es suficiente para que el carácter patriarcal del sistema capitalista las desmovilice políticamente. Aunque están excluidas de la institucionalidad del sistema, son útiles para llenar un vacío de ineficiencia.

El trabajo en la basura es muy significativo para las mujeres pues les permite atender otras actividades, particularmente domésticas, como atender a sus hijos, llevarlos a la escuela, dar de comer a sus esposos, lavar ropa y pagar los servicios de manutención y de habitación. La vida cotidiana trascurre entre estas dos dimensiones, en el trabajo de recolección y, por otro lado, el que se realiza en casa junto a los hijos y esposos.

El trabajo de cuidado que realizan las mujeres indígenas es parte de un efecto patriarcal y una nueva forma de acumulación. El capital obtiene mayor beneficio cuando las mujeres combinan su trabajo en la recolección de la basura con el que se realiza en la casa. En la acumulación originaria son las mujeres quienes aportan todo, sin que al capital le cueste nada. El capital se beneficia de las mujeres recolectoras, que han aportado históricamente servicios, y no se les retribuye por ello. La violencia patriarcal se reproduce en la identidad marginal de las mujeres indígenas, que se nutrió de las distintas subordinaciones experimentadas a lo largo de su vida desde el colonialismo patriarcal.

Las mujeres viven subjetivamente su situación de recolectoras defendiéndose de la discriminación y de la violencia que se presentan en su vida

cotidiana y en su trabajo. Ellas tienen que hacer un gran esfuerzo y no lo viven como víctimas, sino que, dentro de esa situación tan miserable, sacan fuerza de sí mismas y desarrollan un esfuerzo mayor para sobrevivir. Este trabajo que hacen las mujeres y que no es especializado técnicamente se asume como parte del cuidado, como parte de lo necesario para ofrecerlo a sus familias. Las mujeres, para afrontar la violencia que sufren, tienen que reproducirla.

Esta situación de violencia requiere de cambios institucionales y culturales, es decir, de cambios estructurales con dinámicas diferentes. La agencia de las mujeres indígenas está vinculada hacia lo inmediato. Su situación de marginalidad hace más difícil iniciar un proceso de reflexión y se necesita mucho más tiempo del que permite el mismo trabajo de investigación. Quizá son objetivos difíciles de alcanzar plenamente, ya que nos encontramos ante un sector de la población con poca experiencia en organización, además de que las mujeres indígenas históricamente no han participado en el funcionamiento público.

Ellas han naturalizado su existencia y la asumen como una suerte de vida (enajenación), al mismo tiempo que las hace desplegar una agencia, quizá no de transformación sino de sobrevivencia extrema. Viven aisladas y en competencia. Estas formas de vida y de violencia son la base de la construcción de sus subjetividades.

Las mujeres no pueden decidir sobre su vida ni autodeterminarse, como dice Olivera (2009), menos al nivel de decisiones económicas globales que toman los empresarios y financieros más poderosos del mundo, de acuerdo con los intereses y el funcionamiento patriarcal de la sociedad capitalista.

Compartimos la idea de esta autora, que centra su propuesta como parte de un proyecto civilizatorio alternativo que encuentra en las mujeres a sus principales depositarias. La búsqueda de alternativas obliga a visibilizar su aporte, pero también a reconocer que la lógica de bienestar ha tenido un alto costo para ellas, precisamente por su posición desventajosa y subordinada ante el Estado, la sociedad y sus propias familias.

En un sentido práctico, para fomentar estas posibilidades y anhelos de cambio, nos planteamos trabajar no sólo en la toma de conciencia de

las mujeres sobre las causas y sobre las violencias inherentes a su situación subordinada, sino también en un impulso de revaloración del sentido colectivo en sus espacios vitales y en el fortalecimiento de las identidades colectivas para motivar la movilización de las mujeres y sus familias hacia la construcción de un sistema más justo, humano y democrático alternativo al capitalismo patriarcal (Olivera, 2009).

Las pepenadoras de basura tienen grandes limitaciones para llegar a la transformación social, económica, política y de género. Para que puedan desplegar su agencia necesitan romper sus cadenas de subordinación interseccionadas. Lo que queremos evidenciar es que la dinámica capitalista posiciona a las mujeres pepenadoras en una condición marginal pero, paralelamente, el sistema las hunde más, al incorporarlas al mercado de la basura como única vía para su sobrevivencia.

La lucha de las mujeres, aunque de manera individual, está enfocada a la sobrevivencia. Tampoco han alcanzado un proceso de lucha por el reconocimiento social de su trabajo y de sus derechos básicos como ciudadanas, con las cargas de género, identidad y clase social que ello implica.

Creemos que esta investigación aporta elementos para generar una conciencia crítica de género, es decir, que las mujeres indígenas sean conscientes de que las desigualdades y las relaciones de subordinación que viven son de orden social y no natural, que es posible establecer relaciones de igualdad de condiciones y derechos entre hombres y mujeres y, por lo tanto, que se pueden promover procesos de transformación de la identidad de las mujeres como sujetas activas de su propio desarrollo, tomando como base los valores que por conciencia propia se establezcan, los cuales deben ser puestos en una dimensión dialógica crítica, para ayudar a construir relaciones equitativas en el sistema y en el nivel de vida de las mujeres.

Este trabajo retoma la propuesta de Bourdieu (Olivera, 2004) sobre cómo las relaciones estructurales (instituciones políticas y económicas) y el *hábitus,* dinamizan las relaciones y las instituciones, pero pasando por las personas en forma de prescripciones sociales y culturales que se asumen como disposiciones. De acuerdo con su posición de poder, definida por los capitales económicos, culturales y simbólicos que poseen, las mujeres se

articulan y rechazan o transforman las prescripciones surgidas de las dinámicas estructurales, a la vez que van transformando sus identidades.

Es necesario modificar esto, y para lograrlo es preciso transformar todo el sistema. Para ir avanzando en esta perspectiva se requiere que las mujeres tomen conciencia de las causas de su situación y que despierten una agencia innovadora, transformadora y liberadora de sus agresiones. Las mujeres deben partir de su propia fuerza frente a la necesidad de organizarse para exigir sus derechos.

Las autodeterminaciones personales pueden irse construyendo en los espacios colectivos y comunitarios, con la condición de que exista un proyecto político que en la práctica ofrezca a las mujeres posibilidades de tomar parte en las decisiones colectivas. Que no solamente haya espacios de participación sino que las mujeres los asuman, eliminando sus miedos, el servilismo voluntario y la dependencia en la dominación de género, clase y etnia.

Propuesta sobre la nueva gestión pública de la basura en San Cristóbal como un derecho a la ciudad

Esta propuesta es producto de la reflexión sobre la actual gestión del Servicio Público de Recolección de la Basura en el municipio de San Cristóbal de Las Casas y sobre la importancia de replantear este servicio como un derecho en la ciudad.

Históricamente, San Cristóbal se ha desarrollado bajo formas que benefician a las necesidades del capital; igualmente ha ocurrido esto en el tema de la gestión de la basura, donde participan algunos actores, principalmente capitalistas. Partiendo de este contexto, para un replanteamiento integral del sistema, se requiere la inclusión de todos y cada uno de los actores, teniendo en cuenta que la gestión integral de la basura debe considerarse como un derecho a la ciudad.[96]

[96] Esta propuesta parte de las categorías de análisis de derecho a la ciudad (Lefebvre, 1970, 1978, 1991; Harvey, 2005, Borja 2013) y la nueva gestión pública (Cejudo *et al.*, 2011).

David Harvey (2005) define que el derecho a la ciudad implica la libertad individual, pero también es un derecho colectivo, de acceder a los recursos urbanos y de ejercer el derecho de cambiarlos. Esta perspectiva teórica afirma también que las ciudades son productos sociales del esfuerzo humano[97] de largo aliento histórico (Braudel, 1994) y de cada momento coyuntural.[98] Harvey (2005) señala que el derecho a la ciudad es un bien común y que depende del ejercicio de un poder colectivo para remodelar procesos de urbanización. Considera que el derecho a la ciudad "[…] es uno de los derechos humanos más preciosos, pero también uno de los más descuidados […]" (Harvey, 2005: 24).

Por otro lado, afirma que la urbanización

> […] ha desempeñado un papel particularmente activo a la hora de absorber el producto excedente que los capitalistas producen perpetuamente en su búsqueda de beneficio. […] La urbanización siempre ha sido un fenómeno de clase ya que los excedentes son extraídos de algún sitio y de alguien, mientras que el control sobre su utilización habitualmente radica en pocas manos (Harvey, 2005: 24).[99]

---

[97] De acuerdo con Marx (2002), la producción es la diferencia clave entre el ser humano y los animales: podemos distinguir al "ser humano" de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero los hombres mismos comienzan a ver la diferencia entre ellos y los animales tan pronto como comienzan a producir sus medios de vida […] Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, con lo que producen y cómo lo producen.

[98] La ciudad es producida cotidianamente bajo tensiones políticas por sus distintos actores, clases e integrantes; por ello su ubicación no es algo casual, se enlaza al modo de producción, a factores geográficos, a procesos sociales, entre otros. En lo particular se coloca como principales partícipes a los distintos actores, con el fin de darle forma a la gestión integral de la basura en San Cristóbal, que en el fondo produce la ciudad como un derecho de todas y todos sus integrantes, aunque legalmente se carece de un reconocimiento formal.

[99] El autor señala que las fases precedentes de la expansión radical del proceso urbano han traído aparejadas increíbles transformaciones de los estilos de vida. La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía como la ciudad misma, en un mundo en el que

A esta definición subyacen interrogantes mayores vinculadas a los procesos de crecimiento urbano, a la expansión demográfica y, por supuesto, a la reconfiguración de la ciudad como *pueblo mágico* con "vocación" turística. Por lo tanto, nos hacemos la siguiente pregunta ¿cómo y para quiénes se está produciendo la ciudad de San Cristóbal?

La problemática de la basura en este entorno se halla interconectada con esos momentos orgánicos, teniendo como una totalidad y una interrelación con el sistema capitalista que predomina en el mundo, en el país y, por supuesto, en la región chiapaneca.

El turismo, la expansión urbana que utiliza el capitalismo como mecanismo de absorción de excedentes, desborda y pone en crisis toda prestación de servicios públicos, ya que impacta de manera muy particular en la producción de la basura o de los residuos sólidos que generan las poblaciones.[100]

La producción hegemónica de la ciudad bajo formas eminentemente capitalistas, en lo particular en el Sistema de Recolección de Basura, excluye a la mayoría de los actores que componen el servicio. Asimismo, San Cristóbal carece de una regulación adecuada para el ciclo de la basura,

el consumismo, el turismo, las industrias culturales y las basadas en el conocimiento se han convertido en aspectos esenciales de la economía política urbana.

[100] Lo que se desprende de los datos ya señalados en relación con la transformación del modelo económico y de la discusión conceptual es que el proceso local donde se realizó la investigación tiene características especiales, aunque comparte con otras zonas del país el crecimiento urbano y la expansión demográfica desde los años setenta del siglo XX, es decir, hace cuarenta años. Estas transformaciones urbanas se agudizaron hace poco más de veinte años, ya que paralelamente, a principio del siglo XXI, se incorporó la tendencia de configurar a la ciudad como un pueblo mágico especializado en el turismo. Ello ha requerido la creación de otros servicios, como hotelería, restaurantes y hospitales privados, que giran a su alrededor. Esta expansión que tiene como fuente el crecimiento urbano, demográfico y la tendencia a reconfigurar la ciudad como turística tiene un impacto sobre la producción de toneladas de basura o residuos sólidos y tóxicos, que han puesto en crisis la estructura del Sistema Público de Recolección y exigen un replanteamiento. Otra de las características especiales es la presencia de mano de obra indígena como parte del proceso de la basura y la pepena.

lo cual imposibilita el derecho a la ciudad, la gestión integral de los residuos sólidos y peligrosos y un medio ambiente sano.

Introducir la discusión sobre la nueva gestión pública podría ayudar a comprender y a replantear la actual gestión de la basura en la ciudad (también puede replantearse a nivel nacional), teniendo en cuenta sus limitaciones, pero también sus potencialidades respecto de las formas realmente existentes, clásicas o progresistas, de la administración pública.[101]

Cejudo (2011) explica que la nueva gestión pública denota un conjunto de decisiones y prácticas administrativas orientadas a flexibilizar estructuras y procesos, y a introducir mayor competencia en el sector público, con el propósito de mejorar los resultados de la acción gubernativa. Estas decisiones y prácticas podrían estar dirigidas hacia una nueva forma de fortalecer la inclusión de la participación social, introducir la importancia del tratamiento sobre los efectos ambientales y la cultura del reciclaje, teniendo de fondo la crisis por la que atraviesa la administración pública tradicional y la posibilidad de su horizontalidad, entre otros elementos que propone esta perspectiva.

La gestión de la basura es integral cuando incorpora la visión tridimensional, tema en el que la participación social, la incorporación del proceso de reciclaje y la protección y cuidado del medio ambiente son importantes (Bernache, 2006); o bien, lo que podría desprenderse de las normas jurídicas como la Ley General para la Prevención y Gestión de los Residuos (2003, en Bernache, 2006). Al respecto, la mencionada ley expone lo siguiente:

> La ley ha reorientado las políticas públicas en materia de residuos hacia la gestión integral para el desarrollo sustentable, a partir de un sistema de responsabilidad compartida. Este principio es entendido como aquello donde se reconoce que los residuos sólidos urbanos y de manejo especial son generados a partir de la realización de actividades que satisfacen necesidades de la sociedad mediante

[101] Se toma de Bernache (2006) y de Cejudo (2011) la perspectiva de la gestión integral del Sistema de Recolección de Basura y su relación con la nueva gestión pública.

> cadenas de valor tipo producción, proceso, embazado, distribución, consumo de productos, y que, en consecuencia su manejo integral es una corresponsabilidad social y requiere la participación conjunta coordinada y diferenciada de productores, distribuidores, consumidores, usuarios de subproductos y de los tres órdenes de gobierno según corresponda bajo un esquema de factibilidad del mercado y eficiencia ambiental, tecnológica, económica y social (Ley General para la Prevención y Gestión Integral de Residuos, 2003, art. 5, inciso XXXIV, en Bernache, 2006: 516).

Esta propuesta de reconsiderar la nueva gestión del servicio como un derecho a la ciudad fundamentalmente parte de un ámbito multidimensional y no meramente técnico; se incluye la problemática que presentan los distintos actores, tanto institucionales como ciudadanos. Es relevante en cuanto a lo institucional porque intenta responder al problema de la basura con una serie de contenidos que agregan los ámbitos diacrónicos y sincrónicos, históricos, económico-políticos y ambientales. Se intenta incidir en un proceso social como lo es la problemática de la basura con la finalidad de originar sentidos hacia sociedades más justas, libres y democráticas.

Esta perspectiva intenta incidir en un proceso en el que participen los actores que construyen estrategias de sobrevivencia y donde existe una necesidad de reconocimiento social, entre otros factores, hacia las trabajadoras y los trabajadores de la basura, que son población indígena migrante, desplazada, que encuentra en la pepena urbana el único medio de subsistencia.

Con esta propuesta intenta expresar que el Sistema de Recolección de Basura deberá necesariamente desarrollarse como un servicio público, con fundamento en los derechos humanos y bajo la vertiente de la reciprocidad, es decir, su eje se debe centrar en la participación del Estado y las autoridades, pero también de la ciudadanía. En ese tenor, la participación ciudadana es primordial porque el derecho a la ciudad contempla, por ejemplo, la planificación hasta las formas de administración en su conjunto de los espacios de acumulación de basura (como tiraderos a cielo abierto o centros de transferencia). Las herramientas metodológicas tienen que

ser participativas y en ellas, de manera conjunta, se deben producir contenidos claves partiendo de la gestión integral y del derecho a la ciudad con el objetivo de replantear integralmente este servicio público en San Cristóbal.

A manera de propuesta, se plantea un análisis sobre las formas capitalistas de producción de las ciudades, específicamente de la ciudad de estudio (que podría ser un modelo en lugares donde la tendencia sea la privatización del servicio de recolección de la basura), que se traducen en el crecimiento urbano, la extensión poblacional y la reconfiguración turística relacionada con la crisis que atraviesa el sistema.

Se hace énfasis en la comprensión de este tema desde una mirada compleja, no sólo coyuntural o electoral, sino como un asunto que tiene una conexión orgánica en la producción de la ciudad.

Al tratar el presente asunto tenemos que incluir sus distintas aristas o momentos, que se encuentran interconectados en los ámbitos histórico, económico-político, ambiental, jurídico y sociológico, entre otros. Teniendo clara una crítica edificante, la idea es generar puentes de interlocución entre los actores relacionados con el tema, ya que el Sistema de Recolección de Basura se encuentra en crisis y, por lo mismo, requiere un replanteamiento integral que cristalice no sólo en lo jurídico normativo.

a. Bajo un análisis histórico encontramos antecedentes coloniales de los cuales se desprende que desde aquellos momentos influyen en forma determinante las características geográficas inherentes a la región Altos de Chiapas, de la cual es parte San Cristóbal, que han exigido el mantenimiento urbano permanente en cuanto a la recolección de residuos sólidos, con el fin de evitar inundaciones o cualquier otra afectación.

La ciudad fue construida originalmente como pueblo de españoles, donde se consideraba a los no españoles, que habitaban principalmente en los barrios y las comunidades rurales anexas, como mano de obra encomendada o posteriormente acasillada; se forzaba a indígenas, reos y otros sectores a dar mantenimiento a la infraestructura urbana, y a atender el asunto de la basura.

Desde tiempos coloniales, los desechos se depositaban en tiraderos clandestinos o vertederos como canaletas para que el agua de lluvia se llevara tanto el desecho sólido, como el agua negra. Hasta bien entrado el siglo XX, en la década de los setenta y ochenta se consolidó la mirada de la autoridad municipal, la perspectiva sobre los desechos sólidos como un servicio público, tal como se conoce hoy. En 2010 se dieron por primera vez procesos privatizadores, que posteriormente fueron revertidos, y el servicio se mantiene al momento como público.

b. Desde una perspectiva político-económica, el manejo de los desechos sólidos tiene mucho de clientelar, ya que para permitir al municipio el uso de espacios para el depósito de basura, la gente que habita en estos lugares exige a cambio ciertas prebendas, como el cobro por la entrada al tiradero o, en su caso, el cumplimento de demandas legítimas, como el otorgamiento de otros servicios públicos. Estas localidades se distinguen (ya que tienen los suficientes servicios públicos) de otras comunidades que se encuentran en completo abandono.

Por otro lado, es cuestionable la permanencia (por muchos trienios) de los mismos funcionarios públicos al mando de la Dirección de Limpia y Aseo Municipal, quienes han reproducido estas relaciones clientelares y de corrupción; estos funcionarios han sido instrumentos de los gobiernos de turno, con el fin de que la población acepte la continuidad del tiradero a cielo abierto. Por otro lado, se produce un manejo político, ya que al llegar las elecciones se trata como un asunto prioritario a resolver, pero al llegar a la administración el partido ganador, se hace muy poco para mejorarlo.

c. Bajo una aspecto cultural relacionado con el tema se ha naturalizado una perspectiva racista y discriminatoria, ya que socialmente se ha construido en el consciente colectivo que el trabajo relacionado con los desechos sólidos es un asunto que compete principalmente a la población indígena, y que estos a su vez no pueden tener acceso a los derechos del trabajo mínimos, ya que las autoridades carecen de los recursos económicos para el cumplimientos de estos derechos laborales. Por otro lado, también se ha difundido socialmente, y en ello han participado los medios

de comunicación, las autoridades, las organizaciones civiles y los partidos políticos, la idea de que el manejo de los residuos sólidos es un asunto nimio, sin importancia social, ni mucho menos importancia ambiental.

d. En el rubro ambiental, el funcionamiento de los espacios que destina el municipio para la transferencia y el depósito de la basura son contrarios a toda norma ambiental, en cuanto a que no se respetan las distancias de su funcionamiento con respecto a la ubicación de las poblaciones más próximas, la cercanía de mantos acuíferos o subterráneos. El mismo funcionamiento a cielo abierto está actualmente prohibido cuando no se cumple con la Norma Ambiental Federal 083 de la SEMARNAT en relación con este tipo de actividades. Estos espacios carecen de señalamientos particulares como cercas o vigilancia, hay fauna nociva y lixiviado sin tratamiento, entre muchas otras graves situaciones de impacto ambiental que están afectando la zona (hasta este momento, ignoradas por las autoridades en turno).

e. Actualmente, en San Cristóbal el paulatino crecimiento urbano, la tendencia de configurar un Pueblo Mágico, el crecimiento del turismo, la especialización de los puestos de trabajo (por lo mismo el aumento del desempleo) y la ampliación de los servicios privados que giran alrededor del turismo, entre otras cuestiones, han abonado a un aumento en la producción de basura o de residuos sólidos y, por lo mismo, se ha puesto en crisis la estructura del Sistema de Recolección de Basura, que exige un replanteamiento para que se cumpla en forma eficaz y eficiente la recolección, la disposición y el tratamiento. La ciudad tiene una población de más de 200 000 habitantes. Aparejado a ello, en los últimos años ha crecido un fenómeno social conocido como "pepena urbana", en el cual participa un grupo numeroso de habitantes. Constituye una de las pocas posibilidades de autoempleo, por lo regular eminentemente precario e informal, que ofrece la ciudad a estos sectores de la población. A pesar de ello, ha sido un trabajo invisible, no reconocido socialmente, que ayuda a soportar la crisis a la que se enfrenta el sistema municipal de recolección de basura, pues ellos recolectan, separan y ponen a la venta el material captado.

A ello se agrega la falta de una regulación jurídica especializada y actualizada, y de un lugar idóneo para la disposición de los residuos cuyo destino viene siendo, contra toda norma ambiental, un tiradero a cielo abierto y otros espacios que fungen como centros de transferencia, como el Tívoli, ubicado a unas cuadras del mercado Castillo Tielemans y a un costado de los canales del río (este espacio, desde su ubicación, no ha sido mantenido por especialistas ni se ha destinado un presupuesto en las administraciones para remediar el problema).

f. Se parte del postulado básico de que, por determinación constitucional, concretamente por el artículo 115, la recolección, disposición y tratamiento de la basura o residuos sólidos está considerado como un servicio público a cargo del gobierno municipal, además de que, con base en el primer artículo de la Carta Magna, es un derecho humano reconocido a todas y todos los gobernados. La obligación correlativa por parte de la ciudadanía beneficiaria de estos derechos, que se derivan del artículo 31 constitucional, es el pago puntual de los impuestos anuales fijados por la autoridad municipal.

g. No debe olvidarse que la autoridad municipal, en caso de que se considere necesario, puede concesionar a particulares este y otros servicios públicos. Existen múltiples experiencias de gobiernos locales en el país que en virtud del cambio de modelo económico –según el cual el mercado intenta ser el regulador–, y por la llegada de lo que se llama "la nueva gestión pública", han intentado adelgazar las responsabilidades públicas y disminuir sus altos costos económicos mediante la participación de terceros, principalmente empresas especializadas en la prestación de estos servicios.

h. Tenemos en cuenta que los residuos sólidos producidos por la población deben tener un tratamiento diferenciado, ya que no sólo se recolectan, disponen y tratan aquellos que se producen en los hogares y en la vía pública, sino también los que emiten los negocios de distintos rubros de la economía, tanto de la economía primaria como de la secundaria y la terciaria.

En este último renglón hablamos de los comercios, ya sean restaurantes, hoteles, hospitales, clínicas y rastro municipal, entre otros, que deberían tener una regulación y un manejo especializados.

i. Según el mapeo de actores que hemos realizado en torno al sistema de recolección, disposición y tratamiento de basura en San Cristóbal, participan los siguientes actores:

- Las autoridades públicas, principalmente el ayuntamiento, representado por el presidente municipal y la Dirección de Limpia y Aseo Municipal.
- El sindicato, que representa a los trabajadores frente a la patronal del municipio, las trabajadoras y los trabajadores asalariados al servicio de estas autoridades, que ejecutan el cumplimiento de este servicio. Ahí se incluyen supervisores, choferes, macheteros y "peones" barrenderos (barrido manual).
- La ciudadanía beneficiaria, y a la vez obligada a aportar impuestos con el fin de que se cumpla este servicio público.
- El sector de personas de distintas edades, y principalmente indígenas no organizadas, que se dedican de manera particular a la pepena en la vía pública, ya sea en diablitos, triciclos o manualmente, a recolectar los materiales reciclables y a venderlos a empresas que compran y venden residuos reciclados.
- El sector privado integrado por empresas que negocian con residuos reciclados.
- Las organizaciones sin fines de lucro que se dedican a la difusión de la cultura de un tratamiento adecuado de los residuos sólidos y reciclados.
- Las organizaciones políticas electorales, sociales y ciudadanas que han realizado propuestas respecto del servicio público de recolección, disposición y tratamiento de la basura o residuos sólidos en San Cristóbal.
- Los actores relacionados con la economía de los servicios que producen tipos distintos de desechos sólidos como hoteles, restaurantes, bares, cafeterías y clínicas, entre otros.

– Instituciones públicas que han reflexionado sobre el tema, en lo particular hablamos de los centros de investigación residentes en la ciudad y de universidades a través de estudios e investigaciones.

De lo anteriormente expuesto se sugieren las siguientes diez propuestas en materia de gestión del servicio público de recolección, disposición y tratamiento de la basura o residuos sólidos en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas:

Primero: reconocer que la estructura del Sistema de Recolección de los Residuos Sólidos en la ciudad atraviesa por una crisis que exige un replanteamiento, con el fin de que se cumpla con eficacia y eficiencia la recolección, disposición y tratamiento de dichos residuos.

Segundo: abordar en toda su complejidad la gestión del servicio público de recolección, disposición y tratamiento de la basura o residuos sólidos en San Cristóbal. Requiere introducir, entre otros elementos, los históricos, político-económicos, ambientales, jurídicos y culturales.

Tercero: fortalecer la mirada de la autoridad municipal y ciudadana en San Cristóbal con respecto a los desechos sólidos como un servicio público fundado en los derechos humanos, con perspectiva ambientalista. En lo particular, impulsar una conciencia ambiental sobre el tema, donde participen todos y cada uno de los actores señalados por medio de talleres, *spots* de radio, de televisión, campañas públicas, brigadeo, volanteo y reforestación, entre otros mecanismo de difusión.

Cuarto: generar condiciones de interlocución, desde la autoridad municipal, entre los distintos actores relacionados con el tema a fin de construir una propuesta integral para solucionar a largo plazo los problemas en torno al manejo, la disposición y el tratamiento de la basura.

Quinto: reconocer el trabajo invisible aportado a la ciudad por los pepenadores y las pepenadoras urbanas, tiene de fondo resarcirlos respecto de esa omisión social, con la creación de un padrón de pepenadores y pepenadoras, y que se impulse una política pública para atender sus necesidades básicas de salud, alimentación y educación para ellos y sus familias.

Sexto: Reconocer plenamente los derechos humanos laborales de las y los trabajadores de limpia subordinados al municipio. Acordar de manera bilateral las condiciones generales de trabajo junto al sindicato y las trabajadoras y los trabajadores involucrados en el tema, considerando sus necesidades particulares.

Séptimo: transformar las relaciones políticas clientelares que por años se han construido con los habitantes propietarios de lugares, en donde se ha mantenido por años la permanencia de tiraderos ilegales, con el objetivo de construir ciudadanía más libre y democrática. Una de los principales objetivos de esta gestión será: resarcir, por medio de la remediación como lo señala la Ley General de Equilibrio Ecológico y de Protección al Ambiente, los daños ecológicos y ambientales que han sufrido las distintas localidades de SCLC por causa de la ubicación de celdas de transferencia y tiraderos a cielo abierto.

Octavo: reunir opiniones y asesorías de las distintas instituciones de educación pública superior con el propósito de tener en posesión y propiedad o si es necesario solicitar la expropiación de aquel predio que reúna las características exigidas por los parámetros ambientales para la disposición final de residuos sólidos. La creación de una planta tratadora de residuos sólidos administrada públicamente, donde se intente capacitar a los y las trabajadoras del rubro, con el fin de evitar despidos injustificados o contrataciones mayores, que paulatinamente debilitarían las arcas públicas municipales.

Noveno: la búsqueda a largo plazo de una política pública respecto del manejo, la recolección y disposición de los residuos sólidos que se pueda trascender los trienios municipales, y que se pongan desde ahora los pilares que lo puedan sustentar.

Décimo: crear un conjunto de normas jurídicas que incluya, entre otros rubros, la clasificación de los residuos por parte de la ciudadanía, la colocación de depósitos en vía pública en toda la ciudad y no sólo en el centro histórico; participación ciudadana por medio de representaciones por colonias con relación a las rutas, días y horas de recolección. La capacitación obligatoria de los funcionarios públicos de primer orden dedicados al

tema, tratándolo desde la complejidad, donde se introduzcan elementos históricos, político-económicos, ambientales y culturales.

Generar un título o renglón específico normativo para el manejo, tratamiento y disposición, formas de verificación de su cumplimiento, y que relacione los residuos peligrosos que provengan de clínicas, hospitales y rastro municipal.

Para finalizar, se considera importante crear una norma para regular el funcionamiento ambiental de los sitios de disposición final de residuos.

Referencias bibliográficas

Aguilar Camín, Héctor (2004). *Después del milagro*. Ciudad de México: Cal y Arena.

Anaut Bravo, Sagrario, Neus Caparrós y Juan José Calvo Miranda (2008). *Personas mayores y exclusión social*. Navarra: Departamento de Trabajo Social, Universidad Pública de Navarra, Revista digital.

Archivo municipal de San Cristóbal, 1905, I; Correspondencia suelta.

Arizpe, Lourdes (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico. Un estudio sobre migrantes campesinos a la Ciudad de México*. Ciudad de México: El Colegio de México.

Aubry, Andrés (2008). *San Cristóbal de Las Casas. Su historia urbana, demográfica y monumental*. INEMARAC.

Auyero, Javier (2004). *Clientelismo político. Las caras ocultas*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Ayala, José (1981). "El nuevo Estado y la expansión de las manufacturas", en: *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Balcorta Sobrino, Montserrat (2009). *Pepenando la identidad: el ser mujer entre las pepenadoras de la comunidad de Milpillas del municipio de San Luis Potosí, SLP*. Tesis de maestría en antropología social. México: El Colegio de San Luis.

Bartra, Armando (2013). *Hambre y carnaval. Dos miradas a la crisis de la modernidad*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Bartra, Armando (2014). *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la gran crisis*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Beiras, Xosé Manuel (2007). *La miseria de la globalización*. Disponible en: http://rebelion.org/noticia.php?id=59422/.

Bernache Pérez, Gerardo (2006). *Cuando la Basura nos alcance. El impacto de la degradación ambiental*. Ciudad de México: CIESAS (Publicaciones de la Casa Chata).

Biancardi, María Silvia (2009). "Representaciones sociales de los actores ligados a la basura de la Ciudad de Buenos Aires en Clarín". *La revista del CCC* [en línea], núm. 7, septiembre/diciembre. Disponible en: http://www.centrocultural.coop/revista/articulo/140/. ISSN: 1851-3263 [consulta: 19/05/2014].

Bonnan, Claudia y Guzmán (s/f). Aportes de la teoría de género a la comprensión de las dinámicas sociales y los temas específicos de asociatividad y participación, identidad y poder. Instituto Fernández Figueira (IFF/FIOCRUZ), Brasil. Disponible en: http://www.cem.cl/pdf/aportes.pdf/.

Bourdieu, Pierre (1998). *La dominación masculina*. París: Anagrama.

Cagigaz, Arriazu Ana (2000). "El patriarcado, como origen de la violencia doméstica". *Monte Buceiro,* núm. 5, pp. 307-318.

Calvo, Yadira (2013). *La aritmética del patriarcado*. México: Uruk Editores.

Cameras Myers, Mariel Soledad (2015). *Las siete alianzas. Mujeres y poder en las prácticas de Justicia en Oxchuc, Chiapas*. Tesis de maestría en Ciencias Sociales y Humanidades. San Cristóbal de Las Casas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Unicach.

Cano Díaz, Viridiana Cristell (2010). *El vecino tóxico. El basurero municipal como generador de conflicto entre la población de Predio Santiago y el poder local de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Un estudio de caso*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Ciencias Sociales.

Cañas Cuevas, Sandra (2017). *Multiculturalismo mágico en una ciudad de Chiapas*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur-Universidad Nacional Autónoma de México.

Castel, Robert (2000). "Encuadre de la exclusión". En Saúl Karsz (coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. España: Gedisa, pp. 55-86.

Castillo Berthier, Héctor (1984). El basurero: antropología de la miseria. Siete historias de vida de los trabajadores de la basura en la Ciudad de México. México: Edamex.

Castillo Berthier, Héctor (1990). *La sociedad de la basura: caciquismo en la Ciudad de México*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.

Castillo, Miguel Ángel, Mónica Toussaint Ribot y Mario Vázquez Olivera (2006). *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores. Colección México y sus Fronteras.

Cervantes, Niño y José Juan Palacios Hernández (2012). "El trabajo en la pepena informal en México: nuevas realidades, nuevas desigualdades". *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 27, núm. 1, enero-abril. pp. 95-117.

Córdova, Arnaldo (1984). *La política de masas del cardenismo* [6a. ed.] Ciudad de México: Ediciones Era.

Córdova, Arnaldo. (2000). *La formación del poder político en México*. Ciudad de México: Ediciones Era.

Contreras Utrera, Julio (2007). "El desarrollo urbano de San Cristóbal de Las Casas durante el porfiriato". En Mercedes Olivera y María Dolores Palomo (coords.), *Chiapas: de la independencia a la revolución*. México: CIESAS/COCYTECH, pp. 367-325, Publicaciones de la Casa Chata.

Cotoc Canel, Álvaro (2005). *Gestión pública municipal: consolidación institucional de los servicios públicos municipales en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, durante la década de los ochenta en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, a sus 476 años. Una mirada desde las ciencias sociales*. Tuxtla Gutiérrez: Consejo Estatal para las Culturas y las Artes.

Cumes, Aura Estela (2012). "Mujeres indígenas: patriarcado y colonialismo. Una desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio". *Anuario Hojas de Warmi*, núm. 17. Disponible en: http://revistas.um.es/hojasdewarmi/article/view/180291/.

Decreto Ley Expedida sobre lo Contencioso Administrativo. Archivo Diocesano de San Cristóbal de Las Casas. Carpeta VIII. C 044520. México, mayo de 1953.

Decreto Ley Penal para empleados de Haciendas. Archivo Diocesano de San Cristóbal de Las Casas. Carpeta VIII. C 004520. México, mayo de 1953.

D'hers, Victoria (2011). "La materialidad de la sombra. Abyección y cuerpo en la definición de la basura". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 3, núm. 5, abril-julio. pp. 62-74.

Domingues, José Mauricio (2009). "La modernidad contemporánea en América Latina". *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano,* núm. 25. CLACSO, diciembre.

Educar para la paz. Una propuesta posible (1994). Madrid: La Catarata

Facio, Alda y Fries Lorena (1999). *Conceptos básicos sobre feminismo y derecho En Género y Derecho*. Chile: Ed. La Morada, Corporación del desarrollo de la mujer.

Facio, Alda (2000). "Hacia otra teoría crítica del Derecho". En Gioconda Herrera (coord.). *Las fisuras del patriarcado, reflexiones sobre feminismo y derecho*. Quito: FLACSO.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.

Fenner B., Justus (1992). *¿Cómo entubaron la ira de Chac?* San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México: Instituto Chiapaneco de Cultura [folleto].

Fernández Jiménez, Carmelo (2013). *Sobre el concepto de Patriarcado*. Trabajo fin de máster. Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo. Universidad de Zaragoza.

Galindo, Cásares, L. J. (1999). *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación.* México: Prentice Hall.

Galtung, Johan (1981). "The specific contribution of peace research to the study of violence: typologies", *Violence and its Causes.* París: UNESCO.

García Canclini, Néstor (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.

Gargallo, Francesca (2012). *Tan derechas y tan humanas. Manual ético de derechos humanos de las mujeres*, Ciudad de México (edición digital de la autora). Disponible en: http://francescagargallo.wordpress.com/ensayos/librosdefg/tan-derechas-y-tan-humanas/.

Gatti, Gabriel (2009). "La materialidad del lado oscuro (apuntes para una sociología de la basura)". En Gabriel Gatti, Iñaki Martínez, Benjamín Tejerina (eds.), *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*. Leioa: Servicio editorial Universidad del País Vasco.

Gutiérrez Narváez, Margarita (2014). *Identidad, racismo y familia: Un estudio sobre los discursos y las prácticas sociales en San Cristóbal de Las Casas*. Tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Sociales y Humanísticas. México, Chiapas: CESMECA/UNICACH.

Harvey, David (2005). *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires: CLACSO.

Hernández, Aída (2000). "Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género". *Debate Feminista,* año 12, vol. 24, octubre. Hernández Pedreño, M. (coord.). 2008. *Exclusión social y desigualdad*. Murcia: Universidad de Murcia.

Hernández, Aída (2013). *Libertad anticipada. Intervención feminista de escritura en espacios penitenciarios*. Cuernavaca, Morelos: Astrolabio.

Hernández Pita I. (2014) *Violencia de género. Una mirada desde la sociología*. La Habana: Editorial Científico-Técnica.

Illich, Iván (2009). *Obras reunidas.* México: Fondo de Cultura Económica.

Informe "Caminando hacia el Amanecer" sobre desplazados de guerra en Chiapas. Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de Las Casas.

Informe sobre modelos de privatización de los Residuos Sólidos Municipales. Organización Panamericana de la Salud (OPS), Washington, DC. 1997

Informe urbano de San Cristóbal de Las Casas. García Diego, 1785. Archivo Diocesano de San Cristóbal de Las Casas.

Jarcorzynski, Witold (2004). *Entre los sueños de la razón. Filosofía y Antropología de las relaciones entre hombre y medio ambiente*. México: CIESAS-Antropología Social.

Jáuregui Balenciaga, Inmaculada (2006). "Mujer y violencia". *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, vol. 13. Disponible en: file:///C:/Users/user/Downloads/27796-27815-1-PB.PDF/.

Jusidman, Clara (2009). "Desigualdad y política social en México". *Nueva Sociedad,* núm. 220, marzo-abril, ISSN: 0251-3552.

Karsz, Saul (2004). "La exclusión: concepto falso, problema verdadero". En Saúl Karz. *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*". Madrid: Gedisa, pp. 133-214

Lagarde y de los Ríos, Marcela (1996). "El género", fragmento literal: La perspectiva de Género", en *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, España: horas y HORAS, pp. 13-38.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (1998). "Identidad de género y derechos humanos. La construcción de las humanas". En Greta Papadimitriou Cámara (coord.). *Educación para la paz y los derechos humanos. Distintas miradas.* México: Asociación Mexicana para las Naciones Unidas. A.C./ Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Perro sin Mecate, pp. 71- 106.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (2003). "Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción". En *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. Revista digital Emakunde.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (2006). *Los cautiverios de las mujeres: madre esposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.

Lagarde y de los Ríos, Marcela (2012). "Las leyes de violencia de género en México: medidas de prevención y sensibilización". *REDUR,* núm. 10, diciembre, pp. 253-275. ISSN 1695-078X

Lamas, Marta (2002). *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México: Taurus.

Lerner, Gerda (1986). La creación del patriarcado. Barcelona: Crítica.

Ley General para la Prevención y Gestión Integral de los Residuos, 2006.

Ley de Ingresos para el Municipio de San Cristóbal, Chiapas para el Ejercicio Fiscal 2012. Capítulo VII. Sobre Aseo Público. Artículos que lo tratan 19, 20 21 y 22.

Limpia de Sumideros. Archivo Diocesano Municipal. 1993. Exp. 287.

Long, Norman (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor.* San Luis Potosí, México: El Colegio de San Luis.

López Meléndez, Alejandro (2007). *Uniones voluntarias de recolección de basura. Redes sociales y relaciones de poder*. Tesis de licenciatura en antropología social. México: Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Manzanares, Himilce (2009). *Pepenadores en el tiradero de Peñasco, San Luis Potosí: Estrategias de organización frente a cambios en la gestión de residuos sólidos municipales*. Tesis de maestría en antropología social. México: COLSAN.

Márquez Covarrubias, Humberto (2010). "Crisis del sistema capitalista mundial: paradojas y respuestas". *Polis*, Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 9, núm. 27, Universidad Bolivariana Santiago, Chile.

Marx, Karl (2002). *El Capital, La llamada acumulación originaria*, capitulo XXIV. Marxists Internet Archive. Recuperado de: www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/eccx86s.htm.

Massey, Douglas S., Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humberto González (1991). *Los ausentes: El proceso social de la migración internacional en el Occidente de México*. México: Conaculta y Alianza Editorial.

Muñoz Cabrera, Patricia (2011). *Violencias interseccionales. Debates feministas y Marcos teóricos en el tema de pobreza y violencia contra las mujeres en Latinoamérica*. Tegucigalpa: Central América Women's network.

Nun, José. 1969. "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, núm. 2, México.

Oliveira de Orlandina de y Marina Ariza (1997). "División sexual del trabajo y exclusión social". *Revista del trabajo en América Latina*, año 3, núm. 5.

Oliveira de Orlandina de y Marina Ariza (2000). *Género, trabajo y exclusión social en México*. Disponible en: file:///C:/Users/user/Downloads/1065-1067-1-PB.pdf/.

Olivera, Mercedes (2004). "Subordinación de género e Interculturalidad: mujeres desplazadas en Chiapas". *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 2, núm. 1, enero-junio, pp. 25-49, Centro de Estudios Superiores de México y Centro América, México.

Olivera, Mercedes (2005). "Discriminación étnica y genérica de las indígenas del siglo XIX". En Mercedes Olivera y María Dolores Palomo (coords.). *Chiapas: de la Independencia a la Revolución*. México: CIESAS. Publicaciones de la Casa, Chata.

Olivera Bustamante, Mercedes (2008). *Violencia feminicida en Chiapas. Razones visibles y ocultas de nuestras luchas, resistencias y rebeldías*. Chiapas: UNICACH. Colección Selva Negra.

Olivera Bustamante, Mercedes, Flor Marina Bermúdez y Mauricio Arellano (ed.) (2014). *Subordinaciones estructurales de género. Las mujeres marginales de Chiapas frente a la crisis*. México: CESMECA-UNICACH y CDMCH.

Paniagua, Mario Aurelio (2001). *Expansión e Irregularidad del Suelo Urbano en San Cristóbal de Las Casas*. Tesis inédita. UNACH.

Pardo, José Luis (2006). "Nunca fue tan hermosa la basura". En *Distorsiones urbanas.* Madrid: Basurama. La Casa Encendida.

Parra y Tortosa, Jose María (2003). *Violencia estructural. Una Fotografía al concepto*. Alicante: Universidad de Alicante.

Pérez-Baleón, Guadalupe Fabiola (2012). "Desigualdades de género en el inicio de la vida laboral estable". *Papeles de Población*, vol. 18, núm. 72, abril-junio, pp. 213-246 Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.

Pombo, Dolores Paris (2003). Discriminación laboral y segregación espacial en ciudades del sureste mexicano. En Alicia Castellanos (coord.). *Imágenes del racismo en México.* México: Plaza y Valdez-UAM.

Purdie-Vaughns, Valerie y P. Eibach, Richard (2008). "Intersectional Invisibility: The Distinctive Advantages and Disadvantages of Multiple Subordinate-Group Identitites". *Sex Roles,* vol 59, núm. 377. https://doi.org/10.1007/s11199-008-9424-4

Plan de Desarrollo Municipal de San Cristóbal de Las Casas 2012-2015. Disponible en: http://sancristobal.gob.mx/download/PLANASUBIR.pdf.

Pleyers, Geoffrey (2006). "En la búsqueda de actores y desafíos societales. La Sociología de Alain Touraine". *Estudios Sociológicos*, año/vol. XXIV, núm. 003, septiembre-diciembre. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 733-756.

Quiñones, Padrón Idalis (2006). *Género y poder ¿Tomados de la mano?* Habana, Cuba.

Reglamento de la Ley de Contribución Personal. 15. 12. 1881. San Cristóbal de Las Casas.

Restrepo, Eduardo (s/f). *Métodos y técnicas de investigación en ciencias sociales*. Colombia: Fundación Universitaria Claretiana.

Robles, Bernardo (2011). "La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico". *Cuicuilco*, vol. 18, núm. 52, septiembre-diciembre, pp. 39-49. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Rus, Jan (2012). *El ocaso de las fincas y la transformación de la sociedad indígena de Los Altos de Chiapas. 1974-2009*. Chiapas: UNICACH.

Sandoval Rovayo, Mary Luz (2002). "Pierre Bordeau y la dominación masculina". *Revista Colombiana de Sociología*, vol VII, núm. l, pp. 55-73.

Saül Karsz (coord.) (2004). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona: Gedisa.

Schávelzon, Daniel (2009). "La cultura de la basura. Entrevista a Daniel Shálvelzon", por Ricardo Greene. *Revista Bifurcaciones*, núm. 9. Buenos Aires, Argentina.

Segato, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia.* Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Sobol, Blanca (2005). *Los diversos significados de la exclusión social*. Argentina: Universidad Nacional del Nordeste. Recuperado de: http://www.unne.edu.ar/unnevieja/Web/cyt/com2005/1-Sociales/S-029.pdf/.

Stanley J. y Stein Barbara (1991). *La herencia colonial en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

Suárez, Liliana y Aída Hernández (2008). *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra.

Subirats, Joan, *et al.* (2005). *Análisis de los factores de exclusión social*. Generalital de Catalunya: Instituto de Gobierno y Políticas Públicas.

Torres Falcón, Marta (s/f). *Violencia y modelo patriarcal*. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer en El Colegio de México. Disponible en http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0305/Violencia_y_modelo_patriarcal.pdf/.

Urbina, Erasto (1994). *El despertar de un pueblo. Memorias relativas a la revolución indígena en el estado de Chiapas.* San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Archivo Prudencio Moscoso Pastrana [mecanografiado].

Vázquez Olivera, Mercedes Gabriela (2009). *El viraje neoliberal de la política social y la búsqueda de alternativas en América Latina*. México: UNAM.

Velázquez Torres, D. (2004). "Barrio Primero de Enero, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas". En H. Rodríguez Herrero (ed.). *Los barrios pobres en 31 ciudades mexicanas.* México: Secretaría de Desarrollo Social y CIESAS. Estudios de Antropología Social. Colección de cuadernos.

Villafuerte Solís, Daniel y María del Carmen García Aguilar (2006). "Crisis rural y migraciones en Chiapas". *Revista Migración y Desarrollo*, vol. 4, núm. 6. Red Internacional de Migración y Desarrollo.

Villafuerte Solís, Daniel y María del Carmen García Aguilar (coords.) (2008). *Migraciones en el sur de México y Centroamérica*. Chiapas: UNICACH.

Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.) (2004). *Chiapas, los rumbos de otra historia*, México: UNAM/CIESAS.

Zárate Vargas, Gustavo Raúl, Óscar Gordillo Guillén y María Angelina Villafuerte Franco (coords.) (2013). *Cambios, rupturas y continuidades en la dinámica territorial de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas*. Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas.

Anexo fotográfico

Foto 1 Basura tirada en la Plaza de la Paz, en San Cristóbal de Las Casas, después de un mitin pro zapatista. 2011.

Foto 2 Niña indígena reuniendo PET, en el centro de la ciudad de SCLC, Chiapas. 2011

Foto 3 Niño tsotsil huérfano, en condición de calle, recupera PET, para venderlo a las peonas barrenderas. 2011.

Foto 4 Mujer recolectora hace una pausa para descansar. 2012

Foto 5 Madre indígena, coloca a su hijo en diablito para llevárselo a su casa después de la jornada de recolección. 2012

Foto 6 Centro de Transferencia el Tívoli, ubicado a un costado del canal de un rio. 2012.

Foto 7 Mientras su madre recupera basura en las esquinas, niño espera jugando. 2012.

Foto 8 Lixiviado acumulado en la localidad Predio Santiago. Por más de cuatro décadas, este fungió como el tiradero municipal a cielo abierto de San Cristóbal de Las Casas. 2012.

Foto 9 Tiradero a cielo abierto, en el municipio de Acala, Chiapas. Lugar que sirvió temporalmente para tirar la basura de San Cristóbal. 2012.

Foto 10 Dos pepenadores hurgando y recuperando resíduos, en las esquinas de las colonias periféricas de San Cristóbal. 2012.

Foto 11 Residuos domiciliarios acumulados en esquinas céntricas de San Cristóbal. 2012.

Foto 12 Evento "Reciclatron" en Plaza de la Paz. Empresa local de reciclaje, recibe sólo desechos de cómputo. 2012.

Foto 13 Mujer indígena pepenadora hurgando en cesto de basura, ubicado en el andador turístico Guadalupe. 2013.

Foto 14 Peones barrenderos, choferes y macheteros (trabajadores de limpia municipal) en fila para recibir su salario y vales de despensa. 2013.

Foto 15 Hermanos sancristobalenses, en su primer día de trabajo como recolectores informales de basura en el andador turístico Guadalupe. 2013.

Foto 16 Niño indígena recibe bolsas de establecimientos comerciales en andador turístico. 2013.

Foto 17 Niño indígena pepenador, posando en un mural cercano al Mercado Municipal José Castillo Tielmans. 2013.

Foto 18 Adolescente indígena recuperando residuos en calles céntricas de San Cristóbal. 2013.

Foto 19 Hermanos recolectores, tirando basura en el centro de transferencia El Tívoli. 2013.

Foto 20 Mujer recolectora de basura, recibe bolsa grande con papeles de baño y desechos clínicos de un consultorio céntrico. 2013.

Foto 21 Joven madre recolectora cargando a su bebé enfermo mientras trabaja. 2013.

Foto 22 Niña enferma, acompaña a su madre en la recolección informal. 2013.

Foto 23 Hermanas, ambas trabajan por cuenta propia y con ruta distinta en la recolección informal de la basura. 2013.

Foto 24 Niño juega con carrito en una esquina, mientras su madre recolecta la basura. 2013.

Foto 25 “Diablito” de mujer recolectora llena de bolsas de comercios céntricos. 2013.

Foto 26 Bebé de madre recolectora, sonriente y con calentura. 2013.

Foto 27 Joven madre con sus hijos, descargando basura domiciliaria en el Tívoli. 2013.

Foto 28 Adolescentes y niños posando en las afueras del Tívoli, al término de su jornada. 2013.

Foto 29 Joven madre tsotsil con sus tres hijos, al iniciar su ruta de trabajo. 2013.

Foto 30 Recolector tzeltal con triciclo contrata temporalmente a recolector tsotsil con diablito para recuperar más residuos. 2013.

Sobre la autora

Montserrat Balcorta Sobrino es originaria de la Ciudad de México y formada en la capital de San Luis Potosí. Cursó la licenciatura en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Mesoamericana Plantel San Luis. Es maestra en Antropología Social por el Colegio de San Luis A. C. y doctora en Ciencias Sociales y Humanísticas en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (CESMECA), grado que obtuvo con mención honorífica.

Correo electrónico: balcorta.montserrat@gmail.com

Sobrevivir en violencia. Mujeres pepenadoras y el Sistema de Recolección de Basura en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
de Montserrat Balcorta Sobrino, terminó de imprimirse en los talleres de Ediciones del Lirio, S. A. de C. V., Azucenas # 10, col. San Juan Xalpa, Iztapalapa, en agosto de 2018. Se tiraron 300 ejemplares